



EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 27 septiembre - 3 octubre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 252

REUNION DE GENERALES

EN EL CAMPO DE SALAMANCA

COMO FRANCISCO FRANCO

FUE PROCLAMADO JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL

RELATO INEDITO DE UNA DECISION HISTORICA





Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, después de la transmisión de poderes, el día 1.º de octubre de 1936, presencia un desfile militar acompañado de generales, jefes y autoridades que asistieron al acto

COMO FRANCISCO FRANCO FUE PROCLAMADO JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL

De nuestro enviado especial
JOSE M. SANCHEZ-SILVA

ENTRE los hechos más importantes de nuestra actual historia ocupa lugar propio y esencial el de la elección del joven general Franco para la Jefatura del naciente Estado y el mando supremo de los Ejércitos nacionales, acaecido en Salamanca en septiembre de 1936. Singulariza este importantísimo hecho una circunstancia curiosa: la de que sus caracteres históricos íntimos, y casi también los puramente externos, son absolutamente desconocidos para todos los que no asistieron a la reunión famosa.

Creo que todavía nadie ha sostenido con seriedad la teoría de que los periódicos se publican demasiado a menudo, pero creo asimismo que pudiera sostenerse pronto. Por publicarse demasiado a menudo—al menos los diarios y los semanarios—, los periodistas sólo podemos ofrecer, por lo común, breves datos honrados e inciertos que no forman sino minúscula parte de la inmensa,

misteriosa e inacabable urdimbre de la existencia.

Ahora mismo, al encargarme EL ESPAÑOL un reportaje o cosa parecida sobre el tema ya enunciado, he tenido ocasión de enfrentarme una vez más con un asunto propio de Memorias íntimas o de investigación histórica, para la cual, quizá, no haya transcurrido el tiempo suficiente. Lamentándome de esto con el rector de Salamanca, don Antonio Tovar, me respondió así:

—Imaginate lo que será para un historiador la investigación de la vida y los hechos de Platón.

Del tema de la elección del Caudillo hay datos dispersos por algunos libros e historias, tales como la de la Cruzada o el libro del general Kindelán «Mis cuadernos de guerra» y algunos otros. Por lo que a las biografías se refiere, tengo ante los ojos la séptima edición, aumentada, del famoso «Franco», de Joaquín Arrarás. Esta edición se lanzó al público en octubre de 1939 por la librería Santarén, de Valladolid. En el capítulo titulado «El Caudillo» se comenta el decreto de la Junta de Defensa Nacional que designa a Franco como Jefe de la nación en armas y se glosa su acierto y la eminente personalidad del general. Pero no aparece ni una sola palabra que se refiera a los prolegómenos de la ceremonia ni a su paisaje. En la biografía de Fernando de Valdesoto, editada en Madrid por Afrodísio Aguado en septiembre de 1943, se cita con cinco líneas el lugar de la reunión definitiva para la elección y se reúnen los nombres del aeródromo de San Fernando con los de Yagüe, Salamanca y don Antonio Pérez Tabernero...

En los límites, pues, de la historia privada, el periodista va, más que a tratar de hallar la historia y hacerlo luego pública—para lo cual le asistiría, en todo caso, un derecho muy relativo—a buscar el contorno, los apellidos, el paisaje de un hecho que, en efecto, brilla como un sol. Pero como un sol que brillase, por la ausencia de reflejos conocidos y descriptibles, en otro universo, todavía no descubierto.

EN SALAMANCA

—Tenga usted cuidado, si pregunta por este asunto—me advierten—; apenas encontrará una persona que no «estuviera allí», que no «lo sepa todo» y que no haya sido «el primero» en estrechar la mano del Caudillo.

He podido comprobar que esta advertencia sirve para poco. De todas las personas—periodistas, labradores, militares, propietarios, estudiosos, políticos, escritores—con quienes he hablado al respecto, sólo una me ha dicho que «estuvo allí», y ha sido porque, en efecto, estuvo. Pero en un «allí» modesto y discreto que no rebasa las paredes del barracón de madera donde los generales hablaron durante varias horas.

En un trabajo periodístico que hace tres años, realizado sobre el mismo tema, se da la fecha del 22 de septiembre de 1936 a la famosa reunión y se pone en labios de don Alipio Pérez Tabernero la afirmación de que al día siguiente—esto es, el 23—«se supo ya en todos los periódicos». He buscado en las colecciones de los dos periódicos de la ciudad—«La Gaceta Regional» y «El Adelanto»—y he hallado algunas cosas de interés, entre ellas la de que la reunión se celebró el día 21 y sus resultados se cono-



El Caudillo de España, trabajando en su despacho del Cuartel General de Salamanca sobre el mapa de operaciones, acompañado del general Martín Morúa

cieron por primera vez el día 30. He aquí la información que publicaba «La Gaceta» el martes día 22 de septiembre bajo el título «La Junta de Defensa Nacional se reunió ayer en Salamanca».

«LA GACETA REGIONAL»

«Próximamente a las nueve de la mañana de ayer llegaron a la Plaza Mayor varios automóviles, de los que descendieron altos jefes militares. Uno de los primeros en bajar del coche fué el general Mola, a quien las personas que a aquella hora se encontraban en la Plaza Mayor reconocieron inmediatamente y le tributaron una gran ovación.

Poco a poco fué congregándose frente al café Novelty, donde se encontraban los ilustres militares, numeroso público, que no cesaba de aclamar y vitorear a los generales salvadores de España. Fué tal la cantidad de gente que en pocos momentos se reunió allí, que guardias cívicos y de Asalto y Seguridad tuvieron que despejar los alrededores.

Con el general Mola venían el general Saliquet, el coronel jefe de Estado Mayor señor Moreno Calderón, el comandante ayudante señor Fernández Córdón y el teniente coronel de Estado Mayor señor Urquiona.

Tan pronto como tuvo conocimiento el alcalde, señor Del Valle, de que se encontraban estos jefes militares en Salamanca, acudió a saludarlos acompañado de los concejales señores Viñuela y Vázquez de Parga.

Estuvieron descansando unos momentos en el interior del café Novelty, al mismo tiempo que se les sirvió el desayuno, y en seguida salieron para volver a to-

mar los coches. El público, cada vez más numeroso, les tributó una entusiasta ovación.

Se dirigieron al cuartel de Caballería, situado en la Glorieta, adonde acudió el comandante militar de la plaza, general Valdés Cabanilles. Poco después llegó al mencionado cuartel el presidente de la Junta de Defensa Nacional, general Cabanellas, acompañado de los generales Gil Yuste y Dávila, vocales de la indicada Junta; coronel secretario de la misma, señor Montaner, y sus respectivos ayudantes. Fueron cumplimentados por los jefes y oficiales de la guarnición francos de servicio y por el presidente de la Diputación, coronel Márquez. En el cuartel de Caballería permanecieron como una media hora o tres cuartos de hora, y seguidamente ocuparon otra vez los au-

tomóviles, siendo las once y cuarto de la mañana.

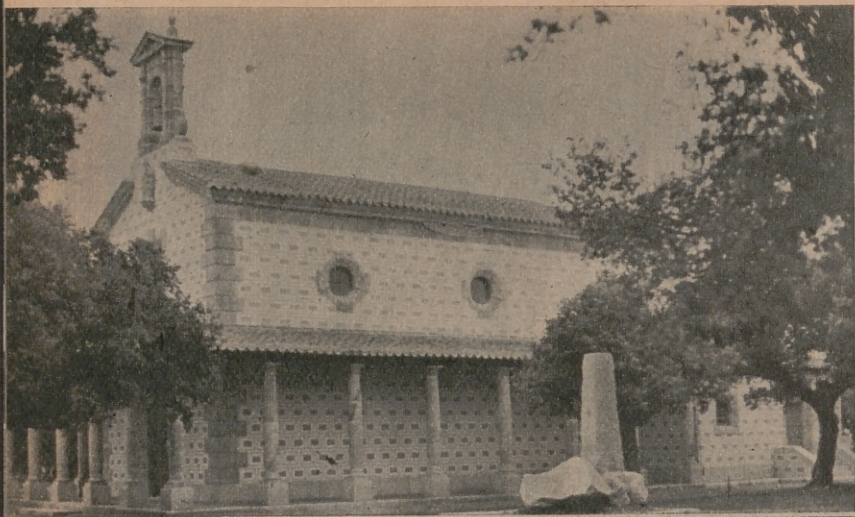
Por informes que tenemos, la Junta de Defensa Nacional de España quedó reunida en nuestra ciudad.

También llegaron para asistir a esta reunión los ilustres generales don Francisco Franco y don Gonzalo Queipo de Llano. Terminada la reunión, los ilustres miembros de la Junta de Defensa Nacional marcharon a sus respectivos destinos.

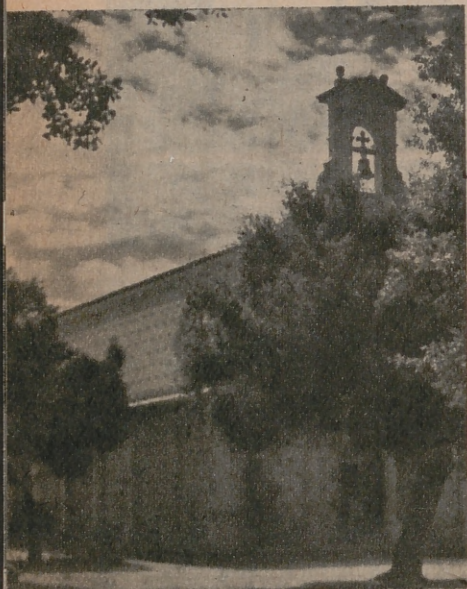
Por la natural discreción, los miembros de la Junta de Defensa Nacional nada manifestaron a los periodistas una vez terminado el cambio de impresiones, pero no es difícil suponer la gran importancia de la reunión, en la que seguramente se estudió con todo detalle la favorabilísima situación del Movimiento salvador



Francisco Franco, exaltando a la Jefatura del Estado el día 1.º de octubre de 1936, en Salamanca, recorre las calles de la ciudad con los generales Cavalcanti y Mola



En la finca de don Alipio Pérez Tabernero se levanta la ermita de Santiago y un sencillo monumento de piedra que conmemora la elección del Caudillo



Estas viejas encinas presenciaron un día la llegada del consejo de generales que habrían de decidir el nombramiento de Franco como Caudillo del Movimiento Nacional

de España y el alcance de las operaciones a seguir hasta completar la total reconquista de la Patria.

Parece ser que también los reunidos examinaron otras cuestiones de gran interés.»

Hasta ahí la descripción de «La Gaceta». En el mismo número del periódico se publica una información de Madrid titulada: «25.000 asesinados por los anarquistas.» El periódico señala la toma de Santa Olalla el domingo, y la de Maqueda «ayer lunes».

En «La Gaceta Regional» del día 30 queda confirmada la toma de Toledo y liberación del Alcázar. En la primera plana hay una foto de Franco ilustrando el decreto fechado en Burgos por el que se le nombra Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos. Firma don Miguel Cabanellas.

«EL ADELANTO»

El mismo día 22, «El Adelanto» insertaba en su primera plana una información parecida a la ya transcrita. Detalles nuevos, muy pocos: uno, que el general Saliquet, al salir de desayunar en el Novelty con Mola y los personajes ya nombrados, tomó una fotografía de la Plaza Mayor; otro, que las autoridades militares y civiles de Salamanca acudieron a «cumplimentar a los ilustres caudillos del glorioso Movimiento»; otro, que el secretario de la Junta de Defensa dijo a los periodistas que los generales «se habían reunido para un cambio de impresiones»; otro aún, que el general Franco aparece como «jefe del Ejército expedicionario» y Queipo como de la «división de Andalucía». Ilustran la información algunas fotografías en las cuales no resulta demasiado difícil encontrar los grandes bigotes del general Saliquet, el gesto empuinado y olfativo de Mola y las venerables y albas barbas de Cabanellas.

Las versiones populares de los hechos no «casan» esta reunión «en Salamanca» o en nuestra ciudad con los acontecimientos del aeródromo de San Fernando, ni siquiera con las fechas indicadas.

NUEVOS DATOS

Parece cierto que no todos los generales de la Junta, acompañados por sus ayudantes, llegaron hasta la ciudad de Salamanca, sino que algunos de ellos lo hicieron directamente al aeródromo de San Fernando, en avión. Es extraño si no que en las referencias periodísticas no aparezcan los nombres de otros miembros de la Junta que asistieron: Orgaz, Ponte, Kindelán. Parece evidente que los generales Franco, Orgaz y Queipo de Llano aterrizaron directamente en San Fernando de una «pava» «Junkers».

Los generales llegados a Salamanca procedentes de otras regiones y frentes ignoraban el buen camino para llegar al aeródromo desde la ciudad. Se dirigieron al cuartel de Caballería de Calatrava—hoy de Ingenieros—y solicitaron allí un guía sin entrar en el cuartel. Estuvieron

de pie hablando fuera y allí se vieron cumplimentados por las autoridades aludidas, volviendo en seguida a sus automóviles, ya con un guía que llevaba el coche del general Mola precisamente y con el cual he logrado hablar. Aquel joven conductor era un teniente de Ingenieros y hoy es teniente coronel.

A 32 kilómetros de Salamanca, por la general que lleva a Ciudad Rodrigo, hay una finca de terreno muy llano, aunque poblado de encinas, donde, a unos dos kilómetros hacia el interior, a la izquierda, se habían talado mil árboles para construir apresuradamente uno de los primeros aeródromos militares de la guerra. El comandante jefe de la base era entonces—en septiembre—el señor Lecea, y en su propio barracón fué donde tuvo escenario reducido e íntimo, la reunión. Parece ser que la asamblea duró más de dos horas y que fué interrumpida para almorzar, cosa que debió ocurrir en la casa de don Alipio Pérez Tabernero, propietario de la finca en que estaba enclavado el aeródromo.

Recuerda la persona que me informa que los generales Mola y Orgaz llevaban «candora»: recuerda también la presencia de los señores Franco-Salgado y Martínez Mazas, y ve en sus recuerdos a «un Franco jovencísimo, de cuarenta y cuatro años, sin bigote, con gorro legionario, cuello de la camisa vuelto hacia afuera de la guerrera y pantalones largos».

Los ayudantes de los generales y otros oficiales que permanecían fuera del barracón sentían naturalmente viva curiosidad por lo que dentro estuviera pasando. Por fin, alguien ofreció una información verosímil: se había discutido si el avance de las tropas nacionales debía dejar a un lado Toledo y seguir hacia Madrid o si era preciso liberar antes la vieja ciudad y su noble Alcázar, llegándose a la conclusión de hacer esto último. Y también «se había hablado largamente acerca del mando supremo». Con aquellas dos palabras—«mando supremo», en septiembre de 1936, se aludía a la dirección política y militar del país en armas, cuya fracción nacional, dirigida por la Junta de Defensa, deseaba y precisaba un jefe único.

Don Juan Yagüe, entonces teniente coronel, fué quizá, de los personajes ausentes a la reunión por su grado y por no pertenecer a la Junta, el más importante. Su discurso falangista en Cáceres al final de un acto en que se celebraba la liberación de la ciudad, no había dejado lugar a dudas: España quería a Franco por jefe y sus compañeros de armas estaban entre los primeros y más decididos, como correspondía.

EN SAN FERNANDO

Si se deja la carretera general a la altura de Robliza puede el automóvil, aunque sin comodidad alguna parecida a la del circuito de Lasarte, avanzar a la izquierda por una carreterilla que lleva a Matilla de los Caños del Rincón a cuyo término municipal pertenece la finca de don Alipio Pérez Tabernero y, por consiguiente, el aeródromo de San Fernando, y también la ermita de San

tiago y el monumento elevado en memoria del acto de la elección del Caudillo. Pero no hace ninguna falta ir a Matilla de los Caños, donde recientemente ha sufrido una gran desgracia la familia Pérez Tabernero con el fallecimiento de uno de sus miembros; basta con seguir adelante, y con algo de suerte, porque el indicador está equivocado en más de cien metros, se llegará al acceso principal del lugar, una ancha carretera que con menos de dos kilómetros de recorrido termina al pie de la ermita.

Entre encinas que la asedian se levanta la pequeña iglesia, muy salmantina de piedras y tonos, con porches alrededor y de una construcción sólida y ligera al mismo tiempo, airosa y tranquila, con un campanil que pastorea el encinar a muy poca altura sobre los árboles. A la derecha de la entrada principal se levanta el monumento, que consiste en un alto hito de piedra, sobre el cual puede leerse: «Aquí fué designado Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Estado el excelentísimo señor don Francisco Franco Bahamonde. 1-10-1936.» Es preciso leer la cita con los dedos, recorriendo el perfil de las letras, porque la incisión es leve y la pintura negra ha desaparecido.

Poco más allá de la ermita y el monumento está la pista del viejo aeródromo, convertido ahora en buena parte en polvorín. Según las informaciones conocidas, todo este conjunto de recuerdos pertenecía a la finca de los Pérez Tabernero, pero no es así exactamente.

NUEVOS DATOS

En 1936, la finca que lindaba con la de los Pérez Tabernero era de la familia Castroenriquez; hoy pertenece a los señores de Arranz. Sobre ella están instalados la ermita, el monumento y el polvorín que cubre parte del viejo aeródromo.

San Fernando fué elegido como aeródromo en los primerísimos meses de la guerra civil; esto es, en el verano. Pero la estación de las lluvias hizo comprobar que aquella extensión se encharcaba e inutilizaba la pista. Se construyó entonces el de Arauzo, y después el actual de Matacán.

La proverbial generosidad de los Pérez Tabernero y sus antiguas y cómodas instalaciones en la rancia finca de ganado bravo, unido todo ello al patriotismo de la conocida familia ganadera, hizo que el aeródromo fuera mucho más posible desde el primer momento, y más tarde, cuando la famosa reunión del barracón, no es nada extraño que la hidalga familia invitase a almorzar a los generales.

El barracón del jefe de la base debía estar algo alejado del aeródromo proplamente dicho y quizá en terrenos ajenos a los Pérez Tabernero, o sea de los Castroenriquez, que más tarde vendieron su finca, llamada tradicionalmente «Camp. de Muyodono» y antiguo escenario de justas y torneos, a los de Arranz. De este modo se explica que la ermita, el monumento y el polvorín estén enclavados fuera del dominio de los Pérez Tabernero.

Quizá sea lástima que junto a la bella ermita y el monumento



El Generalísimo Franco, el día de presentación de las Cartas Credenciales del embajador italiano, saliendo del Ayuntamiento de Salamanca

al Caudillo haya un polvorín—formado en su mayor parte con lo que pudo salvarse del de Peñaranda—. Lo guardan 19 soldados y su superficie está alambrada y vigilada.

La ermita y el monumento se construyeron por iniciativa de Diego Salas Pombo, gobernador de Salamanca entonces y ahora de Valencia. La obra se hizo a través de la Diputación, pero con la ayuda y entusiasmo de todos los Ayuntamientos de la provincia. El arquitecto ha sido el señor Lozano y su obra es bella y digna de verse. Estaba calculada la ermita para ser regida por una Cofradía y ello ha pesado mucho en la obra arquitectónica. La idea de las futuras romerías ha llevado al arquitecto a la construcción de los porches y a la del salón de mayordomía para las reuniones de los cofrades. La ermita y el altar, un retablo barroco llevado allí desde San Juan de Sahagún, están dedicados a Santiago Apóstol por deseo expreso del Caudillo. Tiene también el retablo una Santa Bárbara de pintura, un San Antonio y un Arcángel Rafael a los lados de la Epístola y el Evangelio. Hay en la

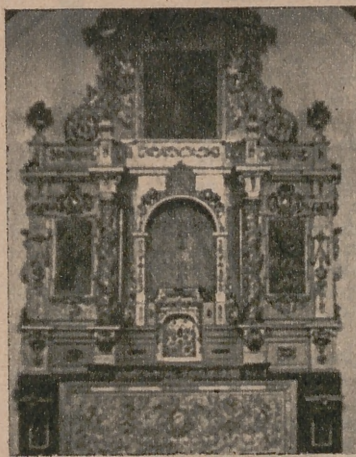
pequeña y graciosa nave ocho bancos corridos, que ahora están apoyados a lo largo de las paredes. Falta una vidriera, y por allí los pájaros buscarán a veces refugio contra la lluvia; el altar, barroco, con ese aire de mueble que suelen tener todos los del estilo, se queda un poco estrecho para la dimensión de la pared, y allí se abren, a los dos lados, dos pequeñas puertas para la sacristía y la mayordomía.

La ermita de Santiago, o del Caudillo—como se la conoce—, no está inaugurada ni tiene culto. Es de esperar que no tarde ya en ser inaugurada y que su campaña atraiga a los fieles del contorno, y regule la vida del lugar con un módulo más alto que el del ganado bravo y lanar o el de la sencilla vida militar del pequeño destacamento que guarda al polvorín.

FIN

Muy pocos son los datos nuevos aportados con estas cuartillas a uno de los más importantes capítulos de la Historia de España. Quizá algunos de ellos además estén equivocados. El silencio que ha rodeado a este hecho capital de nuestra época y los diecisiete años transcurridos permiten asegurar de una parte que no ya los españoles, sino el mundo entero, conocen el acuerdo tomado por unos generales poco conocidos internacionalmente entonces; pero por otra, que los detalles de tal acontecimiento permanecen sólo en la memoria de cuantos han sobrevivido a la guerra y a la paz, y entre ellos al más principal de todos, que es nuestro Caudillo, cuyas Memorias llegarían a constituir uno de los más bellos y sugestivos libros del siglo, además de la suma importancia para el conocimiento de la Historia que forzosamente encerrarían sus páginas.

De lo que todos estamos seguros es de que aquel acuerdo tomado sobre el pavés nacional ha resultado providencial para España y también de que sólo con él se ha podido llegar adonde se ha llegado y se llegará hasta donde Dios disponga.



Un detalle del pequeño retablo del altar de la ermita de Santiago que será inaugurada el día 1.º del próximo octubre

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Señor don Luis de Caralt

DESDE que editaste mi «Españoles con claves», en mayo de 1945 (cuando el Führer había convertido su Reich de mil años en su pavesa personal incinerada en la fáustica pira del bunker de la Cancillería), no había vuelto a dialogar contigo epistolariamente; pero en esta vigilia del 1 de octubre (coincidiendo con la aparición en tu editorial de las «Conversaciones sobre la guerra y la paz de Adolfo Hitler») te escribo sobre la clave máxima para descifrar el impercedero triunfo del primer español entre los españoles, es decir, de Francisco Franco. Aunque hay sospecha de que el libro editado por ti acerca de Hitler no sea verosímil, pues se presenta como un florilegio de charlas de sobremesa recogidas en taquigrafía por orden de Martín Bormann y descubierto, a la postre, su manuscrito en Suiza; sin embargo, se debe participar de la opinión del experto en psicología hitleriana, Trevor-Roper, de que, si no son verdaderas las palabras del canciller suicida, hubiera podido pronunciarlas sin quitar una coma ni poner un acento. Tal era verazmente el hombre que sólo se acercó a España en la entrevista de Hendaya y que luego se jactaba de que jamás se adentraría por nuestro país, por esta Patria tan insólita. Hitler no fué Napoleón y, a pesar de esta diferencia en su favor, España para Bonaparte fué como la sombra nefasta del manzanillo; porque España no es Francia, ni Italia, ni Hungría, ni Bulgaria, ni Bélgica, ni Noruega, ni Rumania, ni siquiera Rusia, ni siquiera Alemania...

Hitler, que más que alemán era austriaco, y acaso con más exactitud eslovaco (esto es, una simulación de raza junto a un olvido del agua del bautismo católico), pretendía representar una conciliación o una reconciliación de Wáagner con su discípulo desleal Federico Nietzsche. La música sinfónica y los coros al fondo; pero emergiendo encima de las selvas, de las armas, de las tumbas, de los dioses, un único superhombre: Adolfo, aquel cincuentón que empezó la guerra en 1939 con un simple uniforme de soldado. Los españoles, que como tales somos cristianos viejos, damos a Dios lo que es de Dios, y hasta algo más, puesto que nuestra más íntima vocación es quedarnos en caballeros, si no llegamos a ser santos. Ser santo es separarse del pecado y de la grey pecadora, ya que el pecado, no obstante su individualidad, tiene bastante de colectivo. Un pueblo de aspirantes a la santidad es lo más opuesto al culto o al cultivo de la masa. Y tal vez aquí radica nuestro personalismo español, mal llamado, con retintín despectivo, nuestro celtiberismo, el que defendió el libre albedrío y antes que el puritano Tomás Carlyle vulgarizara su apología de los héroes, había ya redactado con la pluma del jesuita Baltasar Gracián su tratado de «El Héroe», que resta cojo si no se empareja con el otro tratado acerca de «El Discreto». Personalistas a ultranza, como el Cid, como Don Quijote, como Don Juan Tenorio; pero más cabales, más héroes completos, si hay un adarme más de seso, la suficiente discreción para mantenerse siempre con el alma en las alturas celestiales, más con los pies sobre la durísima vida española. El Cid no es Campeador a todas horas y tiene que ganar batallas después de muerto, Don Quijote recobra el juicio al fin, cual el Tenorio, que se salva en el último momento. Empero, la personalidad del Caudillo ha permanecido permanentemente sesegada, segura, cada día inquebrantable.

El excesivo, desmesurado personalismo del Führer, una endiosada y casi esquizofrénica egolatría bajo el paño burdo de soldado raso, contrasta con la táctica soviética después de la muerte de Stalin, que ha instalado el mando global, colegial, medio anónimo, del partido. Según la declaración publicada por el Comité Central del partido comunista ruso en la efemérides del quincuagésimo aniversario del bolcheviquismo, hay que abolir el culto de la personalidad en aras del bloque monolítico que es el partido; hay que raer las desviaciones que supusieron la fama y el renombre de Stalin, hasta el extremo de que junto a la momia de Lenin y al

cadáver reciente del georgiano se han añadido, como en una fosa común, en un pudridero o en un osario, los restos de revolucionarios y ex combatientes desconocidos, sin nombre. Y además, en la novísima edición de una «Historia de la U. R. S. S.» para la Enseñanza Superior se ha sustituido el vocablo Stalin, que se repetía dos veces, como organizador y ejecutor de la victoria guerrera, por los vocablos pueblo y ejército soviéticos. Ha desaparecido una figura para aparecer el tradicional, el inveterado, el sempiterno rodillo ruso. Asistimos, Luis de Caralt, desde 1945, a la manera que los europeos y el mundo a partir de 1919, delante de Mussolini, Hitler, Mustafá Kemal, Codreanu..., a la presencia de jefes ignorados hasta entonces que salen de la fila y dan un taconazo que resuena, mientras que otros Estados se gobiernan por gente que gobernaban representativamente, o sea como mandatarios de partidos, clanes o grupos. Me refiero, en primer lugar, a un Tito, a un Perón, a un Naguib, a un Zahedi, salvadas las distancias y las separaciones temperamentales e ideológicas. Son los segundos, los Jefes de Estado o los primeros ministros de Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, etc., etc., aunque no incluyo a la América del Norte, porque en los Estados Unidos se inicia una política de la personalidad. Las primeras son personalidades que invitan a la acción, al dinamismo, son personalidades que encandilan a la juventud, al modo de un mosto agraz y aun poco maduro, mientras que los experimentados estadistas rehuyen en parte esa culto de la personalidad, que en este instante también reniegan y abominan los soviets.

Nuestro Francisco Franco, al cabo de diecisiete años de caudillaje, ni es un gobernante a la moda, ni el personaje irresponsable de una facción patente u oculta, sino que es el Héroe cristiano, el discretísimo español que impone límites morales a su soberanía; el que no abusa de su fuerza personal ni de unos poderes tenebrosos; el que rechaza la explotación del éxito; el que domina porque se domina; el que está siempre vigilante en defensa de España y de los españoles; porque no sólo confía en su yo señero, sino que cree y confía en que más allá de su egregia personalidad hay un Ángel de la Guarda que no duerme.

DE LAS
PIEDRAS,
PAN

CAUDILLO

EL moderno principio español del caudillaje es una consecuencia de nuestra Cruzada. Los ideales del 18 de Julio suponen no sólo el mando único en la guerra, sino el caudillaje político y civil posterior a esa guerra liberadora. Por ello sería un error buscar semejanzas al caudillaje, institución española, con la denominada «teoría del jefe» («das fuhrerprinzip») alemana. El caudillaje es un propósito de reafirmar, estructurar o vertebrar de nuevo a la nación y al Estado españoles. Es un sistema que se propone instaurar en nuestro país la unidad en los fines y la convergencia en los medios. Es una empresa de unificación, no de uniformismo, nacional.

Pero el caudillaje como institución y como singularidad española encarna en un hombre fundador: Francisco Franco. ¿A qué es debido el ascendiente que Franco tiene sobre los españoles y a qué se debe el hecho de que en este hombre haya podido levantarse el caudillaje como institución política? He aquí una pregunta que podríamos resolver fácilmente por el camino de lo panegírico y de la exaltación de los valores excepcionales que con-

EL HOMBRE

HAY pueblos que encuentran siempre a su hombre en los momentos críticos de su historia. El pueblo español no siempre ha tenido esa suerte o la Providencia no siempre ha tenido para nosotros ese designio. España, desde que inició la tremenda pendiente de su decadencia, tuvo varias oportunidades de interrumpirla, de enderezarse y de volver por los fueros de un papel rector en Europa. Pero esas oportunidades se malograron todas porque no apareció el hombre, aunque muchas veces creímos encontrarlo. Tuvimos estadistas inteligentes, hábiles y maniobreros; excelentes parlamentarios y buenos teóricos. Pero necesitábamos otra cosa: un hombre que galvanizase y potenciase todas las energías larvadas en nuestro pueblo. No lo encontramos, y esa fué nuestra desgracia. Las grandes decisiones y la voluntad de permanencia y continuidad no entraban en el carácter de nuestros prohombres ni en el dispositivo de nuestras instituciones, que gastaban rápidamente las voluntades más sólidas.

El hombre que necesitábamos en la más dramática coyuntura de nuestra historia no lo «descubrimos» hasta el 1 de octubre de 1936. Por primera vez en muchas décadas dimos con el hombre capaz de interrumpir nuestra jatal marcha hacia el crepúsculo, en un caos de sangre. Ese hombre fué Francisco Franco. Esta vez no hubo vacilaciones en la elección. Todos sabíamos que él nos salvaría o no nos salvaría nadie. Los españoles, que tantas veces nos hemos equivocado, acertamos en aquella ya lejana fecha. No nos trajeron a Francisco Franco unos votos depositados en una urna ni una fabulosa máquina propagandística, que es la que suele prefabricar a los «grandes» de nuestro tiempo. El nombre de Franco fué impuesto por la necesidad, por la lógica y por la fe, cosas todas que no se pueden plebiscitar ni confiar a la incógnita de un censo electoral.

Francó logró ganar algo infinitamente más difícil que unas elecciones: una guerra. Y la

ganó no para un partido político, no para tener una mayoría en un Congreso. La ganó para España y para todos los españoles. Un hombre de su carácter y de su historia sólo podía aceptar la Jefatura de un Movimiento Nacional y la Jefatura de un Estado. Nos ocurrió también muchas veces a los españoles que no hemos sabido, o podido, encontrar un buen administrador de nuestras victorias militares; es decir, un estadista. Al día siguiente de publicarse el último parte de guerra se presentó imperiosamente la necesidad de edificar un Estado, y de nuevo tuvimos la ventura de que el mismo que había servido para ganarnos la guerra sirviese para ganarnos la paz.

Pocas veces en nuestra historia un jefe de Estado se ha identificado tan plenamente con el Estado mismo y con la misión que a éste corresponde en una nación católica e individualista. Un Francisco Franco de formación y de creencias liberales habría ensayado, una vez más, en España el modelo de Estado francés o inglés, con los resultados conocidos; un Francisco Franco de concepciones autoritarias habría ensayado el Estado totalitario, que no va a nuestro temperamento ni a nuestras costumbres políticas. Un Francisco Franco formado en la disciplina militar y en el humanismo católico español tradicional necesariamente había de postular por nuestro Estado Nacional-sindicalista, social, jerárquico y orgánico, que no acepta el neutralismo liberal ni el intervencionismo totalitario.

El Estado creado y configurado por Franco ha demostrado su capacidad de evolución, de perfeccionamiento y de realización. Sin alterar los principios fundamentales del Movimiento ha podido acomodarse a las exigencias y vicisitudes de todos estos años, no adoptando posiciones monolíticas, y ha hecho posibles incluso los ensayos más revolucionarios.

Todo esto, que estaba por hacer, que en serio ni siquiera se había intentado, lo ha hecho el Caudillo. Nos ha dado una Victoria, un Estado y una paz. Cualquiera de estas tres cosas bastaría para merecer nuestra gratitud. Las tres juntas merecen nuestra gratitud, nuestra admiración y nuestra confianza.

EL ESPAÑOL

FE, AUTORIDAD Y ACTORIDAD

curren en Francisco Franco. No obstante nosotros queremos contestar a la pregunta de una manera fría y conceptual. Lo sentimental y lo emotivo no tienen cabida en esta sección «De las piedras, pan».

Podemos decir que la ascendencia que un hombre tiene sobre los demás siempre es debida a una de esas tres causas: la fuerza, el prestigio o la autoridad. Creemos que no hay necesidad de explicar la superioridad por la fuerza de un hombre sobre los otros. Evidentemente, la fuerza forma parte intrínseca del poder político. Pero como dice Maisonneuve en su «Psychologie sociale», «el más fuerte no es jamás tan fuerte para mantenerse siempre el jefe, el dirigente máximo, si no sabe transformar su fuerza en derecho y la obediencia en deber».

Podríamos hablar de la ascendencia de Franco entre todos los españoles, y principalmente entre sus colaboradores más próximos, por su prestigio personal. El prestigio es un fenómeno complejo en el que intervienen elementos sociales (familiares, económicos), pragmáticos (éxitos, aciertos, ser-

vicios), profesionales (carrera, capacidad). Franco tenía prestigio suficiente para que en lo de octubre de 1936 sus compañeros de armas le eligiesen jefe del naciente Estado español y Generalísimo de los Ejércitos. A partir de ese momento el prestigio de Franco podía incrementarse rápidamente con las técnicas de la propaganda política, en el supuesto de que en España, como en Italia, en Alemania, en Estados Unidos o en Rusia, hubiesen existido hombres expertos en la moderna propaganda. La experiencia de los países citados ha demostrado que la propaganda puede multiplicar y aun sustituir en determinados momentos los elementos y las circunstancias que dan prestigio a una personalidad política. Este prestigio, incrementado por las técnicas propagandísticas, ha permitido que una sola personalidad pudiera constituirse en símbolo de todo un país. Pero Franco, que no ha tenido propagandistas profesionales, y si una Prensa leal, posee lo que no poseyeron Hitler ni Mussolini, y lo que acaso no posea en igual intensidad ningún Jefe de

Estado actual. Nos referimos a la autoridad. Franco tiene autoridad.

La autoridad no es susceptible de ser fabricada o difundida por la propaganda. La autoridad es una fuerza del espíritu. En tal sentido, no puede perderse, como el prestigio, por un simple error o por una equivocación fortuita. Un hombre tiene autoridad cuando actúa voluntariamente dentro de unos límites morales y jurídicos. Nos sometemos al hombre que tiene autoridad por la confianza y por el respeto, nunca por el miedo ni el temor. Confianza y respeto es lo que los españoles tenemos hacia Franco. La autoridad se puede perder incluso en pleno éxito cuando ese éxito es obtenido por medio de la falsedad o del abuso de confianza. En pleno éxito podemos decir que Hitler no tenía autoridad, y si, en cambio, prestigio y poder. Franco tiene, repetimos, junto al prestigio y al poder, la autoridad.

Podríamos hablar de la autoridad —«autoritas»—, que viene de autor —«auctor»—, y de la actoridad, que vendría de actor y correspondería al concepto que

los romanos atribuían a la palabra «potestas». Tienen actoridad, son actores en política, los que ejecutan la acción aconsejada y garantizada por la autoridad, por el autor. Franco es el máximo autor del nuevo orden político. A veces podemos pensar si algunos actores están a la altura del papel que se les ha confiado. Pero del caudillaje como autoridad jamás ha desconfiado ningún buen español.

Otra característica del caudillaje es la capitalización de poder. A diferencia del poder de hecho, el poder de autoridad, el caudillaje institución, se capitaliza. Una serie de símbolos y de representaciones tienen hoy una fuerza superior a la que tenían en el año 39, porque esos símbolos y esas representaciones están en-

riquecidas por el capital de poder que se ha ido acumulando sobre ellos a lo largo de esos años de ejercicio eficaz del caudillaje. Frente al desgaste propio de toda actuación política —actores—, la política como autor, como fundador, ofrece este fenómeno: la capitalización de poder.

Franco y el caudillaje institución fundadora se confunden en este momento con el pueblo español. No se confunden en cuanto Franco, como líder político, esté en el mismo nivel que las multitudes, sino en cuanto en vez de alagar a las multitudes como los políticos actores, encarna una idea esencial y común a toda la nación. No son populares Francisco Franco y el caudillaje por ofrecer promesas, sino por interpretar y realizar lo que hay más

elevado en las aspiraciones colectivas. La fuerza, el prestigio y la autoridad de Franco no se emplean demagógicamente para complacer al pueblo en lo que éste pueda tener de egoísta, sino para hacerlo mejor, más feliz y más fuerte.

No es, pues, el nuestro un régimen sostenido sobre los dos pivotes de la política, por un lado, y de la propaganda, por el otro, como el régimen nazi alemán lo pudo ser. Nuestro régimen tiene su policía y su propaganda, pero se basa sustancialmente sobre un contenido moral. He aquí porque el caudillaje fundacional de Francisco Franco tiene posibilidades múltiples de permanencia y continuidad.

Claudio COLOMER MARQUES

MAÑANA SERA OTRO DIA

EL CAUDILLAJE CON EL TIEMPO

ESCRITAS hace nueve años, y publicadas en tales fechas como éstas y en tal periódico como éste—o sea, en la página 8 de EL ESPAÑOL de 30 de septiembre de 1944—, las palabras con que Raimundo Fernández-Cuesta daba las razones del caudillaje tenían menos valor que hoy. Releídas hoy tienen menos valor que dentro de otros nueve o de otros noventa años. Con el paso del tiempo, aquellas palabras ganan importancia y verdad. ¿Por qué? Porque precisamente el paso del tiempo añade importancia y verdad al caudillaje.

Fernández-Cuesta distinguía entonces el caudillaje de la dictadura, institución del Derecho romano, por el carácter transitorio de ésta, a la que el mismo Derecho señalaba un plazo de ejercicio de seis meses. Mas el caudillaje «nace con sustancia de perdurabilidad... es originario, marca el comienzo de una etapa histórica...», sirve a unas verdades absolutas, y en este servicio encuentra la legitimidad de su poder. «Precisamente la negación del carácter absoluto de esas verdades, la negación de una concepción metafísica del mundo y la admisión de un relativismo criticista que somete todo a discusión y voto da origen a la pugna entre el mando racional y el personalizado, la cuestión dramática de la política de todos los tiempos.»

Esa cuestión dramática, como todas las cuestiones dramáticas, se desatan y dirimen a lo largo del tiempo. Un niño, nada más nacer, puede ya ser guapo o feo, rico o pobre, príncipe heredero o hijo de labrador; hermosura, riqueza o alcurnia no son cuestiones dramáticas. Sólo más tarde, a través de los años, el niño será hombre honrado o mujer impúdica, héroe o rufián, padre o estéril; porque el heroísmo, el honor o la fecundidad, ésas sí que son cuestiones dramáticas. Tampoco un niño nace caudillo, ni en ninguna legislación está ni debe estar previsto y racionalizado el caudillaje, como lo está la herencia de la Corona o la de los bienes gananciales.

Carlos el César no fué rey de los españoles y emperador del mundo tanto por haber nacido en tal cama y haberse criado en tal cuna como por haber derrotado a quienes se le oponían y por haber asumido en el pecho y el puño el haz de unas verdades absolutas. En el nacimiento, Carlos el César no fué distinto de Carlos el hechizado.

Hay un caudillaje al frente de los españoles que dura ya quince años. Preguntan hoy por las razones de este caudillaje algunos que ya lo preguntaban desde el principio y que dan muestras de olvidar, cuando quieren, lo que cuando quieren juzgan definitivo argumento:

el de «nihil violentum est durabile»; ésos seguirán diciéndolo hasta su último suspiro, y dejarán encomendado a sus hijos y nietos que no dejen de susurrarlo ni en la hora de la muerte. Quince años, en nuestro mundo revuelto y rapidísimo y hasta supersónico, ¿no son quince docenas de razones??

El caudillo—el caudillo de la horda, de la tribu, de la nación o del grupo de naciones, de la familia o del grupo de náufragos—se distingue en lo exterior porque triunfa de los enemigos; en lo interior, porque se demuestra mejor que los competidores a través del tiempo. «El tiempo y yo, contra otros dos», divisa de Felipe II.

España, en los quince últimos años, ha tenido (¡loado sea Dios mil veces por ello!) enemigos mundiales y ha triunfado de ellos. Sin moverse España ni un ápice, las naciones que nos fueron hostiles han ido girando en sus quicios para darnos otra cara; aquellas naciones que nos exigían danzar a su gusto porque habían vencido en todos los meridianos del planeta y porque habían instituido todo un régimen universal que se ha licuado como un cabo de vela, mientras el estandarte caudillal sigue en lo alto del mástil, donde ningún otro estandarte habría podido mantenerse ni un mes.

Esto en lo que respecta a los enemigos. En cuanto a los competidores, ¿qué? Durante quince años, en el espacio de ciento ochenta meses, a lo largo de setecientos veinte semanas, en el decurso de cinco millares y medio de días, los competidores, uno tras otro, han ido apareciendo y borrándose en la bruma. Algunos, por sus palabras y por sus obras, por sus compañías y por sus torrentes de imprevisión, sólo compasivo dolor pueden inspirar a quienes se esfuerzan por seguirles fieles, desilusión a quienes les otorgaron créditos de confianza, rabia a los que de ellos colgaban la garrucha de sus esperanzas de miedo. Otros, sepultados están bajo una derrota a la que de continuo se añaden nuevos escombros de olvido y de impotencia.

Mas, sobre todo, contra enemigos y contra competidores, a tal punto en el tiempo se ha llegado, que no hay ninguna posible ruta hacia la justicia social entera, hacia la plena personalidad internacional de España, hacia la industrialización, hacia la neutralidad o la victoria, hacia el orden o la paz, que no pase por el caudillaje. De todo eso, nada menos que de todo eso, habría que prescindir para seguir otros caminos.

Luis PONCE DE LEON

POLVORINES DE EUROPA

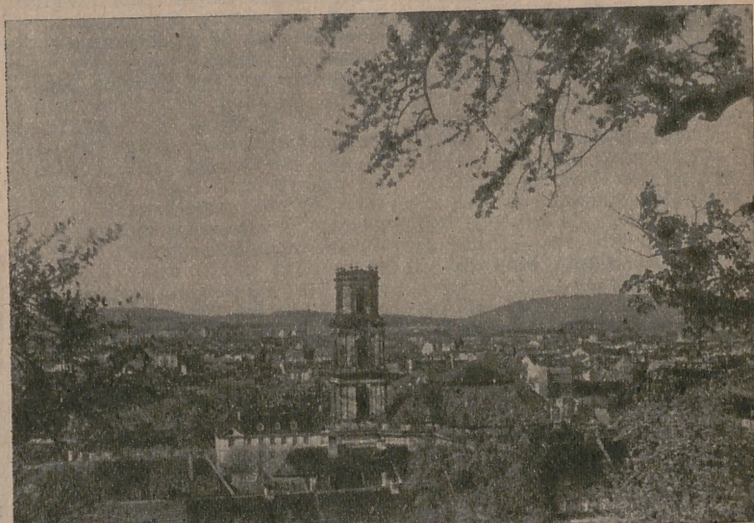


NACIONALISMO PELIGROSO

EL SARRE, TRIESTE Y CHIPRE, TRES ROMPECABEZAS EN EL CONCIERTO OCCIDENTAL

UNA vez más el Consejo de Europa ha vuelto a reunirse en Estrasburgo para poner unos cuantos ladrillos a lo que los americanos llaman «el edificio de Europa». Para nosotros los españoles la palabra ladrillo tiene una doble significación; además de lo otro, quiere decir «rollo», y no creemos que nos desviemos mucho de la verdad al decir que en Estrasburgo se han colocado unos «rollos» más al hipotético falansterio de la unidad europea. El rollo principal, o, si se quiere, el ladrillo más compacto, lo puso, como de costumbre, el señor Spaak, socialista belga que ha encontrado su violín de Ingres en esto de hacer algo por concertar a las naciones europeas participantes.

Como nuestros lectores saben, Estrasburgo es una especie de capital provisional de Europa. La eligieron para este papel porque es una ciudad casi fronteriza entre Francia y Alemania y porque, no siendo del todo francesa ni del todo alemana, puede pasar por neutral, o sea por «europea». En realidad, esta hermosa ciudad alsaciana, erizada de torres góticas, en las que anidan las cigüeñas, podría pasar más bien como un símbolo viviente de la desunión europea y de la secular



Una vista panorámica de la ciudad del Sarre, tan de actualidad en la política europea

batalla de Fonténay, que galos y germanos vienen librando periódicamente a lo largo de los siglos. Primero formó parte del imperio germánico; después, al firmarse el Tratado de Ryswick, en 1697, pasó a Francia. Otro Tratado, el de Francfort, la de-

volvió a Alemania en 1871. El de Versalles, en 1919, la incorporó nuevamente a Francia, pasando a poder de los alemanes en la primera fase de la segunda guerra mundial, y, finalmente, a poder de los franceses en la segunda fase. Todo esto le ha ocu-



Trieste, para Italia. Este es el «polvorín» más importante de Europa. En la fotografía, un grupo de patriotas prende fuego a una bandera inglesa

bien o para mal, no ha muerto. Ni siquiera pueden con él los ladrillazos del señor Spaak. El sentimiento nacional, eso que los alemanes llaman misticamente *Nationalgefühl*, sigue siendo una cosa viva en la conciencia de los pueblos europeos. Si el sentimiento nacional es una mezcla de orgullo, de xenofobia y, en cierto modo, de petulancia, yo, personalmente, he advertido la presencia de estos tres ingredientes en el europeo 1953. Más orgullo que xenofobia en Alemania y más xenofobia que orgullo en Francia, pero el orden de los ingredientes no altera la peligrosidad de la mezcla.

EL SARRE

Mientras el Consejo de Europa estaba reunido en Estrasburgo tratando de poner un definitivo epitafio al nacionalismo, éste se encontraba en otras partes, no muy lejos de allí, dando coletazos que hacían temblar las cancellerías. Coletazo en el Sarre, coletazo en Bonn, coletazo en Trieste y, finalmente, coletazo en Chipre. Tal vez fué pura coincidencia, pero no por eso la cosa deja de tener una grave significación.

El Sarre, como ustedes saben, tiene una historia bastante parecida a la de Estrasburgo. Hoy disfruta de una independencia más o menos hipotética, políticamente hablando, y es un apéndice económico de Francia. El territorio del Sarre es absolutamente alemán, comenzando por la lengua, pero no pertenece a Alemania. Sarrebruck es tan alemán como Colonia o Düsseldorf. Celebrar un plebiscito para averiguar si los habitantes de este territorio son más profranceses que proalemanes es algo tan absurdo como preguntarle a un madrileño si se siente más español que neozelandés. Sin embargo, esto se hizo el 13 de enero de 1935, y, como era de esperar, el 90 por 100 de los consultados votaron a favor de la reincorporación a Alemania. La fórmula del plebiscito podría utilizarse, una vez más, para descubrir otra vez el Mediterráneo, pero Francia tiene una importante objeción que hacer: le viene muy bien su *liason* económica con el Sarre.

Adenauer, al día siguiente de su espectacular triunfo electoral, puso sobre el tapete la cuestión del Sarre. El Canciller Federal es partidario de la europeización del territorio, pero esto es tanto como comprar la montura sin tener antes el caballo, pues no vemos la forma de europeizar al Sarre antes de que exista Europa como unidad. La verdad es que, hoy por hoy, el lenguaje de los europeístas sigue siendo esperanto, y no siempre armonioso. Todos nos engañaríamos estúpidamente si no viésemos que detrás de la cuestión del Sarre asoma las orejas el nacionalismo alemán, en este caso plenamente justificado. Como justificada es la reivindicación de los territorios situados al otro lado de la línea Oder-Neisse. Ya dije en otra ocasión que los franceses terrán como al demonio a lo que los pangermanistas llaman «*Die weihenolle Stimmung der Freiheitskrieger*» («La sagrada emoción

ruido a Estrasburgo por hallarse casi a orillas del Rin, y es lógico que los estrasburgueses, cansados de jugar este papel de pelota de tenis, estén más interesados que nadie en que la vieja rivalidad francogermana termine de una vez. Sin embargo, los propios estrasburgueses son los primeros en sospechar que la historia de sus idas y venidas no ha terminado todavía. Para Francia, Estrasburgo sigue siendo como para su fundador, Druso, «un centinela que vigila el paso del Rin», y para Alemania, una tierra irredenta. Fué en el propio Consejo de Europa, donde el año pasado un alemán dijo que sus compatriotas no descansarían hasta ver a la bandera alemana ondear sobre una torre de la catedral. No. La historia no ha terminado aquí. Cuenta André Maurois en sus Memorias que en la Francia finisecular los veteranos de Sedán se reunían para recordar con nostalgia y con ira a su amada Estrasburgo, en poder del teutón, prometiendo rescatarla un día. Hoy estamos también seguros de que los jóvenes estudiantes alemanes que van en peregrinación sentimental al pie de la estatua de Germania juran devolver Estrasburgo al Reich. La cosa no tiene remedio.

ARMONIOSO ESPERANTO

En la capital de Alsacia, provisionalmente capital de Europa, de la Europa todavía *non nata*, se quiere enterrar solemnemente al nacionalismo europeo. Los campeones de la Idea van allí como los judíos al muro de las lamentaciones para hacer pública confesión de los pecados de Europa,

invocando los más líricos el recuerdo del emperador Carlomagno y los menos líricos las consecuencias económicas de la división de Europa, sobre todo en términos de carbón y acero. Pero el nacionalismo europeo, como los muertos de don Juan Tenorio, disfruta todavía de buena salud. Casi añadiríamos de una excelente salud. Ningún país resigna en el Consejo de Europa la menor partícula de su soberanía nacional, y todavía valen hoy las palabras con que Arnoldo Mussolini, hermano del Duce, saludaba el proyecto de Aristides Briand de crear unos Estados Unidos de Europa: «El proyecto de Briand tiene todos los caracteres de una emboscada para los pueblos que esperan todavía una nueva regulación de sus fronteras.» Para otros, esta clase de ideas «no hacen sino transformar el lenguaje del imperialismo francés en un armonioso esperanto».

Aunque el canciller Adenauer me dijo en Bonn que tiene que desaparecer el viejo hábito europeo de vigilar con desconfianza el fortalecimiento de las potencias vecinas, lo cierto es que esa desconfianza persiste. Todo el mundo sabe que los franceses, precisamente ellos, están cada día más asustados por el fantástico resurgimiento de Alemania, y son muchos los que, volviendo la frase por pasiva, traducen así el sincero y fervoroso europeísmo de Adenauer: su «fórmula europea» no hace sino transformar el lenguaje del imperialismo alemán en un armonioso esperanto».

EL MUERTO GOZA DE BUENA SALUD

El nacionalismo europeo, para



Otro brote nacionalista. Chipre, para Grecia. La Policía carga violentamente para dominar la ira patriótica de más de 40.000 personas

de las guerras de liberación»). En este caso, de liberación de los perdidos territorios del Este.

TRIESTE

El segundo sarampión nacionalista que conternó a los esperantistas de Estrasburgo fué el resucitado y siempre larvado pleito de Trieste. Ustedes ya conocen los términos del problema. Trieste, como Estrasburgo y el Sarre, ha desempeñado a lo largo de la historia el siempre peligroso e incómodo papel de tierra irredenta. Hoy se lo disputan Italia, por un lado, y Yugoslavia, por otro. Periódicamente ambas naciones amenazan con llegar a las manos, y el último episodio todavía no está liquidado. Trieste es tan italiano como alemán es el Sarre; un plebiscito sería siempre favorable a Italia, pero no está el horno para plebiscitos. Trieste es el último reducto del

nacionalismo italiano, y todo el mundo sabe que la evacuación de Pola fué más dramática y dolorosa para el pueblo italiano que la pérdida de la guerra. Este pueblo, inteligente y sensible, aceptó con ejemplar resignación la almoneda de su imperio africano y el reparto de su magnífica flota de guerra. Pero no se ha resignado a ver a los yugoslavos en Trieste. Soportó mejor primero la ocupación alemana y después la ocupación aliada, en tiempo de guerra, y siendo por naturaleza poco belicoso, porque para él la guerra es, como algunos muebles, bella, pero incómoda, hemos visto en estos días pasados cómo se enciende en su alma «la sagrada emoción de las guerras de liberación».

CHIPRE

Finalmente tenemos a Chipre. Los chipriotas acaban de invocar

el principio de autodeterminación de los pueblos para pedir, una vez más, su incorporación a Grecia. En 1878, Turquía e Inglaterra firmaron un convenio por el que Inglaterra pasaba a administrar la isla. En 1914 Inglaterra se la anexionó definitivamente. Los chipriotas celebraron un plebiscito, y éste fué, como es lógico, favorable a la reincorporación a Grecia. Pero los ingleses no se han dado por enterados y el pleito ha vuelto a suscitarse. A la vista tenemos, pues, otro brote nacionalista.

Estas erupciones nacionalistas se han producido, como decíamos, mientras por otro lado se hablaba en Estrasburgo, a caño libre, de unificar a Europa, eliminando todos los fermentos nacionalistas. Bueno es recordarlo ahora, porque no ha faltado quien dijese, en Inglaterra, que nuestra reivindicación de Gibraltar responde a un nacionalismo pasado de moda. Conocemos también los españoles este «armónico esperanto» con que los ingleses disfrazan su «lenguaje imperialista» y debemos estar prevenidos contra él. El nacionalismo no es un *new look* que pueda pasar de moda, como la falda cortá, pero, en cambio, si nos tememos que es el Consejo de Europa el que está pasando de moda.

Manuel BLANCO TOBIO
(Premio Nacional de Periodismo)



En Chipre,
un comunista inglés llamado mister Peter Kerringan pronuncia un discurso. A río revuelto...

CACERES, EN EL OESTE, LINDANDO CON PORTUGAL



EXTREMADURA NO ES TAN DURA AUNQUE SU NOMBRE LO DICE

**LA TIERRA DE
LOS CONQUISTADORES
TRANSFORMA
SU CAPITAL**

De nuestro enviado especial
OCTAVIO APARICIO LOPEZ

ME encuentro con un amigo en las oficinas de la R. E. N. F. E. de la calle Alcalá.

—¿Te vas de veraneo?—me pregunta.

—Me voy a Cáceres—le respondo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué se te ha perdido allí?

—¿Perdérseme...? ¡Ah, sí! Toda la provincia.

En efecto. Mi propósito es buscar, redescubrir, esta «extrema» tierra que, para muchos, sólo sobrevive anquilosada en la geografía homérica de los Conquistadores. Pero mi amigo no me comprende.

—¡Estás loco! ¡Loco de remate!—exclama, compadeciéndome y considerándose de una casta muy distinta a la mía por el solo hecho de llevar en el bolsillo un billete para La Coruña, de donde marchará no sé si a Fuentedeume o a Betanzos.

UNA ESTACION RODEADA DE CORCHO

Indudablemente que uno tiene que estar muy loco para irse a Cáceres, como yo me voy, en pleno agosto y en un tren llamado enfáticamente expreso-correo, que sale a las diez y media de la noche de la estación de Delicias, prometiendo llegar a la capital extremeña a las siete de la mañana, aunque aparece luego por allí pasadas las ocho. Pero, ya puestos en camino, una hora u hora y media de más, es lo de menos. El retraso no sorprende a nadie, y a mí tampoco, porque tengo otras cosas de qué interesarme. Y lo primero que llama mi atención son esos montones de corcho que hay apilados a

Cáceres se extiende sobre la llanura. Hacia el Oeste, la ciudad va creciendo



ambos lados de la estación. En Cáceres no existe ninguna fábrica que transforme la corteza del alcornoque. Sólo funciona una industria que se limita a empacarlo y enviarlo a Barcelona. Por eso hay tanto en la estación. Luego me dirán que el corte o la pela se hace cada nueve años, por lo que (para obtener una renta anual) hay quien tiene divididas sus fincas de alcornoques en nueve sectores, y cada año corta uno, cosechando algunos propietarios más de mil quintales por cada zona. Hace poco uno vendió siete mil quintales. Pero hay quien vende más de diez mil. ¡Ah! No se me olvide decir que actualmente está el quintal de corcho a 130 pesetas. Como las pesetas no van a ser para mí, lo que más me preocupa de todos estos montones de corcho es lo que irán a hacer con ellos. ¿Cuántos taponos, cuántas planchas, cuántos salvavidas, cuántos objetos flotantes y aislantes podrán hacerse, en fin, con estas rugosas y oscuras cortezas que son como la tierra misma que las cria? No disponiendo del tiempo suficiente para hacer el cálculo, aunque sé que los alcornoques de Cáceres producen más de 50.000 Qm. al año, me adelanto a todos los viajeros y salgo fuera de la estación.

Bueno. Ya estoy en Cáceres; pero, de todas formas, he llegado demasiado tarde o demasiado

temprano. No sé qué decir. Por lo pronto, el autobús se ha marchado en vista de que el tren no aparecía por ninguna parte. Lo reseño, no porque me moleste mucho, ya que la estación está junto a la misma ciudad; a la otra punta del paseo de Cánovas, sino por cuanto significa.

UNA PROVINCIA QUE SE MOTORIZA

En la provincia de Cáceres, en lo que a comunicaciones se refiere, el ferrocarril ha «pitado» bien poco, y aún ahora apenas si «pita», como acaba de verse, a pesar de que se hayan reanudado las obras del ferrocarril de Talavera de la Reina a Villanueva de la Serena, pasando por Guadalupe, paralizadas durante más de cincuenta años, y a pesar, también, de los ardientes deseos cacereños por un ferrocarril que enlace a Cáceres con Riotajo y Ciudad Rodrigo, que permitiría una fácil comunicación entre zonas de un gran futuro económico, como la de Sierra de Gata, en cuyas estribaciones se enclavan las riquísimas comarcas aceiteras y forestales de Hoyos, Hervás y Coria, cuyos campos se revalorizarán una vez que las aguas de los pantanos de Borbollón y Gabriel y Galán se derramen sobre ellos racional y pródigamente. Así, pues, mientras estos importantes planos no se hagan realidad, lo que impera en la pro-



Esta fotografía nos muestra que las viejas costumbres populares no han variado en el tiempo. Sin embargo, las chicas han evolucionado en vida

vincia de Cáceres es el tráfico por carretera. Desde 1925 al 1953 se ha duplicado el kilometraje de las carreteras provinciales y del Estado, desde 1.550 kilómetros en 1925 a 3.287 en 1953. El desarrollo más considerable lo ha realizado la Diputación en las carreteras provinciales, pues si las del Estado han crecido en 500 kilómetros, aquéllas aumentaron en 1.250. Hoy día ya están unidos y comunicados todos los pueblos cacereños por dos o tres Compañías fuertes de autobuses, como la Mirat, S. A., que si antes de la guerra tenía veinte o treinta coches, ahora cuenta con cincuenta, y la Quevedo, que posee cuarenta y tantos autobuses nuevos. Se puede decir que en los caminos de la alta Extremadura, el viejo carro de ruedas chirriantes ha sido sustituido sin transición por el llamante y aerodinámico «Pegaso». Careciendo de ferrocarriles estratégicos, la provincia se motoriza a pasos agigantados, llegando a constituir el garaje, el taller mecánico y la tienda de repuestos de automóviles, negocios fabulosos, en los que algunos afortunados han hecho en estos últimos años capitales de más de diez millones de pesetas. Un índice de la motorización de Cáceres lo ofrecen las motocicletas. En relación con su población, debe ser Cáceres la ciudad española que tenga más motos de todas las marcas. Tomando café a la hora de sobremesa en la terraza del bar Avenida veo cruzar por el paseo de Cánovas más de veinte motos de todas las clases. Las emplean por igual médicos, representantes y señoritos. Me dicen que hay más de cien, pero yo creo que debe haber más de mil. Las motos llevan tras de sí una estela de accidentes que ocasiona a los cirujanos constantes trabajos.

El afán de comunicación y de acercamiento no se reduce a la carretera, pues abarca los espacios. En los pueblos todo el mundo trata de relacionarse y de es-

tar al día a través de la radio. Existe una emisora en Cáceres y otra en Plasencia, y cada día que pasa se compran más aparatos de radio en los pueblos.

LA MODERNA CACERES

A mí no me importa mucho que se haya marchado el autobús sin esperarme, porque aquí las distancias son cortas y además me gusta más recorrer las calles todavía silenciosas, en las que el sol naciente, bullendo por los aleros, y las vendedoras de churros, dan al ambiente una vital pincelada de alegría. Prefiero recorrer estas calles a pie, charlando con mi maletero, que es un chico que tiene dieciocho años, aunque sólo aparenta doce. Se llama Constante y se educó en el Hospicio, en donde aprendió el oficio de panadero. Pero en vez de abrasarse en la boca del horno prefiere vagar a la ventura y ganarse la vida como sea. Constante me lo va explicando todo por el camino, mezclando mucho el «aluego» y rematando todas las palabras en el «ino» cacereño. Le pregunto:

—¿Queda mucho para la plaza?
—Un ratino.

Dejamos atrás la estación, con sus montones de coches, y pasamos por delante de un gran edificio.

—¿Esto qué es?
—Son las «Manitas de los Probes».

Atravesamos el paseo de Cánovas, a ambos de cuyos lados se levantan modernos edificios. Es la nueva Cáceres. La que se extiende detrás de la pista del Oeste y más allá del Rodeo, en donde brotará la verdura exuberante de un gran parque municipal. Constante va saludando a todos los chicuelos que se encuentra por la calle, para demostrarles que tiene trabajo y que hoy es un gran señor. Me refiere que todo este verano lo ha pasado de feria en feria, empleado con una familia compuesta de nueve miembros que tenía una voladora como negocio, con la que sacaban hasta 500 pesetas diarias. A él sólo le pagaban dos y la comida, que era escasa, por lo que acabó abandonando a estos feriantes y



Cáceres se transforma vertiginosamente. Con el mismo espíritu de conquistadores, los cacereños construyen su ciudad deportiva para recreo de la juventud

se vino a Cáceres a hacer de mozo, que éste es el motivo de que se encuentre a mi lado.

Constante, creyéndome un turista, quiere llevarme por las cuevas, por el Adarve y la cueva de la Compañía a la plaza de San Mateo, al Cáceres histórico de granito, para que me recree en la casa-fortaleza de los Veletas, en cuyos cimientos se halla la famosa charca, el «co-razón de agua» de la vieja ciudad medieval. Pero yo no me de-jo conducir por el prurito cice-ronesco de Constante, porque a mí lo que me interesa es el Cá-ceres actual de cemento y no la antigua Kazires, la llamada ciudad de los palacios. En vez de los viejos palacios, con sus balcones esquinados, prefiero ir al otro lado del paseo del Oeste para recorrer el nuevo barrio residencial, en el que hay más de doce hoteles, que han costado, por lo menos, más de 700.000 pesetas cada uno.

UN CRECIMIENTO DEL TREINTA POR CIENTO EN LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS

En Cáceres se ha construido mucho. Junto a la antigua se ha levantado una nueva ciudad, habitada por unas 20.000 almas y extendida a ambos lados del paseo de Cánovas. Este crecimiento es natural. Va aparejado al incremento demográfico. Durante mucho tiempo, la población osciló entre las 6.000 y 7.000 almas. En 1900 tenía aproximadamente doce mil, y ahora la capital tiene cerca de 50.000 habitantes. Esto es: se ha octuplicado en los últimos cien años y cuadruplicado

en lo que va de siglo, experimentando un crecimiento de un treinta por ciento en el postrer decenio. En este desarrollo, aparte del aumento natural de la población, ha influido bastante el éxodo de la gente de los pueblos, empujada a la capital durante la República por la inquietud, el desasosiego y el peligro, y después por las circunstancias de la guerra, por el afán de negocios y por el deseo de vivir una mejor vida.

Sea lo que fuere, el hecho es que Cáceres ha crecido considerablemente en edificios y en población. La parte más moderna se extiende detrás de la pista del Oeste. Sólo en Viviendas Protegidas se han edificado 200 (88 para obreros en el Espíritu Santo, 48 para la clase media en San Blas y 60 para maestros), que, calculando a cinco personas por familia son habitadas por mil almas. Hasta hace poco se ha construido casi anárquicamente. Cáceres casi parecía una ciudad del Oeste americano, en la que se congregaban enriquecidos mineros, ganaderos y agricultores, que construían su casa en cualquier parte, encaprichándose por los más dispares estilos arquitectónicos. Pero eso ya pasó. El nuevo plan de urbanización exige cuatro pisos a los edificios y las calles ya están trazadas antes de que en ellas se empiece a construir. Entre las obras públicas me llamó la atención el gran parque municipal que se proyecta hacer en el Rodeo, al lado de la Ciudad Deportiva, que no sé si tiene o tendrá piscinas y campos de deporte. Al lado se está edi-

ficando un ambulatorio por Agromán para el Instituto Nacional de Previsión, y también la Casa-Cuna del Instituto Social. Ambos están situados delante del Colegio de San Francisco, del que se van a hacer cargo los Salesianos para montar algo semejante a la Institución de Enseñanza Profesional de la Virgen de la Paloma, de Madrid.

Todas estas construcciones han movido fuertes sumas de dinero y han creado una industria poderosa, en la que trabajan permanentemente un promedio de 2.000 obreros de la construcción, que en ciertas épocas asciende de 3.000 a 4.000. El censo laboral de los obreros de toda la provincia de Cáceres es de 7.000. Entre las Empresas Constructoras cacereñas sobresalen la HACHA, que empezó, según creo, a funcionar después de la guerra. El 60 por 100 de los modernos edificios cacereños, incluyendo los mejores, puede decirse que los ha edificado esa Empresa, que ha levantado hasta puentes y extendido sus operaciones a todas partes, inclusive a Italia. Sin embargo, no tuvo éxito en la venta de sus casas por pisos, esa moderna modalidad del negocio de la construcción, que intentó implantarlo en esa ciudad extremeña.

Constante, que es el que me lleva de acá para allá, me da algunos datos que luego completo con los informes que me ofrecen mis amigos cacereños. Como Constante no sabe nada del poblado céltico, ni de la Colonia Cesarina, ni de la Casa de Ceres de Lucio Marineo Sículo, ni del Campamento de Cecilio Metelo, ni de la

UNA FECHA HISTÓRICA DE ESPAÑA

[A generación que se decide a salvar a España en 1936 encuentra en el general Franco su jefe natural. Un decreto de la Junta de Defensa Nacional, fecha el 29 de septiembre, le nombra Jefe del Estado español y generalísimo de las fuerzas de Tierra, Mar y Aire. Y el 1 de octubre asume oficialmente la responsabilidad de su jefatura.

Los españoles del 36 sólo podían entonces intuir, o imaginar cuando más, el verdadero alcance político de su elección, porque recién consumado un hecho histórico, y mientras el tiempo no decida cuáles de sus consecuencias lograrán realizarse y cuales otras fracasarán, no es posible calcular con certeza su auténtica dimensión ni sus proporciones reales. Y menos aun en este caso, estando pendientes la consolidación y el desarrollo del nuevo Estado, de la victoria militar del Movimiento.

Es ahora, transcurridos ya diecisiete años de gobierno bajo el mando del Caudillo, cuando la proclamación del 1 de octubre de 1936, se perfila ante el juicio de la generación vencedora, y de las que van sucediéndola, como una fecha clave y un acto decisivo en la historia española. Acto en el que encuentran su incansable y más fiel realizador todos los ideales políticos en que se inspira la doctrina del Movimiento. Fecha que señala, como iniciación de un nuevo régimen político, una nueva época. Y no en el sentido metafórico de la palabra, sino en su sentido literal, porque la acción política del nuevo Estado, tomada en su conjunto, supone la liquidación definitiva del siglo XIX y la reanudación de la historia de España sobre un sistema constitucional que garantiza la paz interna, la justicia social, y la unidad y la soberanía nacionales.

El ambiente histórico del siglo XIX español desborda las rígidas particiones de la cronología clásica e invade las tres primeras décadas

del XX. Desde la muerte de Fernando VII hasta la caída de la República del 31 ofrece nuestra historia un panorama político idéntico en sus líneas fundamentales: fracaso de la Monarquía absolutista, de la Monarquía constitucional y de las sucesivas Repúblicas; guerras civiles, sin otro fruto que la agravación de los separatismos regionales; juego estéril de los partidos políticos sobre un estado constitucional que carece de una base estable y firme; liberalismo económico y lucha de clases, que empujan a las masas obreras en una carrera desenfrenada hacia el marxismo, y, como remate y consecuencia de todo ello, la continua disminución de nuestro prestigio en la esfera internacional, iniciada por la pérdida de las colonias.

El triunfo del Movimiento se traduce, ante todo, en una organización política del Estado y la sociedad, que garantiza la estabilidad constitucional. La sociedad queda organizada sobre tres instituciones naturales: la familia, el Municipio y el Sindicato. A través de ellas, y desechando la ficción de los partidos, alcanzan los ciudadanos su representación política en los Ayuntamientos, en las Diputaciones y en las Cortes. Rechazados los principios de la economía liberal, se estructuran los Sindicatos como agrupaciones de armonización de intereses entre las clases y se implanta un sistema de plena seguridad social. La política económica se orienta, sin abandonar la producción en las manos de la iniciativa privada, pero también sin anularla, apoyándola y supliendo su falta cuando es necesario.

En julio de 1947 un referéndum nacional aprueba el Proyecto de Ley de Sucesión. España queda definida como «Estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino». La legitimidad del mandato del Caudillo, vencedor

Vieja Orden de Fratres, de Cáceres, ni de las excavaciones de Schulten, no me da la lata con monsergas históricas y arqueológicas ni se escandaliza porque yo me detenga a contemplar una Cáceres que los tiempos modernos repiten en todas las ciudades de provincias llenas de vitalidad, y desdeñe lo genuino y tradicional de la ciudad.

Constante tampoco sabe que la Cáceres que estamos contemplando ahora se identifica con otra ciudad de gran desarrollo como es León. Por eso yo no tengo que explicarle a mi maletero y guía que a mi esta parte nueva no me interesa por su aspecto arquitectónico, sino por su valor representativo, por ser el exponente del despertar económico de la España provinciana, que tantas riquezas y tantas fuerzas atesora en potencia, y que la guerra, la industrialización y el cine están lanzándolas a la vida. En lo alto de Cáceres está el Alcázar árabe y el Aljibe. Muy bien, pero eso es el pasado.

A nosotros lo que nos importa en el presente es lo que se extiende a los pies del antiquísimo castro céltico, lo que acontece diariamente en la calle de Pintores, en el paseo de Cánovas, en el Calerizo y en todo el término municipal.

DE ESPALDAS AL CAMPO

Hoy por hoy Cáceres tiene un gran problema, según me han explicado. Se trata de su término municipal, que con sus 1.766 kilómetros es el más grande de las capitales de España. Parece ser que los habitantes de Cáceres,

aunque viven del campo, están de espaldas a él, en el sentido que ninguno o casi ninguno trabaja directamente la tierra, la que es labrada por jornaleros de Arroyo y Malpartida. En Cáceres vive mucha gente, por no decir todo el mundo, del comercio. Tan importante es esta profesión aquí, que cuenta con el segundo Montepío Laboral, ganándole tan sólo la mano el de la Construcción. Esto se debe a que en Cáceres entran de 2.000 a 3.000 personas diariamente a comprar o vender algo. Todos los portales de la calle Pintores son tiendas. Muchas tiendas nuevas, y las que no, lo parecen al menos, porque todas ellas han sido reformadas en estos últimos años, en los que el dinero ha circulado abundantemente.

Junto al comercio nuevo, de tienda bonita y escaparte suntuoso, subsisten las ferias tradicionales. Una se celebra en mayo, que concentra ganado vacuno y lanar. A ésta acude la mejor ganadería lanar merina de España la Montenegro, que ha obtenido premios en España y en el extranjero. Desde hace tres años viene celebrando otra feria en septiembre. Esto es, ahora mismo está celebrando la tercera. En esta feria de septiembre, en la que domina el ganado caballar, acuden a Cáceres mulos de Arroyo de la Luz y caballos de Trujillo.

Sin embargo, las viejas ferias no prosperan tanto como los comercios de la ciudad. Aunque para reanimar la tradición y atraer tratantes se haya creado la feria nueva de septiembre, hay que reconocer que estos mercados están en decadencia, no porque el ganado sea peor, sino porque se siguen otros procedimientos más directos de compra y venta. Si a estas ferias antes acudían 40.000 cabezas, ahora sólo vienen 10.000, porque en estos tiempos las transacciones se hacen en las mismas fincas.

Los ganaderos prefieren vender directamente a los mataderos. Fuera de la provincia se vienen a vender cada año 30.000 cabezas de vacuno, 50.000 de cerda y 600.000 de ganado lanar.

No hay que olvidar que Cáceres es una provincia eminentemente agraria. Como aquí se cria mucha encina y mucha



Vista de la avenida de España, en parte nueva de la ciudad



Edificio del Seguro de Enfermedad que construye en la zona moderna de Cáceres



Barriada de casas del Ayuntamiento para sus empleados

bellota, el cacereño ha tenido que hacerse ganadero casi a la fuerza para aprovecharla y darla salida. Su principal cabaña es la lanar, con 927.180 cabezas. Después le sigue el cabrio, con 278.276 unidades, y el de cerda, con 110.266, y por último viene el vacuno, con 77.500 cabezas. Todo este ganado, que produce al cacereño 20.000.000 de kilos de carne y 2.500.000 de lana.

NO SOLO SE VIVE DEL CORCHO Y LA BELLOTA

Aunque el tipo medio de Cáceres vive en su mayoría de lo que la naturaleza da por sí sola, sin labores ni preocupaciones, esto, del corcho y de la bellota, en la Alta Extremadura también se cultiva la tierra, y en algunas regiones con grandísima fortuna, como más adelante se verá. Que en Cáceres, capital, sólo cultiven los kilómetros de vega de la ribera un pequeño grupo de huertanos, no quiere decir que esta gente se tumbe a la bartola en espera de que caigan las bellotas y engorden sus cerdos. En la provincia de Cáceres se dedican a los cereales 250.000 hectáreas, habiéndose cultivado este año 25.000 más, si bien no han correspondido como debieran. Los olivos abundan, especialmente en la

en una Cruzada anticomunista, queda confirmada de nuevo por el voto popular: la Ley de atribuye la jefatura vitalicia del Reino. El clamor de la proclamación del 30 amplía sus ecos el 47. Las instituciones políticas decimonónicas—la Monarquía absoluta y la constitucional, la República de «las derechas» y la de «las izquierdas»—son definitivamente superadas y sustituidas por una institución libre de las servidumbres a la herencia.

Gracias a la constitución política y la organización social del nuevo Estado, en las que se conjugan sin roce los principios políticos católicos y los del programa nacionalista, el Gobierno español, presidido por el Generalísimo, ha conseguido en poco más de tres lustros desarrollar una política de reconstrucción nacional y elevación del nivel de vida de los trabajadores sin precedente en nuestra Patria. Ha realizado la unidad política entre todas las regiones, anulando, con una política atenta por igual a los problemas de todas las provincias, los antiguos separatismos. Y, como fruto sazonado de toda su labor, ha recuperado nuestro perdido prestigio internacional y España puede hoy tratar con las demás naciones en pie de igualdad, «de potencia a potencia».

Por encima de todas las interpretaciones materialistas, la historia de cualquier pueblo, en sus momentos de mayor auge, se compendia en la biografía de un Grande Hombre. Toda la historia de nuestro tiempo, la historia del renacimiento español del siglo XX, cuyo primer año verdadero fechamos en 1936, es obra hecha, sin pausa y sin prisa, por la mano firme de Franco. A su clara visión política y a su patriotismo ejemplar debemos la España vertebrada y próspera de hoy, la que empezó el 1 de octubre de 1936 en un campo de Salamanca.

EL ESPAÑOL

sierra de Gata y en el sur de las Hurdes, ocupando una extensión de 50.000 hectáreas. También hay viñas, que dan los ricos vinos de Cañamero, Montánchez y Cilleros. Otro producto del campo de excepcional importancia es el frutal. En el valle de Plasencia hay 250.000 cerezos, y por la zona de Miajadas y Almocharín se pueden contar más de 350.000 higueras, cuyos higos secos se dan al ganado y los frescos a las personas. Un capítulo de excepcional importancia en la economía agraria de esta provincia lo constituyen el pimentón, el tabaco y el algodón, de las que ya hablaremos cuando recorra sus terrenos de cultivo.

EL CALERIZO Y LA INDUSTRIA DE CALES

En Cáceres me insisten que la gente de la capital no trabaja en el campo aunque viva de lo que este produzca, a través de la renta o del comercio, que, como ya he dicho, es el principal negocio de esta capital. El segundo es la industria de cales situada en el Calerizo, que se encuentran al suroeste de la ciudad, entre la estación de ferrocarril y el Arroyo, ocupando una superficie de 15 kilómetros de circuito, aproximadamente. El Calerizo es una tierra porosa, en la que empieza a almacenarse esa gran balsa de agua, que sale por El Barco y que se aprovecha en la ribera para regar las huertas. Es un terreno calizo muy abundante y bueno, que da dos clases de cal: una morena, que después de apagada es amarillenta y jaspeada, y otra muy blanca.

Estas caleras las veo días más tarde, a mi regreso de Montánchez, cuando vengo de la feria de Valdefuentes. Se divisan a lo lejos por el negro y espeso mazo que se eleva de sus hornos de calcinación, en los que se emplean como combustible jara y escoba principalmente, en un total de 891.000 cargas. Me dicen que un obrero puede hacerse diez cargas diarias de diez haces cada una, con 30 ó 40 kilos de peso, ganándose así un jornal de diez duros, pues la carga se suele pagar a cinco pesetas. La tierra quemada y árida y el humo espeso dan la sensación de que se atraviesa por un campo lunar, devastado y pobrísimo. Pero no es así. Esta vez, como tantas otras, la vista engaña, ofuscada por los colores ocres del suelo y por el humazo que enturbia la claridad solar. En el Calerizo se desenvuelven muchas pequeñas industrias artesanas, que en conjunto abarcan un volumen de varios millones. Solamente en gastos de producción se invierten en el Calerizo 16.500.000. Esta cifra nos insinúa sus abundantes ganancias, que convierten a esta industria en la segunda en importancia de Cáceres. Casi uno junto a otro se amontonan cuarenta y cinco hornos, correspondientes a dieciocho empresas. Cada horno calcina unas 30 toneladas por hornada, pudiendo hacer 36 hornadas por año. Multiplicando todos estos datos, nos encontramos con que en el Calerizo se producen 48.600 toneladas de caliza o cal morena, que

se exporta a Salamanca y Madrid principalmente, en donde la demanda es enorme por ser la materia de inmejorable calidad.

Hablando del Calerizo, la gente de acá comenta que existen inmejorables condiciones para fundar aquí una fábrica de cemento. Y tras ello se va, según parece.

El cacereño, como todos nuestros provincianos de los rincones más apartados y ocultos, empieza a despertarse a la vida, a esta vida movediza, sugestiva e inquieta de la hora actual, aunque ya en algunas zonas, como las de la Vera, Miajadas y Montánchez, tal vez esté demasiado despierto y vivo. Por lo pronto está abandonando ese cómodo apoltronamiento que le limitaba a vegetar exclusivamente de la naturaleza, esto es, de lo que la naturaleza daba sin ningún trabajo ni preocupación. Ya en Cáceres hay más gente que estudia y se ingenia para ocuparse en algo, y hasta se lee más en el sentido de interesarse por la literatura y las ciencias, y, sobre todo, por la divulgación. Sólo hay siete u ocho señores que siguen igual que antes: sin nada que hacer. Ahora a nadie le pasma, porque nada tiene de extraordinario, que se vea a ese señorito que, abandonando el casino, trabaje en sus campos montado en su «jeep», al cuidado de su ganado y de sus cultivos e interesándose por la maquinaria agrícola, por los nuevos regadíos, por las plantas industriales y por la mejora de las especies y de las razas de sus rebaños.

LA VIDA SE ACABA A LA SALIDA DE LOS ESPECTACULOS

En la ciudad, como en todas las provincias españolas, las máquinas de hacer punto hacen furor, y en una casa sí y en otra no existe una. Pero las mujeres, igual que en cualquier parte, no se dedican a cubrir el expediente de esa ambigua profesión «labores de su sexo» con que las encasillaba a extinguir la cédula personal. Buscando su emancipación, la cacereña, desde el año 20 para acá, ha guardado en sus arcones las folklóricas gargantillas, y monedas de oro y plata, y los pendientes de chozo, calabaza y aretes, para echarse a la calle y trabajar con entera libertad en oficinas y talleres, o estudiar como la más inteligente de las criaturas, obteniendo toda clase de títulos. Por lo demás, acude a los espectáculos públicos sola y vive su vida, una vida que, desde luego, no tiene nada de inmoral, porque si bien canta el más provocativo «baya» con toda naturalidad, por detrás está su espíritu religioso, del cual v la el obispo de Coria. Esto quiere decir que, aunque en Cáceres hay tres cines, que ascienden a cinco en el verano, e innumerables cafés y bares, de todas formas la vida se acaba todas las noches a la salida de los espectáculos. Los espectáculos aquí son el cine, algún que otro baile y el paseo de la tarde. Ya la calle de los Pintores ha dejado de ser el paseo elegante para convertirse en la arteria de los devaneos entre

marmotas y soldados, que prolongan sus ilusiones hasta la calle San Pedro y San Antón. Las señoritas y sus galanteadores prefieren la terraza de la avenida del paseo de Cánovas. Aparte de esto, sólo algún que otro domingo de verano se dan algunas novilladas y becerradas en la plaza de toros para satisfacer esa gran afición que sienten los cacereños y todos los pobladores de la Alta Extremadura, como luego se verá. A pesar de todo, en Cáceres se continúa gozando la buena vida de antaño. Una prueba de ello es la de que en esta capital todavía se encuentran fácilmente criadas que proceden de los pueblos. Se les paga a veinte duros, lo que permite a no pocas familias costear dos y tres sirvientas, como en los viejos tiempos de la antigüedad. En fin, que el nivel de vida se mantiene en un aspecto igual, como en el de la servidumbre, y en otros se ha elevado, como en el aspecto sanitario, en cuyo campo se han dado grandes batallas en los últimos años, según nos demuestra el triunfo obtenido contra el paludismo, fomentado por las charcas extremeñas, pues si en 1941 se trataron 49.623 enfermos, en 1951 éstos habían descendido 2.134.

LAS CHICAS, A LA ÚLTIMA MODA

Ahora todas las chicas que pueden, y da la casualidad que todas pueden, visten a la última moda y lo más elegante que su gusto les permite. La paleta trata de enterrarla cualquier muchacha junto con los pelos de la dehesa, que si alguno le queda los oculta muy bien. Este afán de lucirse y de presumir se advierte hasta en las propias criadas y en las mujeres de pueblo. Las mozas que hace cuarenta años acudían a la Fuente del Concejo, situada en la falda del barrio moro, a por agua con un cántaro en la cabeza y dos repartidos en cada «cuadril», y calzadas, han sido sustituidas por otras muy peripuestas, que, si continúan haciendo sus viajes con los cántaros en idéntica forma, ahora ni siquiera van en alpargatas. Yo no sé si siguen acudiendo a la citada fuente, que era la principal que abastecía la ciudad; pero sí las he visto con un cántaro ovalado, sostenido por la rodilla sobre la cabeza deambulando por muchas calles. Al verlas de acá para allá, conservando elegantemente el equilibrio, en seguida deseo saber si no existe una red de agua potable en la ciudad. Sí que la hay, pero la Compañía actual no puede suministrar más de los 1.000 metros cúbicos por día, con una dureza de más de 22 grados franceses. Por eso el Ayuntamiento está en estos meses haciendo estudios que permitan el empleo de las aguas del Calerizo y de toda la cuenca del marqués para abastecer a Cáceres, pues hasta resulta que las mismas finas de fosfatos se han convertido en pozos de agua de donde se captaría un caudal de 22 litros por segundo, lo que supondría cien litros por habitante y día, cerrándose así la última etapa de la historia del Algabe, cuyas ansias de agua resume toda la historia y la economía de Cáceres.

UNA VISITA A LOS «TORNOS» DE LOS CONVENTOS DE CLAUSURA



LAS MONJAS TIENEN QUE TRABAJAR PARA SUBSISTIR

ESPAÑA ES EL PRIMER PAIS QUE HA ORGANIZADO ESTE TRABAJO



S. S. EL PAPA TRATA DE REMEDIAR EL ANGUSTIOSO PROBLEMA

LOS tiempos, que son difíciles para todos, han agravado alarmantemente la situación de las monjas de clausura, hasta hacerlas, en algunas ocasiones —ellas siempre calladas, resignadas—, mendigar un mendrugo de pan por casas y mercados.

La «vida», la implacable «vida», con su cortejo de necesidades, no respeta a nadie ni a nada. Ni siquiera a los muros de los que, quizá por no atrevernos a decir «otro mundo», llamamos convento de clausura.

AQUI Y EN TODAS PARTES...

La agitación de la vida moderna ha ido dejando en el olvido esos remansos de silencio y soledad que son los conventos claustrales. La vida contemplativa no va muy acorde con el ir y venir de nuestra época; por ello los conventos de clausura, recogidos en su silencio, han quedado totalmente abandonados. El problema es mundial, pero especialmente agravado en Italia y España, dado el enorme número de conventos, hasta el punto que Su Santidad el Papa, en su Constitución Apostólica «Sponsa Christi», dispuso, como medio de salvar esta dramática situación, efectuasen trabajos compatibles con su estado.

Fué Sevilla la primera capital española que por mediación e ini-

ciativa de los Luises comenzó a buscar trabajo a las monjas de clausura. El problema en esta ciudad y su provincia era tremendo, desolador.

LA VIDA CONTEMPLATIVA CUESTA DINERO

Para vivir de espaldas a la vida —la nuestra—, la del trajín diario, la del labor constante, la de las fábricas, tiendas, oficinas, cafés bares, cines... y dar la cara a la viva presencia de la muerte confinada entre muros insalvables hace falta dinero. Para contemplarse a todas horas en el espejo de la muerte, representada por una calavera, en cuya frente se halla la horrible inscripción: «Fui lo que eres, soy lo que serás», hace falta dinero. Son muchas las que por una vida consagrada a la oración abandonan la frivolidad de los placeres temporales. Unicamente se les exige una fuerte vocación, probada en el período del noviciado, y una modesta dote, que no todas pueden llevar. Estas dotes oscilan entre 5.000 y 10.000 pesetas, lo que vine a traducirse en una renta anual de 200 ó 400 pesetas; es decir, 50 céntimos o una peseta diaria. Estas cortas y breves cifras dan idea por sí solas de la trágica situación de los conven-

tos de clausura, agravada por el hecho de que en España el número de estos conventos pasa de ochocientos.

DE MAL EN PEOR

Desde la fundación de las Ordenes claustrales han venido manteniéndose de las escasas rentas que proporcionaban las dotes y del amoroso cultivo de sus huertos. Antes de 1936 los conventos de clausura luchaban con miles de dificultades. Ellas, sin contacto con la vida exterior, iban siendo olvidadas. Las limosnas fueron cortándose, y muchos huertos, por falta de agua, quedaron inutilizados. La guerra fué el golpe fatal que las aniquiló por completo. Casi todos fueron cuarteles de los rojos y quedaron destruidos. Pero ellas volvieron en busca de su soledad, hacia ese silencio hecho carne de oraciones, mientras por las ciudades del mundo bulle la alegría, la frivolidad y, a veces, también la muerte y la desesperación.

EL PRIMER GRITO DE ALARMA

La primera llamada de socorro fué lanzada por la madre abadesa del convento de Franciscanas de Colmenar de Oreja, en carta dirigida al señor obispo de Ma-



Estas auxiliares de los conventos realizan diariamente los encargos de las monjas.



Una hermana de San Vicente se dirige a su trabajo de socorrer a los necesitados.



Los tiempos cambian. Aquí vemos la transformación de los hábitos en estas dos hermanas.

drid, en la que pedía permiso para vender una custodia de oro, histórico regalo del cardenal Cisneros. A ello dieron lugar 16 enfermas, ni una mala taza de caldo que darles y el convento semi-derruido, sin ventanas, sin puertas, amenazando aplastarlas. No fué ésta la única carta de angustia que se recibió. De los 54 conventos de clausura papal que existen en la diócesis de Madrid comenzaron a salir gritos de ago-

nia, llamadas de auxilio. He aquí como testimonio vivo, dramático, algunos trozos de cartas.

«...La situación que tristemente estamos pasando, en el mundo, no se las pueden figurar, y si pronto no hay un remedio que pueda secar nuestras lágrimas, todas sucumbiremos... Y esto no deben permitir suceda en la católica España, tierra que está regada con la sangre de tantos mártires... La pasada revolución marxista nos ha despojado de todo cuanto el convento poseía, y para nuestro uso, trajimos, dejándonos en la más grande de las miserias y el más grande de los abandonos... Y este olvido nos ha venido a acarrear que la mayor parte de las monjitas están enfermas, y entre ellas algunas sin esperanza de solución, ya que han operado a tres en el Hospital y ni a éstas ni a las otras enfermas que tengo les puedo dar ni una sola taza de caldo por falta de medios, y están careciendo, aún de lo más necesario para poder vivir, ni tampoco para poderse abrigar en la cama con los frios que ahora hacen...»

«...Esta Comunidad se compone de 24 religiosas; de ellas, 6 enfermas y 2 ancianas... Tenemos que salir a postular para poder comer... Estamos sin puertas y sin ventanas y con gran parte del convento derruido. Casi puede decirse que no tenemos qué ponernos, ya que hace once años que pusimos los hábitos y no podemos cambiarlos. Puede figurarse cómo estarán...»

«...Somos 16: Tengo una imposibilitada y tres delicadas. Atravesamos por una situación tan sumamente precaria que nos es imposible atender a las necesidades más perentorias de la vida, pues como las deudas no se pueden pagar la gente se retrae de prestarnos...»

«... Andamos malísimamente, pues tenemos de renta menos de 600 pesetas al mes; y al demandado le damos 400; veán qué me queda para dar de comer a 20 religiosas y al sacristán y atender a tantos gastos como hay en una Comunidad...»

Los 54 conventos se encontraban en las mismas condiciones.

DONDE EL CIELO CUESTA UN PURGATORIO EN VIDA

Las condiciones de existencia en estas circunstancias son espantosas. Aquí el cielo cuesta un purgatorio: hambres, hábitos rotos, enfermedades, techos derruidos, falta de puertas y ventanas. Hay conventos en los que la comunidad no puede comer todos los días y tienen establecidos turnos. «Pero el hambre es lo de menos», dicen ellas. Son las enfermedades lo que constituye su problema más urgente. Dormir en pleno invierno sin mantas y con los cristales rotos, añadiendo una mala alimentación, no puede traer sino una inmediata tuberculosis, azote que mina los conventos. La escasa prevención sanitaria, derivada de su espíritu de sacrificio, favorece el desarrollo de las enfermedades contagiosas.

Y para medicamentos no hay dinero. ¿Cómo ha de haberlo cuando se hace difícil lograr a veces un mendrugo de pan? Ha llegado a ser tan desesperada la situación, que a algunas se las ha levantado el voto de clausura para que puedan salir en las épocas de recolección a pedir por la campiña. Salen descalzas, con un pequeño saco sobre los hombros, donde van echando todo lo que la caridad humana les ofrece. Y regresan cargadas, extenuadas, rendidas de caminar por el polvo de los caminos y subir las empinadas cuestas de las montañas.

El balance más calamitoso en la provincia de Madrid lo dan los conventos de Alcalá de Henares. Ha habido casos en que las monjas, por falta de jabón para lavarse las prendas, inventaron una especie de barrillillo, con el que las restregaban.

«EL PRIMER S. O. S.»

Ante tal situación, la Congregación Mariana Universitaria fundó el A. R. C. I. (Auxilio a Religiosas de Clausura Indigentes) (Zorrilla, 3), primera organización mundial constituida para buscar trabajo a estas monjas, con el fin de que por sus propios medios puedan salir adelante.

Nos enteramos que el A. R. C. I. fué fundado en febrero de 1950 y que en la actualidad, dado el incremento que va tomando, ha pasado a manos de las Congregaciones Marianas Femeninas, con residencia en el Colegio del Sagrado corazón, en la calle del Caballero de Gracia. Hasta pasar a manos de las Congregaciones Femeninas, el A. R. C. I. ha distribuido 15 máquinas de coser y tres de hacer punto; 40 colmenas con todo el material necesario; una máquina de escribir para enseñanza de niñas; 14 gallineros; 4.000 pollitos; viveres por valor de 38.000 pesetas; telas y mantas por valor de 50.000, y medicinas y gastos de sanatorio por 38.000. En total se han invertido más de 650.000 pesetas.

NO ES MUCHO: CON NUEVE PESETAS DIARIAS VIENE UNA MONJA

—Queremos que nos diga todo lo que sepa del A. R. C. I.—preguntamos a la madre encargada, una viejecita dulce, de viejos lentes y mirada bondadosa.

—¿Qué he de decir? ¡Una pena! La guerra ha dejado destrozados los conventos. Los pobres, entrampándose, han ido arreglándose en parte. Muchos de ellos están sin puertas ni cristales, y si unen a esto la mala alimentación, figúrense la cantidad de enfermas.

—Como es lógico la labor del A. R. C. I. producirá buenos resultados.

—¡Claro que sí! ¡Qué ocurren-

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

cias, bendito Dios! No pueden darse idea la de desastres que remediamos. En esta misma semana hemos invertido 20.000 pesetas en tres motores con el fin de sacar agua para regar los huertos; ellas, regándolos, trabajan mucho y sacan para comer; también les facilitamos gallinas y otros animales. En Madrid, capital, puede decirse que está casi arreglada la situación, pero en los pueblos es un desastre. Y no sólo en esta provincia, sino en España entera. Lo que hace falta es que prenda el ejemplo y en las demás provincias nos imiten. No se les olvide decirlo, que lo sepa todo el mundo, que ellas, las pobrecitas, que rezan constantemente por la salvación de la Humanidad, no tienen en muchos casos un pedazo de pan que llevarse a la boca.

—¿Y, pese a ello, continúan las vocaciones?

—Después de la guerra, aunque parezca mentira, han aumentado en un cuarenta por ciento. En muchos conventos no tienen sitio para más y en otros no pueden ingresar por falta de dote.

—¿Tiene entre el público general buena acogida esta campaña?

—La tiene. Mas la Prensa se ha tomado muy poco interés por ella.

—¿Reciben muchas limosnas?

—Bastantes, pero no las suficientes. Fíjense. Antes de la guerra una monja de clausura tenía para vivir con sesenta y cinco céntimos diarios; ahora, como mínimo, necesita nueve pesetas.

LOS «BOTONES» DE LA TELEFONICA, LOS PRIMEROS COTIZADORES

—¿Qué limosna más elevada han recibido?

—Un cheque anónimo por valor de 50.000 pesetas.

—¿Y la más pequeña?

—Pongan que una criadita todas las semanas viene a entregarnos dos pesetas. ¡Ah! Digan que los chicos, los «botones» de la Telefónica, nos entregan los sábados veinticinco pesetas.

—Y bien, madre. ¿Qué solución cree usted la más acertada para resolver el lamentable estado de los conventos de clausura?

—La que ha recomendado el Santo Padre. Buscarles trabajo. Pero lo interesante sería sin intermediarios que las explotasen. Es la mejor solución; ellas con un poco de trabajo lavando ropas, cosiendo, bordando, proporcionándoles máquinas de punto, son completamente felices.

¿PERO PUEDE SER QUE ALGUIEN LES ROBE?

Posteriormente nos enteramos que han existido casos en los que el abuso ha estado a la altura de la mayor poca vergüenza. En cierta ocasión un comerciante madrileño vendió un juego de mantelería, maravillosamente bordado, por 27.000 pesetas, habiendo pagado a las monjitas la miserable cantidad de 1.100 pesetas. Como otro caso de «cinismo comercial» podemos decir que una casa madrileña, que fabrica una famosa muñeca, pagaba, aprovechándose de la miseria de las monjas, 1,25 pesetas por cada vestido que les hacían. Para evitar confusiones y resaltar un digno ejemplo añadiremos que otra famosa casa de muñecas reparte ca-



Su Santidad el Papa con las monjas de clausura que se han reunido en Congreso en el Vaticano



Esta humilde monja atraviesa las calles de la ciudad sobre un carro, en el que realiza sus quehaceres

si todo su trabajo entre esta clase de comunidades y abonando unos honorarios justos. Quede en pie el ejemplo.

AL PIE DE LOS «TORNO»

Decidimos visitar unos cuantos conventos, aunque previamente nos aseguran que nada sacaremos de las monjitas, que son muy reservadas, que tienen miedo, etcétera. Mas no es así. Es fácil hablar con ellas. Sus voces, dulcemente apagadas, suenan misteriosamente a través de las maderas del torno. Parece ser que un gran abismo nos separa. De un lado, la luz, el día, las calles abiertas, la gente que va y viene, el ruido de los autobuses y la simpatía risueña de las muchachas que van dejando por las aceras su simpatía. De otro, el misterio, los claustros oscuros, el no saber nada de nada, excepto lo que ocurre en las cuatro paredes del convento. ¿Qué son para ellas aviones, barcos, bombas atómicas, pantallas de televisión, escaparates luminosos y sonrisas de hombres y mujeres?

VOCACIONES SIN DOTE EN LAS MERCEDARIAS DESCALZAS

En primer lugar nos dirigimos a las mercedarias dscalzas, sito en la calle de Góngora, cercana a la de Barquillo. Un gran andamio cubre la fachada del convento. Una muchacha de gesto duro, hija de la portera, nos conduce al torno. Por el oscuro pasillo que nos conduce le preguntamos, puesto que están de obra, no serán muy pobres. Nos contesta con una sonrisa de ironía.

Nos cuesta cierto trabajo sacar algunas palabras a sor Joaquina, la hermana tornera. Pero poco a poco ganamos su ánimo y nos responde con facilidad.

—¿Por favor, qué tal viven, hermana?

—Muy mal. Terriblemente mal. No tenemos trabajo y las limosnas son escasas. Ahora, gracias a los esfuerzos del padre capellán, estamos arreglando la fachada, porque temíamos que el día menos pensado, para colmo de males, nos multasen.

—Algo producirá el huerto.



Una hermana del departamento de los niños preparando una comida

—Apenas nada. Le falta aire, sol. Ha quedado ahogado por los edificios que han ido creciendo alrededor. Si no le molesta, ponga que de hábitos andamos muy mal. Llevamos once años con los mismos y en ocasiones no tenemos ni hilo para repararlos. ¿Saben?

—¿Tienen nuevas vocaciones?

—Sí, pero sin dote.

—¿Y qué tal el convento por dentro?

—¡Por Dios, no me hagan hablar de ello! ¡Si viera lo negro que está por falta de call! No, no les digo nada. No...

SI LAS BENEDICTINAS PUDIERAN TENER UN COLEGIO...

El convento de estas religiosas está situado en la calle de San Roque, unas puertas más abajo del diario «Informaciones». Nos abre la puerta una chiquilla preciosa, de unos dieciséis años, con una sonrisa que es toda ingenuidad y candor. Viste de colegiala y tiene un enorme deseo de enterarse de lo que nos lleva al convento. Nos extraña este interés, y Torres Padiel la dice casi en broma, tuteándola: «No seas mala, chiquilla. Tú llévamos al torno, y si te quedas allí, te enterarás.» De repente se queda seria, misteriosamente seria, con sus dos hermosos ojos llenos de tristeza. Nos pasa a una habitación fría, anticuada, en la que contamos ocho sillas y un viejo perchero de madera, en el que se sostiene, de puro milagro un espejo. A nuestra derecha se extiende una larga reja, cuadrada, por la que se asoma, a los diez minutos de espera, la maestra de novicias.

—¿Muchos apuros, Madre?

—Muchísimos. Pero gracias al trabajo, a las limosnas y al alquiler de tres locales que dan a la calle del Pez, vamos saliendo. Pero con dificultad. Nuestro trabajo consiste en hacer guantes de punto. Una señora nos ha prestado las máquinas, abonándonos dos pesetas por cada guante. Claro que nos da todo el material.

—¿El tenerse que dedicar a trabajar, les resta tiempo a sus deberes religiosos?

—De ninguna manera. Lo sacamos de las horas de sueño y de los recreos. Nuestro primer deber son las oraciones, y no las suprimimos por todos los apuros del mundo.

—Puesto que podemos verla a través de esta reja, no son ustedes de clausura total.

—Aún no se nos ha concedido la clausura papal. Pero la esperamos; preferimos la soledad completa, el apartamiento.

—¿Qué medios tienen ustedes para relacionarse con el exterior?

—Tres novicias. En otros conventos tienen demandaderos, pero éstos, por lo general, son personas que enganan en las compras y en todo lo que pueden.

—¿Cómo tiene el edificio interiormente?

—Con una gran necesidad de obra. Por no tener dinero no podemos habilitar vivienda para el capellán y un local para colegio, con lo cual, realizado esto último, nuestra situación se resolvería inmediatamente.

Al intentar salir nos encontramos la puerta cerrada con llave. Nadie viene a abrirnos. Esperamos. Nada. Se nos acaba la paciencia y tiramos de la cuerda de una campanilla que forma un ruido tremendo. Aún tenemos que esperar y nos asalta el temor de que la salida se convierta en problema. Pero no. Por un largo pasillo escuchamos rumor de hábitos. Es una hermana que se acerca corriendo.

LAS LLAMADAS MONJAS «RICAS»

En las Descalzas Reales hablamos, tras el torno, con la superiora. Es una monja simpática, inteligente, llena de bondad y alegría interior. Se expresa con verdadera soltura y precisión, y sabe poner, cuando el momento lo requiere, ciertos granos de sal en las palabras. Le decimos que ellas tienen fama de vivir bien, de ser las monjas «ricas» de clausura.

—¿Qué equivocados, hijos míos! Las treinta y dos monjas que formamos la Comunidad tenemos que trabajar. Preferentemente, hacemos bordados, juegos de cama, mantelerías, cortinillas... Es decir, lo que está más acorde con nuestro carácter de religiosas. Es la única manera que tenemos de continuar con nuestra vida de oración y sacrificio. Eso sí, por ahí se creen que vivimos bien, porque ven la grandeza de este edificio. ¡Es maravilloso interiormente! Pero la riqueza e historia de estas piedras no nos sirve para nada. Sólo Dios sabe nuestros apuros. Pero ahora, gracias a esta organización del trabajo en los conventos de clausura, podemos vivir.

—Madre, ¿no tiene usted deseos, añoranza del mundo?

—¡Qué disparate!

CINCUENTA Y UN AÑOS ENTRE LAS TAPIAS DEL CONVENTO

Finalmente, nos dirigimos a las Agustinas Recoletas, que tienen su sede en uno de los lugares más hermosos de Madrid: en la plaza de la Encarnación, lindando con la plaza de Oriente. Los alrededores del convento están llenos de niños que juegan y ríen mientras nosotros, en un rincón oscuro, sin apenas vernos los brazos, hablamos tras las viejas maderas del torno con la madre abadesa, una viejecita navarra de setenta y seis años, y que lleva en vida de clausura nada menos que cincuenta y uno. La madre Claudia de la Purificación me cuenta sus apuros, la falta de vocaciones en su convento; únicamente son diecinueve monjas, y casi todas viejecitas. Me dice que por mediación de ARCI obtienen trabajo, especialmente labores, con lo que ganan unas mil pesetas mensuales, que, agregadas a las 2.400 que reciben del Patronato Nacional, tienen, con muchos sacrificios, para ir medio tirando.

—¿Ustedes, las monjas de clausura, no tienen relación con los demás conventos de su Orden?

—Ninguna. Los conventos de clausura son completamente autónomos, independientes. Cada convento tiene su propio noviciado; únicamente estamos ligadas por las oraciones y los sacrificios, especialmente cuando fallece alguna religiosa. Ahora parece ser que tratan de crear una Federación, de agruparnos, de tener un noviciado común, porque, de momento, cada convento tiene su noviciado. Pero esto tardará, porque quieren llevarlo a cabo con todas las Ordenes.

DEL SILENCIO DE LOS CONVENTOS AL RUIDO DE LA CALLE

Al terminar esta información quedamos abrumados, deprimidos. Nos parece extraña la gente que camina por las calles, el ruido de los coches, las risas de las muchachas. Llevamos pena en el alma. Una pena honda, misteriosa. Pensamos en la extraña vida de estas mujeres sacrificadas, hundidas en sus conventos, rodeadas de desdén y miseria. Nosotros mismos, hasta el momento de hacer este reportaje, nada sabíamos de ellas. Ahora sabemos que llevan una vida amarga, resignada, llena de voluntad. Que no sólo se han apartado del mundo, sino que encuentran las mismas dificultades que el mundo tiene: hambres, miserias calamidades... Apartarse de Dios pasa a ser, en nuestros tiempos, algo así como «un capricho de lujo». Claro está que la vida evoluciona, bulle, cambia. Por ello, con gran visión, Su Santidad el Papa ha indicado el trabajo como único medio de subsistir en la callada resignación de las que todo lo ponen en la alta mirada de Dios.

Rafel TORRES PADIÉL

y

Miguel DE SALABERT

CORRILLO DE PERIODISTAS



4 INTELLECTUALES HISPANOAMERICANOS EN RUEDO DE PREGUNTAS LATCHAM, RECINOS, DEVOTO Y MELLID

UNA entrevista como la presente, dicho sea con todo respeto, parece un honroso cartel de toros, ofrece el interés de que una vez leída se tiene una impresión antológica de pensamiento y afectos de hombres y climas muy distintos. Así se palpa la hermosa variedad que supone y es la Hispanidad donde, cada uno tiene su santuario, pero donde hay también una unidad casi carismática en las ideas y en los sentimientos.

Estos cuatro hombres de hoy son cuatro de los muchos que vinieron a las Jornadas de Lengua y Literatura que tuvieron lugar en Salamanca.

Latcham es un crítico de plena autoridad, en su país y fuera. Recinos es el director de la Academia Guatemalteca de la Lengua, y presidente de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Es autor de una excelente biografía de Pedro Alvarado. Devoto es un hombre de gran sensibilidad y dedicado a unas exploraciones sutilísimas en el folklore. Mellid es poeta y diplomático. Fue director de Asuntos Generales con el canciller Bamuglia y es hombre de decidida vocación política.

El primero en aparecer fue Latcham, hombre todo jovialidad y garbo literario. Es agudo en sus

juicios y de un estilo juvenil y espontáneo.

Después fueron llegando los demás...

**DON RICARDO LATCHAM
ALFARO (DE CHILE)**

CASTILLO.—En primer lugar, ¿cómo cree usted que recibiría Pablo Neruda el libro de Panero titulado «Canto personal»? ¿Influirá en su modo de pensar, en su actitud?

LATCHAM.—No

APARICIO.—¿Lo leerá?

LATCHAM.—Sí. Yo también he leído el libro de Panero. En él hay unas alusiones críticas de amistad. Uno de mis alumnos, al hacer una tesis sobre Neruda (él era comunista), ha reunido gran documentación, por la que he podido deducir con más conocimiento de causa que Neruda está colocado en una posición de «partido pris». El Gobierno de González Videla tuvo incidencias con Neruda, que al cabo se convirtieron en una novela policial. Desde el punto de vista anecdótico, diré que Neruda vive en Chile desde hace largo tiempo. Neruda salió de mi país con pasaporte diplomático y ha estado en Madrid, y en Barajas, a exponer su deseo de hablar con una voz de un chileno que hablara en castellano llamó por teléfono a la embajada y luego salió nuevamente del aeródromo en avión. De

esto no hace mucho tiempo. Neruda salió de Chile con pasaporte diplomático.

CALVO.—¿Qué impresión le han producido las Jornadas de Salamanca? ¿Ha preparado algún trabajo de conjunto?

LATCHAM.—Lo interesante de estas Jornadas fué el trato de gentes con absoluta libertad espiritual. No hubo en ellas el menor incidente. Nosotros hemos vivido en ellas fraternalmente y hemos estudiado el conocimiento directo de nuestros países merced a ese gran diplomático que es Sanchez Bella, que permite venir a España personas que pertenecen a distintos puntos de América y que son de distintas ideologías. El ambiente, como digo, ha sido fraternal, permitiéndonos este viaje conocer el estado actual de España sin reticencias y estudiar la posibilidad de abrir paso a nuevas comunicaciones. Por cierto que con respecto a mi venida a España he de decir que se me hicieron en mi patria serios reparos por parte de derechas y de izquierdas. Los de derechas creyeron que no representaba a la «ecumenidad», y los de izquierdas, que no estaba bien que viniese. El resultado es que yo vine porque estaba comisionado por la Universidad.

CALVO.—De qué trata esa obra suya titulada «Chiquicamata, estado yanqui»?

LATCHAM.—Es una obra casi prehistórica sobre el problema del cobre, que es un problema básico para nosotros. En sus tiempos fué casi lo que podríamos decir un «libro amarillo», escandaloso. La tesis era la diferencia de los pagos que hacían los norteamericanos con los trabajadores y empleados, con un trato discriminatorio. Este libro casi mereció, por la repercusión que alcanzó, entrar en el «Índice». Pero ahora los tiempos han cambiado. La venta del libro en su tiempo fué la indiscutible importancia que tuvo porque por primera vez se afrontaba un asunto de esta categoría con cierta energía. Lo comentó Waldo Frank. Hoy está agotado y es una especie de curiosidad, de «rara avis».

CASTILLO.—Díganos el nombre de un novelista norteamericano actual, el mejor a su juicio.

LATCHAM.—Como novelista podría citar a Faulner. Y como poeta, a Elliot.

APARICIO (Octavio).—¿Qué influencias se acusan en Chile?

LATCHAM.—La influencia yanqui es una cosa que la notan igual en Chile que en Madrid. Esta influencia se nota principalmente en las capas sociales que podríamos denominar «snobs». Chile en ciertas cosas, sin embargo, ha sido de los países donde relativamente existe menos influencia americana, a pesar de que hay un Instituto que intenta una labor en este sentido. Pero puedo afirmar que se observa lo hispanico más fuertemente que en ningún otro país de América, y esto lo puedo decir sin chauvinismo, porque si me pidieran mi opinión con respecto a la influencia en Chile de las distintas tendencias y culturas, diría que un 70 por 100 es español, un 10 por 100 francés, un 10 por 100 inglés y un 10 por 100 americano. En cuanto a lo alemán, apenas se advierte en ciertos sectores universitarios, pero no en la literatura. La influencia germánica en la literatura no está muy madurada, pues es más bien universitaria. En cuanto a mi actuación en Salamanca, traje dos ponencias sobre el ensayo y la novela moderna. Una sobre la novela hispanoamericana moderna, que he estudiado intensamente desde 1929.

CASTILLO.—Usted es un crítico excelente. ¿Qué valores literarios, novelísticos, políticos, ensayistas ha encontrado más destacados entre la juventud intelectual española de la hora presente?

LATCHAM.—Puedo citar a Rafael Sánchez Ferlosio, y cuya primera obra he leído. Pero les podría hablar de algo más importante, y es de la influencia de un escritor español en Chile que aun vive. Me refiero a Pío Baroja, por sus ideas, por su técnica y por su modo de ver la vida; sobre todo por este último. Baroja tuvo en la generación mía —y esto lo digo sin ninguna vacilación— una intensidad decisiva, y en los años 20 al 30 fué esta influencia decisiva en el ambiente universitario. Baroja es el escritor español más leído. Llega a Santiago un libro suyo y se agota. Los libros de Baroja no se encuentran ni siquiera en las librerías de viejo. El carácter chileno tiene mucho de semejanza con el vasco, pues no debe olvidarse que fué mi país uno de los que formaron los jesuitas que procedían de la costa vasca. Por eso ha tenido allí aceptación un libro de Ramón de Basterra. Pero como escritor de importancia capital en Chile, que influyó y sigue influyendo en el estilo, debo citar a Ortega en todos los sentidos, pero singularmente en el literario. También a Azorín se le lee.

APARICIO.—¿Hay alguna novela interesante escrita en Chile por español?

LATCHAM.—Hay una; «Vareas», que lei muy cuidadosamente. El primer capítulo tiene mucho interés; el segundo se refiere al desastre de Marruecos, y el tercero afloja bastante en su interés, siendo, de entre todos, el primero el mejor.

CASTILLO.—De entre los escritores de la generación del 36, ¿a quién nos podría citar que conozca?

LATCHAM.—A Camilo José Cela, a quien he conocido personalmente por haber pasado hace poco por Santiago; también conozco alguna obra de Gironeña, y, sobre todo, de Carmen Laforet. En todo esto tengo que decir que yo he sido el introductor de todo, porque he sido crítico literario durante once años en el periódico semioficial «La Nación», desde 1941 hasta la subida al Poder del general Ibáñez, en que renuncié por incompatibilidad personal con él. Renuncié a la redacción de este diario, aunque no quiera hablar de detalles de política nacional interna; pero puedo decir que renuncié por absoluta incompatibilidad con el señor Ibáñez y con su régimen y modo de gobernar.

DON ADRIAN RECINOS AVILA (DE GUATEMALA)

APARICIO.—¿Se emplean corrientemente términos guatemaltecos?

RECINOS.—No es corriente encontrar en un periódico o en un libro un lenguaje diferente al castellano. Guatemala es uno de los países de Hispanoamérica que tiene más empeño en mantener la pureza del idioma.

APARICIO.—¿Se mantiene para ello una cierta vigilancia por parte de la Academia?

RECINOS.—Los periódicos de mi país se empeñan, igual que en la Academia, en la misión de educar al público, en enseñarle, porque la lectura que le dan es una lectura correcta. No son populares los periódicos que adoptan un vocabulario no corriente.

CALVO.—Respecto a la Prensa, ¿dirige la Academia esta puridad idiomática?

RECINOS.—Ocurre allí un fenómeno poco corriente, y es el de que en los periódicos hay miembros de la Academia. Esto sucede en los de más circulación. Como ejemplo, en el que yo colaboro está dirigido por David Vela, miembro de la Academia; el jefe de redacción es César Braña, muy buen poeta y prosista; el jefe de información es el poeta Pedro Pérez Valenzuela, otro miembro de la Academia.

CASTILLO.—¿Qué escritor es-

pañol del 98 es allá más leído y conocido? Baroja, Ramiro de Maeztu, Azorín, Machado...

RECINOS.—Baroja, como novelista, y Azorín como pensador y crítico.

CASTILLO.—Usted estuvo en España hace treinta años. ¿Qué diferencia ha notado de entonces acá en la literatura, en la vida de España?

RECINOS.—En primer lugar, el aspecto universitario, que ha mejorado sensiblemente.

CALVO.—¿Qué le ha sorprendido más en Madrid?

RECINOS.—El desarrollo de la construcción urbana. En el aspecto literario, no sabría decir. Han cambiado las cosas, hay otros hombres...

CASTILLO.—En cuanto a hombres jóvenes representativos del momento actual, ¿se conocen en Guatemala a Carmen Laforet, Camilo José Cela, Buero Vallejo...?

RECINOS.—No. Allí a quien se conoce más es a Pío Baroja. Quiero hacer constar que, desgraciadamente, ha existido una falta de comunicación muy grande entre nuestros dos países desde los últimos treinta años. Yo he hecho observar muchas veces a nuestros libreros que me llamaba la atención que no tuvieran libros españoles. Nuestras librerías están llenas de obras de «Espasa Calpe», de Argentina, de autores mejicanos, etc., que son los más conocidos. En cuanto a libros de autores españoles se ven muy pocos.

CAMPOY.—¿No existen a este respecto dificultades en cuanto a la importación?

RECINOS.—Ninguna. Solamente son deficiencias de comunicación.

CAMPOY.—¿Se representa teatro español allí?

RECINOS.—En los últimos años, no. El Gobierno de Guatemala había concedido un subsidio para el desarrollo del teatro allí, y si ha habido alguna actividad en materia de teatro español, pero muy escasa.

APARICIO.—¿Cree usted que tienen en su país una idea exacta de la España actual, más o menos cabal?

RECINOS.—Temo que no, y es esto justamente lo que debemos hacer nosotros: tratar de dar a conocer la España actual, que no es conocida, y me figuro que ese fenómeno puede ocurrir tanto en Guatemala como en otros países de América.

CALVO.—Esta España que ahora ha encontrado, ¿le agrada más que aquella otra que encontró en su anterior visita?

RECINOS.—Yo tuve entonces un viaje muy agradable. Era el año 1924, en que España estaba en una situación muy próspera. Visité varias ciudades; vi la Semana Santa en Sevilla, Granada, etcétera.

CASTILLO.—¿Se trataba de un viaje de estudios o de recreo?

RECINOS.—Vine entonces como ministro de mi país en Francia, y me dieron una misión para España que duró dos meses. Con este motivo presenté credenciales a Don Alfonso.

CASTILLO.—¿Qué impresión le produjo?

RECINOS.—Magnífica. Era un hombre encantador, muy democrático.

CAMPOY.—¿Pudo publicar en aquella época algún libro?

RECINOS.—Una edición crítica de las poesías de Batres.

APARICIO.—Como director de la Academia guatemalteca de la Lengua díganos algunas de sus actividades.

RECINOS.—La Academia publica normalmente sus ediciones. El secretario de la misma quiere que se lleve a cabo un diccionario para eliminar los americanismos.

APARICIO.—¿Qué americanismos más curiosos guatemaltecos puede usted citarnos que sean ricos en expresión?

RECINOS.—Hay palabras locales, pero no recuerdo ahora... Por ejemplo: una «patoja» es una muchacha, un muchacho es un «patojo».

CAMPOY.—Volviendo al tema anterior, ¿qué piensa usted para remediar esta laguna de conocimientos entre Guatemala y España? ¿Ha pensado alguna vez en los medios que podrían ponerse en práctica para conseguir el acercamiento entre estos dos países?

RECINOS.—Hay muchos medios. El Instituto de Cultura Hispánica está atrayendo a la juventud de allá, está haciendo y puede hacer mucho más en todos aquellos países concediendo becas y facilitando el mutuo conocimiento entre nuestros medios. Otro sistema que se puede y debe emplear es que nosotros mismos, al volver a nuestras patrias respectivas, demos a conocer la España actual.

CASTILLO.—Díganos el nombre de algún guatemalteco joven en el que puedan cifrarse muchas esperanzas, que sea una figura relativamente joven dentro de las letras en Guatemala.

RECINOS.—Hay varios jóvenes inteligentes. Entre los que puedan recoger las diversas tendencias de las culturas europeas y formar un núcleo de pensamiento, puedo citar al profesor Jorge del Valle Matéu, hombre serio, profesor de Sociología.

CALVO.—¿Se conoce el cine español en su país?

RECINOS.—Se conoce muy poco. Hace tiempo que no llegan películas españolas. Habitualmente se proyectan películas argentinas y mejicanas. Las películas de habla castellana que más se exhiben son las mejicanas. Entiendo que este país y el argentino son, entre los hispanoamericanos, los que más han desarrollado esta industria.

APARICIO.—¿Con qué países de América está más vinculada Guatemala: con Méjico, con los restantes países de Centroamérica, con la Gran Colombia...?

RECINOS.—Tal vez hay más comunicación con Méjico porque Méjico produce mucho más; pero mantenemos relación constante también con los países de Centroamérica por motivos de vecindad y por otras razones...

CALVO.—Sabemos que las revistas y libros españoles no son apenas conocidos allí. ¿No habría algún procedimiento para que...



Los periodistas conversan animadamente con los cuatro intelectuales hispanoamericanos mientras se refrigeran de los calores madrileños

relaciones económicas, porque éstas vienen a ser el alma de todo. Somos un país productor de café. El café nuestro no viene a España. Por consiguiente, no hay divisas para establecer el medio de que lleguen allá libros y revistas de España. Solamente existen en mi país establecimientos españoles de vinos y conservas, pero apenas nada más. Existe una falta casi absoluta de otros productos, y es lamentable no haya con qué pagar los libros y revistas. De momento no existe otro medio que el intercambio frecuente e intenso.

CASTILLO.—¿Se publican libros dentro de Guatemala y se busca para editarlos empresas de otros países?

RECINOS.—Nosotros tiramos nuestros libros allá. En cuanto a producción extranjera ya he dicho antes que sólo se ven libros de Argentina y de Méjico. De España, que yo conozca, se exhiben solamente en las librerías las colecciones de «Obras completas» de la editorial Aguilar, y algunos libros de Medicina. Es lamentable que existiendo en España revistas muy buenas, allá no se conozcan. Nosotros sí conocemos la

revista «Mundo Hispánico» porque nos llega en concepto de cante a la Sociedad de Geografía e Historia. Por lo demás, son muy populares en mi país las revistas de La Habana, como «Carteles», y en segundo término, aunque no son tan buenas, las de Méjico.

CAMPOY.—Se dice en España que los grandes consumidores de café lo toman sin azúcar. En países productores de café, ¿se toma también sin azúcar?

RECINOS.—Creo que es una minoría la que toma café sin azúcar. Es posible que se diga otra cosa; pero en la práctica no he encontrado a nadie que tome el café sin azúcar. Mi país es productor de café en pequeña escala. El café de buena clase no se cultiva a la orilla del mar, sino a 1.500 metros de altura. Es buen café el de Medellín, en Colombia, y el de nuestra patria. El café cultivado en climas altos es mejor porque tiene más perfume. Brasil no tiene, en su mayor parte, esta calidad y recurren a mezclarlo.

CASTILLO.—¿Presentó usted alguna ponencia especial en Salamanca?

RECINOS.—Sí; una relativa a



El señor Recinos se enfrenta ante el fuego de las preguntas de Castillo Fuche y Calvo

la literatura indígena. Tenemos allá la suerte de poseer varios manuscritos de literatura indígena, escritos poco después de la conquista por indígenas que aprendieron a escribir con los frailes el idioma español, aunque lo hicieron en idioma indígena, pero con grafismos españoles. Se conservan esos manuscritos en la leyenda original. Por ejemplo, el libro «Manantial», que trata de la creación del mundo, de los hechos mitológicos de los héroes en quienes creía entonces el pueblo, teniendo, por último, una parte histórica. Ellos escriben un capítulo muy bello y muy profundo sobre cómo la tierra se encontraba al principio del mundo en calma; todo era silencio, no había nada que se moviera, sino que estaba el mar, y sobre el mar, flotando, los animales y los seres, etcétera.

DON DANIEL DEVOTO (DE ARGENTINA)

APARICIO.—Usted es autor de un trabajo sobre paremiología porteña. ¿Puede decirnos cuál es el refrán más castizo?

DEVOTO.—Sí: «por dinero baila el mono». En realidad, mi trabajo es sobre paremiología musical porteña. Toco el piano. No conozco todavía Andalucía ni los gitanos. En cuanto a García Lorca, considero que casi todo el material suyo aparece en Rodríguez Marín. Hay muy pocas cosas de aquel autor que no estén recogidas en Rodríguez Marín porque fueron compadres.

CAMPOY.—¿Les interesa en Argentina la música española actual?

DEVOTO.—Nos interesa y se conocen bastantes cosas. Yo he estrenado allá algunas obras; pero no se logra una influencia decisiva porque la música española actual sigue corrientes que no

son la nuestra. La música española todavía está reposando sobre el folklóre.

CALVO.—¿Qué ambiente encontró en Argentina la música de Falla?

DEVOTO.—La ovación más grande que se le tributó en el teatro Colón fué dedicada a Falla. La gente canta a Falla por la calle, y cuando Falla entró en el Colón para dirigir su primer concierto, la ovación que se le tributó duró casi veinte minutos. También es conocido Rodrigo allí; se le silba en las calles, sobre todo su «Concierto de Aranjuez».

APARICIO.—¿Se echa de menos la llegada a Buenos Aires de compañías de zarzuela española?

DEVOTO.—Sí.

CASTILLO.—Expliquenos algo de su libro «Paso del unicornio».

DEVOTO.—Es un libro de cuentos musicales. Consta de veinte cuentos, cada uno suelto, que plantean un problema personal de posición literaria. Por ejemplo: se plantea la complicidad del lector, del lector no pasivo. ¿Qué debe hacer el escritor para que el lector entre en el cuento? Mis cuentos en este libro son realistas. Son cuentos con su técnica parcial, en los que hay diálogo y hay relato. El escritor debe dejar que el tiempo logre que el lector se vaya metiendo en nuestro relato. El teatro viene a ser el eje de todo el libro de cuentos. El lector entra en el juego de trampa que le pone el escritor para que entre en el juego con la conciencia de no entrar en el juego. El ensayo en mi libro empieza en forma filológica y luego va cambiando el tono, y el último ensayo de mi libro es un cuento de tipo didáctico.

DON GARCIA MELLID (DE ARGENTINA)

CAMPOY.—Es usted autor de un libro sobre «La crisis política contemporánea». ¿Qué valores cree usted que estén en crisis en el mundo occidental?

GARCIA MELLID.—El libro no está impreso en España, y verá la luz en Buenos Aires el día 26 de este mes, es decir, dentro de seis o siete días. Es un libro en el cual se enfoca la crisis de profundidad que atraviesa el mundo occidental. Está planteado desde el punto de vista católico y desde el punto de vista de exaltación de los valores aportados por el catolicismo para la vida social y para la propia organización del Estado. Lógicamente, en este enfoque se considera esa crisis actual que están viviendo las naciones de Occidente, crisis que no es sino de abandono u olvido de los grandes principios que el catolicismo ha aportado a la organización del Estado.

CASTILLO.—¿Se estudia en él la actitud de Maritain?

GARCIA MELLID.—Sí; pero el libro, fundamentalmente, tiene tres subtítulos: el primero, la sociedad cristiana: cuáles son los valores esenciales: persona, comunidad y familia, y luego los principios normativos, entre los cuales están las virtudes cardinales: fe, esperanza y caridad, y los grandes principios sobre los cuales el eje o pivote fundamental es el del orden de jerarquía.

con primacía de la inteligencia subordinada a la ética. Dentro de esta concepción del catolicismo, lo que está en crisis en sus miembros es, precisamente, lo que ha determinado esta crisis, mejor dicho, una de las causas es la invasión de teorías y doctrinas de origen extraño al mundo occidental y católico, esencialmente orientales, en las cuales predomina un sentido materialista de la vida. Ahora bien, después de estudiar lo que ha significado como forma de distracción o disgregación dentro de la sociedad cristiana, se estudian las corrientes diversas, desde el liberalismo al positivismo, pasando después a la segunda parte del libro, que trata de la herejía marxista, enfocándose las doctrinas materialistas y ateas, vistas como la última herejía que trata de abatir el mundo.

CASTILLO.—¿Es usted tomista?

GARCIA MELLID.—Soy tomista, y el libro también.

APARICIO.—Es usted autor de «Cantos de la España eterna». ¿Qué entiende usted por España eterna?

GARCIA MELLID.—Hasta ahora no he hecho otra cosa que un canto a mis progenitores gallegos. Sin embargo, intento, en la medida en que Dios y la inspiración me ayuden, un conjunto de cantos de este tipo que vayan tratando de la sustancia fundamental de la Hispanidad y de España, constituyendo el libro que tengo en preparación con el título de «Cantos de la España eterna». Actualmente sólo dispongo de apuntes y anotaciones, dentro de la concepción tradicional de la Hispanidad que siempre he defendido. La Hispanidad es espiritualidad y religiosidad. Por lo tanto, es una concepción única del mundo, una concepción que comprende a todos los que hemos nacido en la cuenca hispánica.

CALVO.—A propósito de otro de sus libros en preparación, el de las «Bases para una política del bien común», ¿qué sintetiza usted por esas bases para una figura convivencia basada en el bien común?

GARCIA MELLID.—Ese libro, que tengo en esquema y anotaciones, y que me propongo terminar y, si es posible, publicar en España, es, en cierta medida, la continuación de la tercera parte de que hablábamos antes. Es decir, la última parte del libro «La crisis política contemporánea». Se estudia, ciertamente, una forma de ordenamiento y organización del Estado, que sea la base de una posible convivencia dentro de los grandes principios aportados por el catolicismo. En consecuencia, en esa última parte del libro sustento un tipo de organización que llamo «organización jerárquica o funcional», mediante el estudio de los valores, los bienes y las funciones que se organizan, considerando que todas las formas hasta ahora aplicadas en el sentido de lograr una comunicación dinámica entre los pueblos no son de posible consolidación, sino con los grandes principios del catolicismo. Es decir, que, en caso contrario, se viola el orden jerárquico y el sentido de la pri-



ólogo se desliza con ligereza. Lo que le ha impresionado es el nivel cultu- n que se desarrollaron las Jornadas de ngua y Literatura de Salamanca.

macia de la inteligencia a la ética. En consecuencia, el nuevo libro que proyecto, «Bases para una política del bien común», arranca del esclarecimiento del concepto del bien común, tal y como los teólogos y los doctores de la Santa Madre Iglesia lo han venido sustentando. Porque si una política no está dirigida al bien común falla en su base esencial. Establecido esto hay que ver los puntos de vista que el catolicismo ha venido sustentando a lo largo de los siglos en cada una de las ramas de la sociedad y del Estado hacia la realización de aquel bien común. Entonces yo, en ese libro, voy a estudiar en cada uno de los campos lo que respecta al interés de la sociedad y del Estado, cuál es la doctrina del catolicismo en estas cuestiones, desde las Escrituras hasta las encíclicas vaticanas, tomando el matrimonio, la familia, los hijos, la moral y la educación, en todos los cuales el catolicismo tiene tomada posición y dictada doctrina: capital, propiedad, trabajo, salario... En definitiva, es éste un libro con el cual trato de conseguir que los católicos adviertan que la posición de un católico no es una posición de fe dogmática, de asistencia a misa, de religiosidad, sino la penetración con la actualidad en el sentido social que ha de tener el católico. Es la nuestra, pues, una religión que invade e inunda todas las esferas de la sociedad.

APARICIO. — Si pudiera resumir en un símbolo las medidas, las dimensiones espirituales de la revolución argentina, ¿cómo la explicaría?

GARCIA MELLID. — Este pensamiento está en un trabajo mío titulado «Dimensión espiritual de la revolución argentina». Desde luego, la revolución tal como nosotros, los hombres que actuamos en el movimiento nacionalista, hispanista y católico, de hecho estamos exponiendo la dimensión espiritual en forma de que los valores espirituales se realizan al plantearla.

CALVO. — Esta revolución argentina, ¿está de acuerdo con aquellos principios a que se ha referido antes al hablar de su libro?

GARCIA MELLID. — La revolución es siempre un estado de in subordinación. La revolución, a través de etapas sucesivas, va cayendo en contradicción, que muchas veces hacen aparecer su orientación en un sentido y al día siguiente en otro contradictorio. Por lo tanto, cuando hablo de esta revolución argentina—de la que he formado parte y que en buena medida se constituye sobre la base de una doctrina nacional—, estoy definiendo cuál es la concepción de ese grupo de hombres que tenemos en nuestra mente la definición nacionalista en el sentido de que no puede haber nacionalismo que no se integre con los valores tradicionales, y esos valores tradicionales son para nosotros la hispanidad y el españolismo. Esa es nuestra concepción.



LOS IMAGINEROS CATALANES

OLOT, CAPITAL DE LOS SANTOS, EXPORTA SUS IMAGENES A LOS CINCO CONTINENTES

LA PRODUCCION ACTUAL ASCIENDE A MIL IMAGENES Y QUINCE MIL FIGURAS DE BELEN

UNA AUTENTICA POBLACION ARTESANA

EL arte tiene en la escultura religiosa una piadosa y tradicional forma de expresión. Sin embargo, la devoción que inspiró siempre a la imaginaria española no ha impedido que se haya criticado la estatuaría religiosa de nuestros días. Se la acusa de exceso de industrialización. De falta de escrúpulos. Ha surgido, incluso, una violenta polémica sobre los materiales que deben emplearse en la construcción de las imágenes. Se discute sobre el yeso y la madera, se habla de «materiales nobles» y sobre todo de los «santos de Olot», como prototipo de lo que se pretende condenar. Para unos, la industria de la fabricación de las imágenes de pasta tiene los días contados, desaparecerá. Otros muestran un mayor escepticismo y no creen en un posible fracaso. Pero, ¿qué piensan los interesados directamente en el problema?

EN OLOT HAY MAS TALLERES QUE NUNCA

El señor Bernadas, gerente del taller de imaginaria «Anónima Mató», empieza a hablarnos de los precedentes de la escultura religiosa en Olot.

—Los fundadores de esta modalidad de industria artística fueron los hermanos Joaquín y Mariano Vayreda y José Berga y Boix. Les movió el noble empeño

de dar un mayor tono de elevación al arte sagrado, que estaba sumido en lamentable estado de decadencia.

Para conseguirlo no vacilaron en recabar la cooperación de Blay, más tarde, de Llimona y de otros escultores famosos. Algunos de nuestros talleres todavía poseen notables modelos de estos artistas. Y fué su orientación la que influyó en la formación de una dinastía de escultores locales, con inspiración y con manos para dar calidad y dignidad a su trabajo. Para los que nos echen cara la estandarización del arte, he aquí la respuesta: No se debe tener en poco la aportación personal, ya que todos los obreros calificados de esta industria han pasado su adolescencia en las aulas de la Escuela de Bellas Artes.

—¿Cuál fué la primera casa fundada?

—La de «Vayreda, Bassols, Casabó y Cia.», conocida por la razón social «El Arte Cristiano».

—¿Y después?

—Varios operarios de «El Arte Cristiano» se independizaron, fundando otros talleres. «El Sagrado Corazón» y la «Casa Sucesor de José J. Sacrés», entre ellos.

—Actualmente, ¿cuántos hay?

—Diecisiete talleres.

—¿La guerra influyó en la fabricación de imágenes?

—Sí, bastante. Antes de la guerra había sólo seis o siete talleres. Después, con la reconstrucción de las iglesias, el número aumentó hasta los diecisiete que existen hoy.

NO HACEMOS SANTOS DE YESO

—¿Qué me dice de la polémica entablada con respecto a las imágenes de yeso?

—Considero que es una campaña completamente injusta. Nosotros no hacemos las imágenes de yeso, sino de una pasta especial que llamamos «cartón maderado».

—¿De qué está compuesta?

—De celofanis, aceite de linaza, cola y escayola. Esta pasta permite la bendición y aplicación de indulgencias, según decreto de la Santa Congregación de Ritos de Roma, de 1 de abril de 1887. No hay, por lo tanto, por qué hacer tanta campaña en contra.

—¿La industria de la imaginaria olotense se reduce a la exportación?

—La mayor parte, sí.

—¿Por qué?

—España está saturada de existencias.

—¿Hay dificultades para la exportación?

—Ninguna.

—¿Principales mercados donde venden?

—Los de América. Y también en Filipinas.

—¿Y Europa?

—Europa, no; porque se compra más en Francia e Italia. En París hay una casa muy importante, la Raff, que vende mucho para los demás países europeos.

LOS SANTOS PREFERIDOS Y LA INFLUENCIA DE LOS MISIONEROS

—¿Cuál es el santo que se pide más?

—Los de devoción popular, como la Virgen del Carmen, San José... Y algunos de veneración local, como la Virgen de la Caridad del Bronce, en La Habana. La de Guadalupe, etc.

—¿Se encarga alguna vez una

imagen con características particulares?

—Sí. Santa Bárbara, por ejemplo, la hacemos para América, llevando un cáliz y una espada. En España, la imagen lleva un cordero y una pluma.

—¿A qué cree usted que se puede atribuir la difusión en el extranjero de esta industria española?

A las Ordenes religiosas, que han popularizado la imaginaria española en sus campañas misioneras por los cinco continentes. Y, naturalmente, también cierta propaganda comercial.

—Olot se lleva la primacía en la industria de la escultura religiosa, ¿por qué?

—Tal vez por la tradición artística de nuestra ciudad, de cuya Escuela de Bellas Artes han salido nombres como Clará, Llimona...

—¿Las imágenes de Olot, pueden ser calificadas de esculturas?

—Algunas, sí; completamente. Otras, por el contrario, están hechas con mayor sentido comercial.

HAY POCOS TALLISTAS DE MADERA

—¿Superarán algún día las imágenes de talla a las de pasta?

—No, no las superarán nunca por razones de cantidad, fabricación y precio. Por otra parte, los tallistas de madera han quedado reducidos a un número muy pequeño, ya que sólo hay algunos en Barcelona y Valencia.

—¿Cuál es el mejor taller de imaginaria de Olot?

—Es muy difícil contestar eso. Diga cinco y, para no herir susceptibilidades, haga constar que el orden de la relación no significa nada.

Y así lo hacemos: Vayreda, Mató, Secrés, Castellanas y «El Arte Moderno».

El señor Bernadas añade:

—Los talleres de escultura religiosa son uno de los principales elementos industriales de esta población. Tenemos obreros que trabajan en las fábricas y

otros en sus domicilios. Estos hacen los diferentes atributos que llevan las imágenes: cunas de mimbre, coronas, espadas...

UNA LABOR PERMANENTE ARTESANA

Don José Serra, de «Castellanas, Serra y Casadevall, S. A.», confirma:

—La importancia de los talleres de imaginaria, desde el punto de vista humano, es enorme. Con nosotros trabajan más de ochocientos obreros de ambos sexos. Y nuestra industria sostiene a una parte muy considerable de la población. Además, en muchas familias se trata ya de algo tradicional, y el trabajo pasa de padres a hijos.

—¿Cree usted que tienen razón los que califican la imaginaria olotense de trabajo de serie?

—De ninguna manera. Pues aunque existe el trabajo de serie en la construcción, nuestra labor es puramente de artesanía. Todo se hace a mano, sin intervenir maquinaria alguna.

—¿A qué atribuye el ritmo creciente de esta industria?

—Principalmente a que puede competir ventajosamente en el mercado extranjero.

—¿En qué consisten las ventajas?

—En presentación, calidad y precio. Existe, por ejemplo, en Chicago, una casa, la «Drapatto», cuyas imágenes están sólo pintadas imitando el bronce y el marfil. Su diferencia con las nuestras es notoria. Las americanas quedan frías, muertas, en comparación con las españolas, cuyo efecto es extraordinario.

DOS MESES Y MEDIO PARA HACER UN SANTO DE CLASE EXTRA

Haciendo un poco de historia, el señor Serra me cuenta los primeros pasos de los talleres «El Renacimiento».

—Se fundaron el 28 de noviembre de 1930. Uno de los socios trajo modelos de su padre, el escultor Castellanas. Con nosotros vino también Martín Casadevall, escultor de Bellas Artes. De esta manera se formó la Sociedad «Castellanas, Serra y Casadevall. Sociedad Anónima», que hoy perdura.

—¿Cómo se efectúa la exportación de las imágenes?

—Sirviendo las demandas que nos hacen.

—¿Trabajan ustedes sólo a base de encargos?

—Sí; nosotros les damos un determinado plazo de tiempo, y servimos el pedido.

—¿De cuánto tiempo acostumbra a ser el plazo?

—Depende de la imagen encargada. En líneas generales, se tarda unos dos meses y medio para hacer una imagen de clase extra, y unas cuatro semanas en hacer una de clase segunda. Ahora bien, si conviene hacer un santo en tres o cuatro días, también se hace. Claro que esto tiene que ser en un caso de verdadera urgencia.

—¿La venta se lleva a cabo por medio de representantes?



Das imágenes de graciosa y original talla, fabricadas por Anónima Mató, de Olot

—Casi siempre. Aunque también tenemos algunos compradores directos en Venezuela y Méjico. Para estos casos tenemos distribuidos por todos nuestros mercados un buen número de catálogos. Los compradores no tienen más que indicar lo que desean, y tienen la seguridad de recibirlo con toda exactitud.

—¿De qué medida se prefieren actualmente los santos?

—Ahora se pide mucho el tamaño pequeño, de 20 a 50 centímetros. Claro está, que el tamaño corriente de 1,20 a 1,50 metros, se vende siempre.

—¿Cuál es el tamaño límite?

—Tres metros. Se sirve muy poco.

—¿Antes de la guerra tenían algún mercado que ahora hayan perdido?

—Sí, los de Bélgica y Francia. Y el de la India.

—¿Los echan de menos?

—No; con los que nos quedan nos sostenemos bastante bien.

COMO SE HACE UN SANTO

En «El Arte Cristiano», don José Oliveras me enseña los talleres y me explica el proceso completo de la fabricación de las imágenes. Se trata de una labor complicada, que sólo realizan con perfección los obreros especializados.

Para fabricar una imagen se empieza por construir un modelo original en barro. Este puede ser realmente original—ya que cada taller cuenta con varios escultores—, o bien una copia o una reproducción de alguna escultura famosa.

Se fabrica luego una especie de funda, o caja, a la medida del original. Este se pone dentro del molde y se echa, por un orificio que hay encima, cierta cantidad de gelatina. El molde permanece cerrado durante veinticuatro horas, previamente lleno de pasta cartón madera. Algunas veces se refuerzan con piezas de arpillera, e incluso con listones de madera, sobre todo si las imágenes son de gran tamaño.

—¿Qué se hace con las imágenes, una vez sacadas de los moldes?

—Como las imágenes se sacan mitad y mitad, lo primero que se hace es juntar la parte de delante con la posterior, aprovechando que la pasta todavía está tierna, y se pega fácilmente. De este modo se nota muy poco el añadido. Después pasan a las restantes secciones del taller.

—¿Cuántas secciones hay?

—Cuatro. La de vaciado, retoque, pintura y carpintería.

—¿Qué actividad se realiza en cada una?

—En la de vaciado se reproducen las imágenes en serie. En la de retoque se pulen las aristas, se ponen los ojos de cristal, etc.

El señor Oliveras me enseña unos cajones llenos de ojos de todos los tamaños. La operación de poner ojos a las imágenes se realiza vaciando la cabeza por la parte de detrás, o bien separándola por el cuello.



He aquí otras dos tallas de la Virgen del Carmen y Sagrado Corazón, obras de El Arte Cristiano y El Renacimiento

—Los operarios que se ocupan de esto han de ser especialistas y deben tener buen gusto. De la colocación de los ojos depende la expresión de la imagen.

—¿Y en las demás secciones?

Ya lo dice el nombre de cada una. Se procede al pintado de los santos y se les coloca en las peanas de madera.

CUATRO CLASES: EXTRA, PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA

—¿Las imágenes son todas de la misma calidad?

—No. Las hay de cuatro calidades.

—¿En qué se diferencian?

—En la decoración. En principio son todas iguales, y según se pinten los trajes y las túnicas con claros y oscuros, y se decoran con oro bruñido o con simple purpurina, son de clase extra, de primera, de segunda o de tercera.



Expresivo detalle de Cristo, realizado por los imagineros de Olot

ra. Unas se decoran con cenefas y otras con sencillos filetes. La calidad de las coronas también cambia, según la clase.

Las imágenes que hace más de sesenta años fueron realidad de un modo rudimentario y casi casual son conocidas hoy en el mundo entero. La producción actual de Olot alcanza aproximadamente la cifra de 1.000 imágenes semanales, y 150.000 figuras de belén.

Por si el éxito que representan estas cifras no fuera, por si mismo, bastante significativo, anotamos que los talleres de Olot han sido premiados en Exposiciones. Y en Buenos Aires le fué adjudicado a uno de ellos el «Gran Premio de Honor», único concedido a las imágenes.

Olote está orgulloso de sus triunfos, y a la vez tranquilo. No teme al peligro de una posible crisis, ni a las controversias, ni a las críticas. En sus talleres los obreros trabajan en paz, como siempre, retocando sus santos, poniéndoles coronas y canas de mimbre. Un modo de ganarse el pan como otro cualquiera.

* * *

Terminamos nuestra visita a los talleres de imaginaria olotenses. Les hemos tomado el pulso y la temperatura parece alta. Lo mismo que los ánimos y el sentido de responsabilidad. Porque, responsables y conscientes, son todos cuantos están a la cabeza de esta industria. En ella ocupa el lugar de honor, por méritos propios, el Presidente de la Diputación de Gerona, señor Brecha, cuyo taller, uno de los más visitados, apenas logra cubrir las constantes demandas que recibe. Y gracias a la magnífica ayuda que nos ha prestado el señor Brecha, ha sido posible llevar a cabo nuestra labor informativa. Gracias a su amabilidad, cordialidad y desinterés personal.

Maria del Carmen SARRION ARECES

UNA ENCUESTA DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

24 HORAS EN LA VIDA DE LAS AMAS DE CASA ESPAÑOLAS

LA mujer española ha conquistado la admiración del mundo por su belleza, por su simpatía y por su garbo bailando flamenco. Hoy vamos a sorprenderla en un piano menos brillante y mucho más habitual. Porque el hombre es, en definitiva, un animal triste y cotidiano. Pero no va a ser fácil, porque a las mujeres no les gusta dejarse ver en bata. Tendremos que utilizar anteojos matemáticos. Como los nigromantes en la bola, al principio sólo veremos niebla, una niebla espesa de porcientos.

Pero si ustedes no apartan la mirada podrán ver dibujarse formas vivas entre la niebla volviendo del mercado con pesadas cestas, cosiendo mientras cotillean con la vecina o escuchando embelesadas las últimas ocurrencias de Guillermo Sautier Casaseca. Llamémos a una de ellas, una cualquiera. Por ejemplo, esa que en este momento (son las once y media de la mañana) está dando los últimos toques a la limpieza de su casa.



Son las siete de la mañana. Por lo que vemos, el marido no perdona el desayuno



Esta simpática ama de casa prosigue sus labores con la sonrisa en los labios



Ella es incansable — como buena amita — y muy celosa de todos sus deberes. Pero no perdona la radio

Pero, ¡cuidado!, que no se dé cuenta de que hablamos con ella.

¿Dice usted que cómo es posible? Pues muy fácil. Con otra no podríamos, pero con ésta sí; ésta tiene la virtud de no darse nunca cuenta de lo que hace. Aunque usted crea que la hemos escogido al azar, no hay nada de eso; no se trata de una cualquiera, sino precisamente de «una cualquiera». Dicho así la cosa cambia. Y para que usted lo vea más claro le voy a decir su nombre propio: doña Todoelmundo. O su definición: la mujer que siempre va a la moda.

Si preguntamos, por ejemplo, «¿A qué hora se levantó usted ayer?», recibiremos muchas contestaciones diferentes. Pero tienen una estructura. Pocas en las horas extremas (las cinco o las diez) y numerosas en las horas centrales. Entre siete y siete y media se han levantado más personas que en cualquiera media hora restante. Al momento en que se han levantado más personas que en cualquier otro se le llama *moda*. La moda marca siempre la hora de doña Todoelmundo. Por eso sabemos que estaba haciendo a las once y media; no teníamos más que mirar el cuadro correspondiente y ver que ésa es precisamente la hora en que doña Todoelmundo acaba la limpieza de su casa.

Ahora que ustedes conocen el artificio (el lenguaje de doña Todoelmundo) vamos a seguir el diálogo. Nosotros haremos de intérprete, pero por si acaso vigilémos. Vamos a ver el espectro de un día cualquiera de doña Todoelmundo: A las siete y media, diana. «Con los ojos heridos todavía de sueño» se tira de la cama y se arregla ligeramente. Vigila o hace el desayuno (que esto no lo sabemos claramente); una taza de café con leche. A las nueve y media empieza a arreglarse en serio; invierte tres cuartos de hora en su arreglo personal. No es mucho; es de suponer de vez en cuando se dará un toqucito más, de diez y media a once y media, la compra. Y en seguida a preparar la comida; mientras se cuece echa una mano al cesto de la costura e hinca obstinadamente la aguja en una camiseta del marido que se empeña en volver a ser cota de mailas. Sirve la comida a las dos. Después de comer oye un rato la radio. Nada nos dice de cómo invierte la tarde; sabemos que pasea, supongo que a eso de las siete, para poder volver a hacer la cena. A partir de las diez, que la sirve, otra vez la vemos claramente. Después, porque hoy es sábado, escucha la «Cabalgata fin de semana» (es lo único que varía en su programa diario; las demás tareas son siempre las mismas). Y el sueño la vence, una vez más, en este combate de todos los días. Se oyen doce campanadas en un reloj cercano.



Este es otro de los detalles que no se pueden olvidar en las veinticuatro horas del día. ¡Qué guerra, señora!

Y así todos los días. No sé si entristecerme o alegrarme. También cuando no baila fandangos, la mujer española es algo muy serio. Y hay mucho más que no nos dice la estadística. Dice la hora en que sale a la compra, pero no cuenta la angustia del dinero, que no alcanza a comprar; sabemos que se acuesta a las doce, pero nada de cuando no puede dormir sabe Dios hasta cuándo. ¿No sienten ustedes tentación de admirarla mucho más en bata y sin pintar?

Claro que no está sola. El 75 por 100 de las amas de casa españolas reciben alguna ayuda. Suele ser de sirvientas e hijas principalmente. Es curioso que la ayuda de las hijas sea más eficiente al acercarse al campo; no sabemos si en la ciudad son más señoritas o es que se dedican a otras labores. Las tareas se reparten entre ellas, más o menos, del siguiente modo: el ama cocina, repasa la ropa, cuida los niños, hace la compra, cuida los enfermos, sirve la comida, plancha, hace punto y confecciona ropa; sus ayudantes friegan el suelo, lavan la ropa y friegan la vajilla, principalmente.

En la suma de sus tareas notamos la falta de algunas otrora muy usuales. Por ejemplo hilar. Esta ausencia tiene todo el valor de un símbolo. Ha vencido el tabú: algunos pueblos no dejaban hilar a sus mujeres mientras los varones estaban fuera cazando o guerreando; temían que con el giro del huso se enredaron los hilos, enredando con ellos el tiempo de sus vidas. Hoy, por miedo a enredar el tiempo, hemos perdido su control. Nuestras mujeres no se atreven a hilar; no se sienten capaces de hacerlo con la isocronía perfecta de las Parcas. Perdido el tiempo alegre y juguetón que engendra el huso, chapoteamos en el tiempo muerto que tejen los telares con su rodar mecánico.

También bien es verdad que lentamente se mecaniza el hogar español. Es insignificante el porcentaje de neveras, lavadoras mecánicas o aspiradoras de polvo. Pero la electricidad va desplazando firmemente a la llama viva de la encina (decía Ganivet: «Quitad la mesa-camilla y el brasero y habrá desaparecido la familia»). El sino de los tiempos. ¿Llegaremos por ese camino a presenciar escenas como ésta: la mujer se encuentra con su marido en la escalera: «Sube, que en seguida te pongo la comida; voy a encargarla al restaurante»? ¿Será muy distinto dentro de cincuenta años el espectro de un día de doña To doel mundo?

Diréis que aun están lejos esos tiempos. Pero no puedo menos de sentir cierta inquietud. Cuando el tiempo mecánico desplace al tiempo vivo y casi vegetal a la serie cíclica de los días, siempre iguales, pero llenos de luz entre dos sueños, ¿cómo lo llenarán? Hemos hecho una pregunta que puede descubrir las huellas del futuro: «¿Qué hizo usted ayer además de arreglar la casa?» Hay algunas respuestas de valor equivoco: cine, radio, lectura. ¿Qué programas escuchan? ¿Qué libros leen? ¿Qué películas ven? Cuando la propia vida está vacía nos lanzamos a la captura de sueños, nos abandonamos a la imaginación, queremos divertirnos. En este punto preciso creo que arranca el futuro de nuestras amas de casa, y no olvidemos que de él pende también el nuestro. Seamos optimistas. Tengamos fe en nuestras mujeres, que ya que tan bien cumplen su trabajo sabrán, cuando los tiempos lo requieran, llenar su ocio.



Y hasta para salir al mercado ha de llevarse al pequeño. Así estará más vigilado, y los cristales, a salvo

¿CUANTAS PERSONAS DEPENDEN DE SUS CUIDADOS DOMESTICOS?

Una	6,50 %
Dos	17,00 %
Tres	20,50 %
Cuatro	21,00 %
Cinco	17,50 %
Seis	10,00 %
Más de seis	7,50 %

PARA LA REALIZACION DE LAS FAENAS HABITUALES, ¿SE AYUDA USTED DE ALGUNA CLASE DE PERSONAS?

Tienen ayuda	75,50 %
No tienen ayuda	16,50 %
No contestan	8,00 %

DE TODAS ESTAS FAENAS DOMESTICAS, SEÑALE LAS QUE REALIZA USTED PERSONAL Y HABITUALMENTE

Hacer las camas	43,00 %
Limpiar el polvo	32,50 %
Barrer	26,50 %
Fregar el suelo	15,00 %
Dar cera	3,00 %
Hacer la comida	53,00 %
Servir la comida	31,00 %
Fregar la vajilla	14,50 %
Lavar la ropa	17,00 %
Repasar la ropa	58,00 %
Planchar	37,00 %
Compra diaria	44,00 %
Cuidar niños	33,00 %
Cuidar enfermos	23,00 %
Hacer punto	46,50 %
Bordar	31,00 %
Hilar	1,00 %
Hacer encaje	17,00 %
Confeccionar ropa	39,50 %

PARA LA REALIZACION DE FAENAS DOMESTICAS, ¿USA USTED ALGUNO DE ESTOS UTILES?

Plancha eléctrica	63,00 %
Máquina de coser	67,00 %
Cocina eléctrica	7,00 %
Cocina de gas	14,00 %
Cocina de petróleo	12,50 %
Cocina económica	43,50 %
Hogar o cocina carbón	27,50 %
Aspirador de polvo	2,50 %
Lavadora mecánica	1,50 %
Nevera	13,50 %

¿CUANTO TIEMPO INVIRTIO AYER EN LA LIMPIEZA DE SU CASA?

Menos de una hora	2,50 %
Más de una y menos de dos	20,50 %
Más de dos y menos de tres	29,50 %
Más de tres y menos de cuatro	16,50 %
Más de cuatro y menos de cinco	11,00 %
La mañana	6,00 %
El día	1,00 %
No precisan	2,00 %
No limpian	0,50 %
No contestan	10,50 %

¿CUANTO TIEMPO INVIRTIO AYER EN HACER LA COMPRA DIARIA?

Menos de una hora	27,50 %
Una hora	36,50 %
Hora y media	6,50 %
Dos horas	9,50 %
Más de dos horas	1,50 %
No hace la compra	4,00 %
No sabe	0,50 %
No contestan	14,00 %

¿CUANTO TIEMPO INVIRTIO AYER EN HACER LA COMIDA?

Menos de una hora	5,00 %
De una a una y media horas	32,00 %
De dos a dos y media	36,00 %
De tres a tres horas y media	13,00 %
De cuatro a seis horas	5,00 %
Otras respuestas	2,00 %
No contestan	7,00 %

¿A QUE HORA SE LEVANTO USTED AYER?

Antes de las cinco	1,00 %
Entre las seis y seis y media	12,00 %
Entre las siete y siete y media	38,50 %
Entre las ocho y ocho y media	34,00 %
Entre las nueve y nueve y media	11,00 %
Después de las diez	3,00 %
No contestan	0,50 %

¿CUANTO TIEMPO INVIRTIO AYER EN EL CUIDADO PERSONAL?

Menos de media hora	20,00 %
De media a una hora	44,00 %
De una a dos horas	25,00 %
Entre dos y tres horas	5,00 %
No precisan	3,00 %
No contestan	3,00 %

¿A QUE HORA TERMINO AYER EL ARREGLO DE SU CASA?

Antes de las ocho y media	1,50 %
De nueve a nueve y media	6,50 %
De diez a diez y media	15,50 %
De once a once y media	21,50 %
De doce a doce y media	20,00 %
De trece a trece y media	9,00 %
De catorce a quince y media	3,50 %
De dieciséis a diecinueve	9,50 %
Después de la veinte	2,50 %
No precisan	2,50 %
No contestan	8,00 %

¿A QUE HORA TERMINO AYER LA COMPRA DIARIA?

Antes de las ocho y media	3,00 %
De nueve a nueve y media	14,00 %
De diez a diez y media	21,50 %
De once a once y media	24,50 %
De doce a doce y media	14,50 %
Después de las trece	4,00 %
No la hizo	2,50 %
No contestan	16,00 %

¿A QUE HORA SIRVIO LA COMIDA?

De doce a doce y media	11,00 %
A las trece	20,00 %
A las trece y media	12,00 %
A las catorce	28,50 %
A las catorce y media	16,50 %
Después de las quince	7,00 %
Otras respuestas	0,50 %
No contestan	4,50 %

¿A QUE HORA SIRVIO AYER LA CENA?

Antes de las veinte	7,00 %
De veinte y media a veintiuna	23,00 %
De veintiuna y media a veintidós	40,50 %
De veintidós y media a veintitrés	23,00 %
Después de las veintitrés y media	1,50 %
No contestan	5,00 %

¿A QUE HORA SE ACOSTO AYER?

Antes de la veintiuna y treinta	1,00 %
De veintidós a veintidós treinta	11,00 %
De veintitrés a veintitrés treinta	35,00 %
De veinticuatro a veinticuatro y media	41,50 %
Después de la una de la madrugada	10,00 %
No contestan	1,00 %

DE TODAS LAS FAENAS DOMESTICAS, ¿CUAL LE RESULTA MAS AGRADABLE DE HACER?

Hacer la comida	31,00 %
Servirla, hacer compra y fregar platos	4,00 %
Hacer labores (encaje, bordar, hacer punto)	8,50 %
Reparar y confeccionar ropa	7,00 %
Coser	19,00 %
Lavar y planchar	6,50 %
Arreglar y limpiar el hogar	10,00 %
Cuidar los niños	6,00 %
Otras	1,00 %
Ninguna	3,00 %
Todas	1,50 %
No contestan	2,50 %

¿CUAL DE TODAS LAS FAENAS DOMESTICAS LE RESULTA MAS MOLESTA DE HACER?

Arreglar la casa	7,50 %
Fregar los suelos	25,00 %
Hacer la compra	6,50 %
Cocinar	17,00 %
Servir comidas, fregar platos	4,50 %
Coser y reparar la ropa	6,50 %
Lavar	14,00 %
Planchar	5,00 %
Todas	2,00 %
Ninguna	2,50 %
Otras respuestas	2,50 %
No contestan	7,00 %

¿TRABAJA USTED FUERA DE CASA?

Sí	14,00 %
No	86,00 %

¿QUE CLASE DE TRABAJO REALIZA FUERA DE CASA?

En la industria (taller o fábrica)	1,00 %
Comercio u oficina	4,50 %
Asistenta a domicilio	4,50 %
Modista a domicilio	1,50 %
Enseñanza	0,50 %
Otras ocupaciones	2,00 %

¿QUE HIZO USTED AYER, ADEMÁS DE ARREGLAR LA CASA?

Pasearon	22,50 %
Fueron al cine	10,00 %
Fueron al teatro	2,00 %
Leyeron	20,00 %
Hicieron visitas	14,50 %
Oyeron la radio	48,50 %
No contestan	25,50 %

PENSAR Y MANDAR

desde CUENCA

RENACIMIENTO HUMANISTICO

ESTUVO de moda hace algunos años hablar y escribir de un regreso a la Edad Media, como panacea para los males de nuestro tiempo. Eran generalmente hombres de formación escolástica o tomista quienes esgrimían tal panacea con ademán de hallazgo precioso. A su lado militaban ciertos filósofos de pacotilla que más parecían curanderos que doctores. Y en oposición a sus doctrinas había también algunos pensadores que se enfrentaban con las teorías de regreso tildándolas de retroceso.

El diálogo o la controversia entre unos y otros ha ido poco a poco perdiendo virtualidad e interés. Es curioso constatar, con la perspectiva que proporciona el transcurso del tiempo, aunque haya sido breve y casi inmediato a la hora actual, que los que preconizaban el regreso a la Edad Media pecaban de engolados y pedantes, y sus oponentes más bien nos parecen hoy algo pedestres y casi siempre sectarios.

Era una cuestión desenfocada y una solución reaccionaria o diferida. Si el mal de nuestra época es la deshumanización, su específico remedio estriba en el humanismo. Por lo tanto, más que buscar precedentes históricos en la Edad Media, es conveniente volver los ojos hacia el Renacimiento, época de apogeo español, no con estériles ansias nostálgicas de regresos románticos, sino con afán de aportar elementos de juicios y experiencias pretéritas a problemas ineluctablemente pendientes, con la mira puesta en solventarlos acertadamente.

El Renacimiento no dió a luz un cuerpo de filosofía propia y absolutamente original; se limitó a la exaltación del hombre, a lo que Burckhardt llamó «el descubrimiento del hombre». En tal principio o misión estriba su grandeza y eficacia para nuestros tiempos de deshumanización.

Menéndez y Pelayo, al disertar acerca de «La ciencia española», afirmó con ponderada exactitud que el siglo XIV no fué más que el remate, el feliz complemento



Por Gabriel JULIA ANDREU

Gobernador Civil de Cuenca

de la obra de reacción contra la barbarie que siguió a las invasiones de los pueblos del Norte.

Resulta interesante constatar la animadversión de algunos teólogos y filósofos hacia el humanismo. Es conocido el juicio de Tertuliano sentando que toda la *doctrina saecularis litteraturae* es necesidad a los ojos de Dios. Otros, como Lactancio, San Clemente de Alejandría, San Basilio, etc., reconocieron o intuyeron en todo o en parte la bondad del humanismo.

En líneas generales, el movimiento, adverso desembocó en el protestantismo, con Lutero abominando de «la bestia razón». No olvidemos, en cambio, aquel sintomático humanismo devoto preconizado por la Compañía de Jesús y cuyo primer representante fué el jesuita español Maldonado.

El socorrido recurso de estigmatizar como pagano y anticristiano al humanismo es pobretón y falso. Hace pocos meses leía en un semanario extranjero un interesante diálogo mantenido en Florencia entre Mircea Eliade y Pa-

pini, en el que este último, al ratificar lo magistralmente expuesto en su libro «Imitazione del Padre», insistía afirmando que la fuente secreta del humanismo renacentista no era exclusivamente el arte clásico, sino el Antiguo Testamento. El gigantismo espiritual, el diálogo viril con la Divinidad, la apoteosis de la belleza de lo humano, han de ser interpretados—según el gran pensador italiano—como una reconciliación del hombre con el Cosmos, bajo la égida del Padre.

Los problemas acuciantes de la hora actual no pueden ser soslayados con una fácil invocación a pseudo-dogmas políticos o sociales impregnados de mitos irracionales, sino afrontados serena y lucidamente con la razón humana.

No caigamos en absurdos esteticismos paganos, pero levátemos contra la barbarie de este pobre mundo el clásimo humanismo joseantoniano, con menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre.



Estampa pintoresca de las lavanderas de Cuenca



Una perspectiva impresionante de las casas colgadas

COPENHAGUE, LA CAPITAL

EMANCIPACION FEMENINA ALTO NIVEL DE VIDA Y MUCHAS BICICLETAS

UN DOMINGO NADA ESPESO EN MISA DE UNA



Un soldado de la Guardia Real danesa, de clásica estampa inglesa

De nuestro enviado especial
JOSE MANUEL GARCIA ROCA

CONFIESE que a pesar de mi predisposición a aceptar cualquier sorpresa me costó mucho trabajo creerlo y hasta llegué a dudar de mis sentidos, entumecidos por un largo y nada cómodo viaje. Estaba dispuesto a admitir cualquier cosa, por nueva y chocante que fuera, desde que el tren abandonó Flensburg, la última estación alemana, y penetró en Padborg, la primera danesa; tanto era así que ni siquiera me extrañé mucho por el hecho de que el oficial danés de Aduanas me hablase en perfecto castellano en aquellas latitudes. ¡Después de todo los escandinavos tienen fama universal de políglotas! Pero eso de que las casas de campo estuviesen encañadas era algo que sólo podía atribuir a la somnolencia de mi estado, a la luz débil del amanecer o a cualquier otra cosa que no fuese lo que realmente era.

Atrás había quedado el Schleswig-Holstein, la tierra que en tiempos disputara Dinamarca a Alemania, cuando en la Corte da-

nesa se albergaban codicias imperialistas; hormigueante de gente, con una población más que triplicada por los fugitivos de Prusia oriental, con sus colinas verdes apenas perceptibles, sus gigantescos puentes sobre el canal de Kiel y, sobre todo, con sus casas de ladrillo rojo y tejados de pizarra. Desde la llanura renana, y quizá antes incluso, la tierra verde de Europa apenas si había cambiado de configuración, pero sobre todo lo que hacía ya muchos kilómetros que había quedado atrás era la cal sobre las paredes de las granjas.

Indudablemente no me había equivocado. Las casas de campo de Dinamarca son tan blancas como pueden ser las de Andalucía y ni la abundante lluvia les quita su brillantez. Pronto iba a comprobarlo repetidas veces, pues la península de Jutlandia no es más que un inmenso campo del que surge de vez en cuando alguna ciudad que otra, que vuelve nuevamente a perderse en nuevas tierras laboradas.

El viajero que entra en Dinamarca ve constantemente defilar ante su vista un campo interminable, rico y tenazmente trabajado. Tenazmente trabajado porque lo que hoy son prósperos cultivos no hace mucho tiempo eran pantanos y lagunas palúdicas. El paisaje recuerda al de Holanda, aunque sea menos verde y también menos cuidado. Es natural que los daneses se preocupen de su campo, pues es de él de donde sacan la principal riqueza nacional. Seis décimas partes de su extensión son cultivadas y explotadas sistemáticamente. Gracias a estos cultivos el danés posee su alto nivel de vida y, exportando los productos de su tierra, aumenta el erario nacional. Doscientos mil pequeños propietarios, asociados en Cooperativas y Comunidades, se prestan mutua ayuda y utilizan colectivamente un excelente equipo mecanizado para sus faenas agrícolas. Tres cuartas partes de sus granjas disponen de energía eléctrica, y solamente su producción lechera es de cinco millones de toneladas.

UN PAIS DE TRANSITO
EN UNA CAPITAL DE
DIFICIL ACCESO

No obstante su posición peninsular y el difícil acceso de algunas de sus comarcas, Dinamarca es un país de tránsito permanente. Los propios daneses son los primeros convencidos de este hecho. Los grandes trenes que recorren sus campos llevan siempre los nombres de las ciudades danesas en medio de una larga serie de los que terminan en puntos lejanos: Estocolmo, Oslo, Helsinki, etc. En sus estaciones, los altavoces indicadores de la marcha dan las aclaraciones en un mínimo de cuatro idiomas, porque suponen que los vagones transportan una abundante población extranjera.

Mirando Dinamarca sobre el mapa, esta facilidad de tránsito resulta difícil de comprender. Pero la verdad es que los daneses han sabido vencer todas las dificultades a las mil maravillas. Los trenes van a las direcciones indicadas y en los coches de lujo los viajeros no tienen ni que moverse, a pesar de que algunas veces hacen trayectos por mar de varias horas. Un perfecto servicio de *ferry-boat* se encarga de transportar los vagones sobre los barcos y de devolverlos nuevamente a las líneas ferroviarias. Para los que no viajan en las primeras clases, las dificultades tampoco son muy grandes y todo consiste en soportar pacientemente la pequeña molestia que significa cargar con la maleta unos quince metros o menos quizá en un breve transbordo.

Cuando el obispo Absalón, allá por el siglo XII, fundó Copenhague lo hizo seguramente pensando sólo en razones estratégicas, pero lo que no se podía imaginar era las complicaciones que iba a originar a sus futuros pasajeros cuando éstos tuvieran que trazar el recorrido de las líneas férreas. Realmente Copenhague es una ciudad casi inaccesible. Los trenes que vienen hacia ella tienen que pasar dos veces por el mar. La primera, en Fredericia, la ingeniería danesa ha resuelto la dificultad con un largo puente que pasa por la parte más

L DIFICIL ACCESO EN UN PAIS DE TRANSITO



Museo de Thorvaldsens, en Copenhague

Una panorámica de la bella plaza del Ayuntamiento en Copenhague

estrecha del pequeño Belt, pero cuando el tren llega a Nyborg ya no hay puente que valga y el *ferry-boat* tiene que hacerse cargo del convoy. Luego, en Körser, otra vez en tierra firme, el tren vuelve por ese interminable campo danés—idéntico en Jutlandia o en las 300 islas que rodean la tierra firme—a marchar hacia la capital, que parece cada vez más lejana.

COPENHAGUE, HAMBURGO, VENECIA Y LAS BICICLETAS

Unos días antes de salir para Escandinavia, durante mi estancia en Hamburgo, en una reunión con universitarios de diversos países, una inteligente y simpática alemana me había dicho al enterarse que me marchaba dentro de unos días a la capital danesa:

—¡Ah! No conoce usted Copenhague; es una ciudad maravillosa... Sí, ¡como Hamburgo!!

Este juicio iba a dejar sentir toda su fuerza durante mi estancia en Copenhague, y aunque las comparaciones son siempre odiosas, la industriosa y vital capital hanseática no se apartaría de mí en todas las correrías por Copenhague.

Los prospectos de turí mo dicen que Copenhague es una Venecia del Norte. Conozco ya varias ciudades—Amsterdam, Hamburgo, Gante y alguna más; que no recuerdo en este momento—que, según los citados prospectos, son dignas de este título. Como no he tenido la suerte de llegar en Italia hasta la hermosa ciudad de San Marcos, no puedo juzgar la exactitud de esta comparación, pero lo que sí no puedo negar es el gran acierto de la semejanza de Copenhague con la ciudad del Elba.

Con sus casas verde grises, de tejados rojizos; con sus calles oscuras y con sus muchas torres,



Copenhague recuerda constantemente a Hamburgo. Sus propios canales y su lago, semejante al Alster hamburgués, hacen que el viajero recién llegado de la citada ciudad alemana se crea en sus primeros momentos estar todavía en Hamburgo y haber sido sólo un mal sueño el viaje de la pasada noche.

Hay algo en Copenhague que no tiene Hamburgo y que, de no haberlo encontrado, creo que me

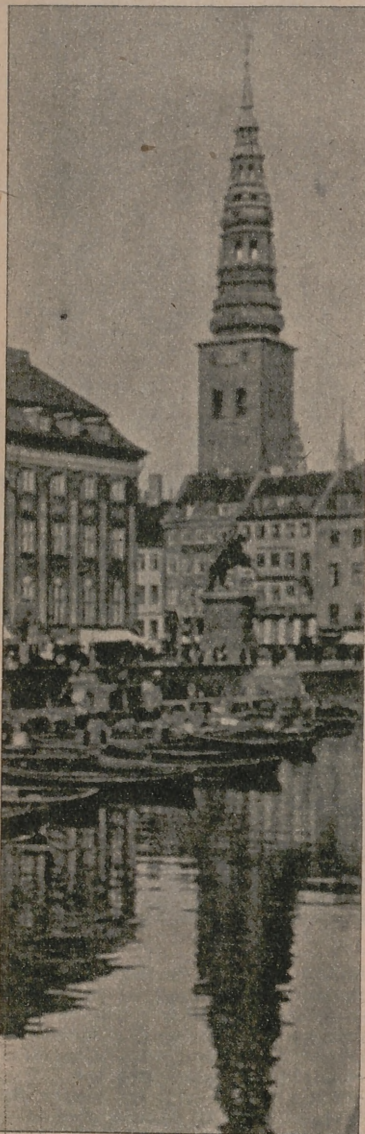
habría sorprendido tanto como el inesperado hallazgo de las casas encaladas. Desde que estudié mis primeras nociones de Geografía recuerdo siempre una fotografía, repetida en otros muchos lugares, en que se ven las plazas de la bella capital danesa ocupadas por verdaderos rebaños de bicicletas. Su abundancia es tan enorme que, a pesar de que en toda Europa este vehículo es hartado usado, aquí las hay hasta tal

extremo que hace palidecer las cantidades que hasta entonces se han visto en cualquier otra parte. Como si la oficina de turismo danesa quisiera no decepcionar al viajero, a la misma salida de la estación se encuentra uno ya con una plaza donde varios cientos de bicicletas, la mayoría de ellas sin seguro alguno, confirman al visitante la certidumbre de que por lo menos no sufrirá una desilusión en sus ideas preconcebidas.

MISA DE UNA EN COPENHAGUE

La búsqueda de una de esas direcciones que siempre nos dan cuando vamos a algún país y que nunca nos suele servir para nada, salvo que por buscarla conocamos la ciudad en cuestión, nos puso en contacto con un aspecto bastante poco conocido para nosotros los meridionales como es el catolicismo danés.

A pesar de ser domingo, la llegada a Copenhague, ciudad de gran mayoría protestante, nos había hecho descartar la más mínima posibilidad de cumplir con el precepto dominical de la misa.



Circundada de canales, la vieja ciudad danesa se ofrece al visitante como una revelación insospechada

Pero he aquí que en nuestra búsqueda de la dirección, que nunca aparecía, fuimos a topar con una calle que tenía ese aspecto inconfundible que presentan lo que podemos llamar la calle católica de una ciudad protestante. Allí se encontraba, junto a la inevitable iglesia, las tres o cuatro librerías que no faltan nunca, y una de ellas, ¡cómo no!, dedicada a la venta de estampitas, que a pesar de su mal gusto en estas supuestas frías latitudes—hacia 28°—resultan hasta simpáticas. Nadie podía esperar a aquella hora, las doce y media, que hubiese misa. En Alemania uno se puede considerar afortunado si en la ciudad en que reside hay misa de once y media. Naturalmente, antes de esta hora tiene amplio margen para escoger. La presencia de un considerable grupo de marineros y oficiales norteamericanos, pertenecientes a un buque de la Escuadra norteamericana anclado en el puerto, que penetraba dentro del templo nos descubrió que había misa nada menos que de una.

Lo extemporáneo de aquella misa no fué solo la hora, sino también el público que a ella asistía. Le parecía a uno haber bajado unos cuantos paralelos y encontrarse en cualquier ciudad castellana. En el atrio de la iglesia el español abundaba más que ninguna otra lengua—una nítida representación del Cuerpo diplomático hispanoamericano asistía con sus familiares—, y el francés y el italiano, bastante representados, sonaban en medio de la lengua danesa, tan semejantes a la nuestra que casi no producían extrañeza. En verdad aquella era una misa para extranjeros—los daneses estaban comiendo o habían comido ya—, y tanto era así que hasta la explicación del Evangelio, la dió un dominico francés en su propio idioma.

LOS CATOLICOS DANESSES Y EL POETA JOERGENSEN

Los católicos en Dinamarca son ciertamente muy abundantes, aunque su importancia en la vida del país sea muy superior a la que le correspondía por su número. De una población de 4.250.000 hay 26.000 católicos. No obstante, es de los tres países escandinavos el que mayor número de fieles tiene, pues Suecia posee 18.500 y Noruega 5.000. En los últimos tiempos ha experimentado un gran resurgimiento, y precisamente el pasado 23 de mayo se dispuso por la Santa Sede el restablecimiento de la diócesis de Copenhague, que marcó el principio de toda una nueva organización de las comunidades católicas escandinavas, que son dotadas otra vez de una jerarquía semejante a la que tuvieron en la Edad Media, en la que fueron harto florecientes. Poco después se restableció también la jerarquía en Noruega, y en poco tiempo son ya varias las Ordenes religiosas que han anunciado su vuelta a tierras escandinavas.

Esta vuelta del catolicismo a Dinamarca, quizá quede simbolizada con el regreso también de un gran poeta danés, Joergensen, católico converso desde finales del siglo pasado, y que desde 1897 fijó su residencia en Asís, en una

fincas a la que llamó «Santa María de las Rosas». Joergensen ha decidido ahora, a los ochenta y siete años, volver nuevamente a Svendborg, a su casa natal, convertida por el Gobierno danés en monumento nacional.

UN DOMINGO NADA «ESPESO»

Aquello del domingo municipal y espeso no le cuadra a Copenhague y, naturalmente, a cualquier ciudad del norte de Europa. Frente a nuestro domingo madrileño, de calles apretujadas de gente, lo habitual aquí es abandonar la ciudad, que aparece ante el que la visita como si hubiera sido evacuada por sus habitantes. Todo el mundo se marcha, unos el sábado por la tarde y otros el domingo muy temprano. Hay que huir del escenario de su trabajo habitual.

La ciudad empieza a animarse a medida que va pasando la tarde. Unos, los menos, salen de sus casas; los otros, los más, vuelven de sus excursiones, y cuando la noche ha llegado la ciudad vuelve a presentar un aspecto de animación extraordinaria. Miles de luces y anuncios luminosos dan a sus vías, y sobre todo a la Stróyet, la calle del comercio, ese aspecto fantástico que presentan las ciudades modernas de noche. En una de las principales plazas, en lo alto, un anuncio luminoso, sito en la redacción del principal periódico, de Copenhague, ofrece, renovándolas constantemente, las últimas noticias del día. Los cafés están abarrotados por la clase media burguesa y por el obrero, que en domingo nada se diferencian y que ambos reflejan el bienestar de un país próspero y rico.

Algunas gentes se paran en la plaza del Ayuntamiento para contemplar el nuevo reloj, que hace muy poco tiempo fué colocado en la torre del mismo. Un reloj que indica la hora de Europa central, el tiempo sideral, la hora local, la hora solar exacta, la ecuación del tiempo, la puesta y la salida del sol según el tiempo medio y según la hora solar exacta, la hora local de los diferentes puntos de la tierra, la revolución de los planetas alrededor del sol, los eclipses de sol y luna, la salida y la puesta de las estrellas, la inclinación del Polo celeste y yo qué sé cuántas cosas más. Y todo esto es obra de un artesano danés, Jens Olsen, que fué primero cerrajero y que después se marchó a Basilea a aprender el arte de la relojería y a trabajar en mecánica de precisión y esta especialidad de Astronomía. En 1945 murió antes de ver realizada su obra, resultado de cincuenta años de trabajo e investigaciones, pero los técnicos daneses continuaron su labor y remataron la faena de construir las 14.000 piezas que constituyen este reloj, único en el mundo.

EL TIVOLI Y LAS MÜCHACHAS EMANCIPADAS

Pero el sitio preferido de todas las gentes durante las últimas horas de la tarde es el Tivoli, o parque de atracciones de la ciudad, situado enfrente de la Estación Central, y por el que todos los habitantes de Copenhague

sienten un especialísimo cariño. En realidad, este amor hacia esta clase de diversiones lo experimentan, según se nos dice, todos los escandinavos y cualquier ciudad de Suecia, Noruega o Dinamarca poseen su *Tivoli*.

Allí, entre fuentes y jardines iluminados, salas de concierto, cabarets, mailles, tivovivos, montañas rusas y distracciones de todas las clases, se reúne la población de Copenhague, representada por sus clases sociales. Los niños se entretienen en las diversiones que para ellos existen, y los mayores bailan el «boogi-boogi», que parece ser, después de la implantación del plan Marshall, la única danza que se baila en Europa. Hasta la Guardia Real, con sus morriones negros y sus casacas rojas, tan semejante a la Guardia Real inglesa, por no decir idéntica, está presente allí en la tarde del domingo y obsequia con algunas piezas musicales a los asistentes. Finalmente, con su desfile hacia Palacio, parece casi marcar la retirada de despedida. Poco después de once a doce de la noche el Tivoli se quedará completamente vacío y acabará cerrando sus puertas.

El Tivoli es algo entrañablemente familiar para los «copenhaguenses», y una de las cosas que éstos no perdonan a los alemanes, según se nos ha dicho, es que durante la ocupación realizaran en el recinto del parque algunas destrucciones. En el Tivoli es precisamente donde más se puede ver eso que las mujeres escandinavas proclaman con tanto orgullo: su *emancipación*. En efecto, la mujer danesa ha sabido ponerse muy bien los pantalones—no sólo en sentido figurado—y disfruta de una libertad extraordinaria, que levanta quejas entre muchos daneses nada puritanos. Nadie se crea que en el Tivoli se ven escenas que que atenten contra la moral y las buenas costumbres, pues jamás ocurriría esto en un lugar como aquí, donde está reunida toda la sociedad danesa, e incluso sus niños. Ahora bien, el desparpajo de las muchachas danesas se ve ya en su soltura y manera de comportarse. Precisamente en estos días ha salido un libro, publicado por una autoridad danesa, de índole semejante al tan discutido informe norteamericano Kynsey, y tanto por los datos recogidos como por sus conclusiones llega mucho más lejos que el doctor yanqui, aunque lo haga de una manera mucho más natural y sin darle esa publicidad tremendista que se da a cualquier cosa al otro lado del Atlántico.

EXISTENCIALISMO Y REBELDIA

No hay que dejarse engañar por estos daneses de aspecto bonachón y tranquilo. No se puede olvidar que Dinamarca es el país de Hamlet y de Kirkegaard, de ese Kirkegaard que parece reposar en su estatua de Copenhague de toda la angustia que vertió sobre el resto de los mortales y cuyo nombre recuerdan constantemente las muchas líneas de tranvías que llevan al cementerio (1).

(1) Como se sabe, Kirkegaard significa cementerio en danés.



He aquí cómo se manifiestan los estudiantes daneses. De una forma legal, sin alborotos, como si se tratase de una parada. Marcha al frente un policía a caballo y detrás, en cabeza, los profesores en correcta formación. Después, el rector mandará romper filas

De vez en cuando esta tendencia disolvente del danés surge como un volcán. Si no ahí está para demostrarlo la única huelga de soldados que el mundo moderno ha conocido y que tuvo lugar hace pocos meses en la frontera germanodanesa. También un cabaret de Copenhague, «Tokantena», parece trasladar nostálgicamente la fiebre existencialista de Saint Germain des Prés a las orillas del Báltico.

Copenhague, además de la Venecia septentrional, es como Estocolmo y alguna otra ciudad más: el París del Norte. Y es cierto que la bella capital francesa estuvo presente en mi recuerdo, no precisamente por los cabarets pseudoexistencialistas, sino cuando me topé con el sombrío y silencioso barrio latino de Copenhague. Hasta la Universidad me recordó la Sorbona.

RESPECTO POR LA UNIVERSIDAD Y MISERIA DEL ESTUDIANTE

Copenhague reserva todo un barrio para los estudios. Allí está el edificio de la Universidad, las Facultades, las escuelas, los Institutos y esas espléndidas librerías en cuyos escaparates se encuentra en su lengua original todo lo que ha salido en los últimos días.

Allí también están los pabellones destinados al estudiante. La gran «Mensa» o comedor de universitarios, los postes donde se apoyan centenares y centenares de bicicletas, alguna que otra residencia y, en general, cualquier cosa que pueda tener relación con el estudio. El barrio latino de Copenhague es casi una isla dentro de la ciudad. Los días normales, bullicioso y alegre, a pesar de lo sombrío de sus paredes; en vacaciones, un recinto silencioso y casi abandonado.

También en Dinamarca, como en la mayoría de los países europeos, el estudiante es hoy una especie de paria, respetado socialmente, pero que lleva una existencia difícil hasta más no poder. El «hijo de papá» no existe en estas latitudes, y más de un 60 por 100 de los estudiantes trabajan durante las vacaciones de los semestres en las más diversas ocupaciones con el fin de

reunir el dinero suficiente que les permita durante los meses de curso financiarse sus matrículas, libros y también su nada fácil manutención. Incluso se ven estudiantes, tocados con la típica gorra de visera, vendiendo periódicos por las calles.

CULTURA POPULAR Y ARTES DOMESTICAS

En realidad contrasta esta situación del estudiante, difícil, como ya hemos dicho, con la importancia que se da a la cultura en este país y, sobre todo, con la difusión que la misma tiene entre todas las clases sociales. La enseñanza no se detiene ante ningún sector. Ni que decir tiene que la mujer, emancipada del todo, constituye una fuerte proporción de los claustros universitarios; pero no se trata solamente de la cultura superior, sino de que la enseñanza llega hasta los pueblos más apartados. A finales del pasado siglo el pastor Grundvig y el campesino Kold organizaron una auténtica misión por todo el país, estableciendo una serie de escuelas que, tanto en sus grados elementales como medio y superior, constituyen actualmente instituciones docentes auténticamente modelos. Estas escuelas han dado al campesino danés un bienestar espiritual que puede equipararse fácilmente con su no menos favorable bienestar material. Dotadas de salas de conferencias, bibliotecas, amplias aulas e incluso guarderías infantiles, reciben a campesinos que oscilan entre edades tan distantes como son los veinte y los cincuenta años. Allí estudian Historia, Filosofía, Religión, Sociología, Economía, Política, Ciencias, Literatura, Historia del Arte, Corte y Artes caseras. Esto último es algo que tiene mucha importancia en Dinamarca, y precisamente hace muy poco la Unión Nacional de Estudiantes del país ha establecido en la capital una escuela especial de estas materias para que los estudiantes tengan un conocimiento adecuado de cocina y otras artes domésticas, tan necesarias para ellos, que viven solos y tienen que salir adelante sin ayuda alguna.



son en sí ni buenas ni malas? No hay apenas acciones indiferentes. Dar una vuelta en bicicleta puede ser un acto de perfidia, ofrecer agua bendita con la punta de los dedos (véase la escena final de «Pequeñeces») un rasgo de conmovedora virtud. No saludar a una persona por la calle puede ser una obra de caridad. Y en el hecho simple de saludar puede esconderse una intención aviesa. Cabe que el rehusar un vaso de vino constituya un acto de crueldad, de dureza de corazón... Y el comerse unas ostras podridas—ofrecidas por un humilde a título de obsequio—un rasgo de bondad heroica. Según.

—Nuestras acciones—resumió el magistral—tienen, pues, un apellido interno que es el que realmente las califica; este apellido es el móvil. Y, según sea el móvil, dejar de ir a un sermón puede ser un acto de virtud y visitar a un desvalido una mala acción.

—Lo peor—objetó Martínez Vallín—es que no sabemos nada de nadie y muy poco de nosotros mismos. Ni siquiera hemos hecho las más veces el inventario de nuestras creencias, como apunta un filósofo francés, y muy frecuentemente, ante un difícil caso de conciencia, ignoramos dónde está el deber. Y a menudo necesitamos bucear muy hondamente para discernir el verdadero móvil de tal o cual de nuestras acciones, tanto más cuanto que las más veces existe un móvil aparente y otro real. Y ocurre que, bien por pereza, bien por miedo, preferimos no descender a esa región oscura de nuestra conciencia, que es, en realidad, la que dirige y manda, si bien dejando a «la otra» la ilusión de que es ella la dueña y la rectora.

Fausto Latorre—el diplomático—suspiró al oír estas palabras.

—¡Qué verdad tan grande acaba usted de decir, querido doctor! ¡Cuántas veces estamos orgullo de un acto que acabamos de realizar y que nos parecía bello y generoso!... Y después, al cabo de algún tiempo, cuando alguien nos abre los ojos o nos decidimos a bajar al oscuro subsuelo de nuestra conciencia, al «sótano», resulta que no era generoso ni meritorio, porque lo que nos movió a realizarlo fué un impulso oculto—larvado—, ajeno—aunque no siempre contrario—a la moral y al bien. ¿Me permiten ustedes que les cuente una pequeña historia? Todos estamos hartos de las anécdotas de guerra—prosiguió—, y ésta es una historia de la guerra del 14... Pero yo prometo ser breve, y, en caso contrario, me someto...

II

MISION SECRETA

«A primeros de 1915—comenzó diciendo Fausto Latorre—fui nombrado secretario de nuestra Embajada en Viena. Llegué a la gran ciudad—rival de París en aquellos tiempos—cuando los austriacos acababan de recuperar la plaza de Lemberg, después de algunos reveses, que la prensa intervenida disimulaba con empeño. La Kärntner-trasse (que es como la carrera de San Jerónimo de Viena), la vieja plaza del Graben—corazón de la ciudad—y todas las principales arterias aparecían inundadas de banderolas y de gallardetes, que, en vez de extenderse en planos horizontales, como en los pueblos del Occidente europeo, descendían desde los tejados hasta la acera, formando largas tiras verticales que casi ocultaban las fachadas.

De este modo exteriorizaba su júbilo la nación austrohúngara, si cabe llamar nación a aquel conglomerado de pueblos heterogéneos divididos entre sí por agravios seculares y por la más ferviente antipatía.

Era cosa aparte el espíritu de Viena, ciudad adorable y frívola que parecía resistirse al enorme dolor de la guerra. En Viena se creía en la victoria, aunque a partir de la batalla del Marne su causa estuviese perdida.

En el escaparate de una tienda del Graben los aliados—Inglaterra, Rusia y Francia—, simbolizados por unos cuantos muñecos grotescamente pintorreados, con caras de imbéciles o de borrachos, atraían grupos compactos de transeúntes que casi impedían el tránsito. Delante de los muñecos, un letrero, acogido por el público con grandes carcajadas, comentaba: «ESTO quiere vencerlos.»

Los ingleses eran objeto de particular execración y asimismo, los italianos, cuya reciente «tra-

AQUEL día, quizá por ser domingo, la tertulia de la cervecería había estado muy concurrida. La conversación, desde un nivel bajísimo al principio—cómo se debe guisar el bacalao «pil-pil», cuál es el verdadero punto de las angulas, si conviene suscribirse a los periódicos o comprarlos en la calle, etc.—, había ido elevándose no sé cómo, y al final, gracias a la intervención del eminente psicoanalista Martínez Vallín, del diplomático Fausto Latorre y de otros conspicuos contertulios, acabamos discutiendo el mérito y demérito de las acciones humanas, la compatibilidad de la predestinación con el libre albedrío y otras cosas a cuál más sutiles y alambicadas.

El magistral de la catedral de Madrid, que era uno de los nuestros, al oírnos desbarbar tres o cuatro veces nos había amenazado con su excomunión. Sostuvo don Gaspar Uribe que las acciones humanas no son generalmente lo que parecen. No es su aparente bondad ni su malicia intrínseca lo que en realidad las califica, sino el móvil de quien las lleva a cabo.

Dar un socorro a un pobre es en sí una acción meritoria. Pero si al darla nos mueve—*verbi gratia*—un propósito de vanidad, la acción carece en absoluto de mérito. Y si damos la limosna con el propósito de humillar al que la recibe o sin otro móvil—por ejemplo—que el de rebajar a un tercero que dió menos o que no pudo dar nada, el acto de dar un socorro—laudable en sí mismo—se convierte en una mala acción. Y, al contrario, el hecho de rehusar una limosna puede tener mérito si lo hacemos con la intención de no humillar a una persona que va con nosotros y que sabemos que desearía dar y no puede.

—¿Y qué diremos—añadió don Gaspar Uribe—de las acciones llamadas *indiferentes*, las que no

ción» a la Triple Alianza había conmovida la opinión pública.

Inglaterra constituía el leitmotiv de millares de viñetas y de postales que, con la divisa «Got strafe England» (1), se vendían por todas partes. Repartíanse también otras tarjetas con la «esqueleta de defunción de Italia». Todavía conservo un ejemplar.

La Embajada de España tenía mucho que hacer. Los rusos, ¡cómo han cambiado los tiempos!, nos habían confiado la defensa de sus intereses, y la Cancillería de la Embajada Imperial, regentada por funcionarios españoles, se ocupaba con vehemente celo (que nadie nos agradeció) de las tristes historias corrientes en tales casos: canje de prisioneros, represalias, etc. Yo iba por las mañanas a la Embajada de España y me ocupaba por las tardes de los asuntos rusos. ¡Qué extraña sensación entrar en la Cancillería rusa—una casa extranjera—tocando timbres y dando órdenes a derecha e izquierda!

Estábamos también encargados de los intereses de Bélgica y de Servia. ¡Buen programa para los que se figuran que la vida del diplomático es una sucesión de fiestas y banquetes!

Los asuntos de represalias, en los que servía de mediadora la Embajada, consumían gran parte de nuestro tiempo.

«Si los búlgaros, no contentos con condenar a muerte a los prisioneros serbios, se obstinan en crucificarlos, el Gobierno de Belgrado dará órdenes telegráficas para que sean crucificados los prisioneros búlgaros (2). Si San Petersburgo fusila al profesor Tarnowsky—célebre fisiólogo austriaco, prisionero de guerra—, Viena fusilará a diez intelectuales moscovitas. Si los rusos no ponen inmediatamente en libertad al almirante austriaco Kurtlein—mutilado y anciano—, el Gobierno austriaco meterá en la cárcel al general Almasoff» (un viejo de ochenta años a quien la declaración de guerra había sorprendido en Karlsbad, tomando tranquilamente las aguas).

Estas eran—agresivas, crueles, terminantes, impregnadas de dolor y de muerte—las amenazas y las órdenes conminatorias que la pobre Embajada española tenía que hacer llegar bien a la Ballplatz (3), bien a las Cancillerías de Petersburgo o de Belgrado, casi siempre con plazos angustiosos, vergonzosos: tres días, dos días... o veinticuatro horas.

Llegaban también a veces, sobre todo al principio de la guerra, órdenes telegráficas para la entrega a grandes señores polacos súbditos rusos—confinados en Viena—de cantidades fabulosas giradas por sus Bancos de Cracovia o Varsovia.

—¿Conoce usted al príncipe Lobomirsky?—me decía el embajador.

—No, señor.

—Yo tampoco. No importa. Está ahí, en el salón

(1) Dios castigue a Inglaterra.

(2) Histórico.

(3) Ministerio de Negocios Extranjeros del Imperio austro-húngaro.

azul. Ha llegado un giro para él de siete millones de coronas. Ya habrá usted visto el telegrama. Aquí están los siete millones. Entréguelos usted.

El elegante personaje, con aspecto de «fin de raza», que aguardaba en el salón azul, presentaba apenas algún vago documento de identificación; lo mismo podía ser el príncipe Lobomirsky que un osado impostor. Temblando, le entregábamos los fajos incontables; de billetes.

A Senén Olmedo—el segundo secretario de la Embajada—, que era un catalán preciso e inflexible como una máquina de calcular, se le abrían las carnes al intervenir en estas operaciones, efectuadas sin formalidades ni garantías, con todas las características de la guerra misma: peligro, osadía, despilfarro...

—Juntos iremos a Ocaña, amigo Olmedo—solía decirle yo cada vez que echábamos una firma o entregábamos una cantidad.

De cuando en cuando un asunto de impresionante trascendencia—ruso casi siempre—exigía la consulta directa al Gobierno interesado.

¡Quién se atreve en tiempo de guerra a confiarse a la cifra! ¡Ni a la valija diplomática ni a nada! Los «gabinetes negros» se jactan de descifrar todas las claves.

Un secretario de la Embajada salía para Bucarest en tales ocasiones y allí—en cuarenta y ocho horas—, en contacto con la Legación de Rusia, pulsaba la opinión de Petersburgo y arreglaba personalmente las cosas.

Un día de febrero del año 1916 me llamó el embajador con especiales apremios.

—¿Se ha enterado usted de lo ocurrido con el corresponsal de la Gaceta de Kief? Recordará usted que la declaración de guerra no le dió tiempo a salir de Viena. Quedó en la capital, confinado y vigilado. Ahora estos señores (los austriacos) le han envuelto en un proceso de espionaje y...

La nublada expresión de los ojos del jefe reveló—sin hablar—el curso del sombrío suceso.

—¿Condenado a muerte?—pregunté.

—Precisamente. A muerte—meditó un momento el embajador y luego dijo—: Tendrá usted que ir a Bucarest.

III

EN MARCHA HACIA BUCAREST

A la mañana siguiente uno de aquellos ligeros alquileres de un caballo, llamados «confortables», me llevaba a la estación del Norte. Era casi de noche todavía. La tristeza de la neblina matinal, apenas disipada por la pálida luz de los mecheros de gas, desmentía el regocijo oficial de la gran ciudad. Las últimas risas de la Kärntnerstrasse se helaban, avergonzadas, en el umbral dormido de la estación, donde no llegaban tampoco las canciones de los cabarets nocturnos ni los rítmicos acordes de las czardas. La alegre y despreocupada retaguardia tenía allí su invisible frontera.

Nada más lúgubre que el espectáculo de una



gran estación ferroviaria ocupada y oprimida bajo el estupor de la guerra.

Todas las naves de acceso a los andenes, todas las salas de espera, apagadas y frías; todos los espacios libres aparecían abarrotados de tropas y pertrechos de guerra; muchos de los soldados, tirados por tierra, dormían abrazados a sus mantas. Parecían haber pasado la noche en la estación, dormían quizá su último sueño.

La fisonomía habitual del lugar parecía como hechizada, en suspenso; sus genios tutelares habían huido. Los despachos de bebidas y de meriendas descansaban bajo sus fundas; las básculas de pesar sufrían de incurable parálisis, y los aparatos automáticos mostraban sus entrañas vacías, añorando los tiempos pasados, en los que por una moneda de 10 «heller» regalaban caramelos ácidos y pastillas de menta. Las bibliotecas de la estación—llamativas y policromas antaño—dormían cerradas, reservando para mejor ocasión el consuelo de sus novelas frívolas.

En mi tren—inacabable—iba lentamente embarcando un regimiento de cazadores ligeros que marchaba a cubrir bajas en el frente de la Galicia oriental.

Me costó trabajo llegar al pequeño compartimento reservado que, por un milagro de influencia, lograra para mí el embajador. Era difícil el tránsito por el tren a través de los pasillos, congestionados. Delante de mi compartimento—atravesada ante la portezuela—, una moza robusta—enfermera de la Cruz Roja—dormía profundamente, echada en el suelo, húmedo y sucio.

Tuve que rechazar repetidos asaltos de viajeros, que al verme solo como un pachá en mi «berlina» reservada trataban de penetrar en ella, sin concebir que nadie en tiempo de guerra se atreviese a usar de tan irritantes privilegios. A pesar de eso, apenas se enteraban de mi calidad de diplomático y de mi condición de correo de gabinete con misión especial de una Embajada extranjera, cedían todos refunfuñando.

El tren seguía el curso del Danubio y se acercaba, renqueando, a la linda ciudad de Presburgo, que más tarde se llamó Bratislava.

Se abrió en estó la puerta de mi compartimento y una mujer, más atrevida que sus fracasados predecesores, penetró en mi berlina como en país conquistado, y, después de colocar su maleta en la red, se sentó sin pedir permiso.

Nunca he sabido describir una *toilette* femenina. Diré tan sólo que la mujer aquella iba vestida de riguroso luto y que el color negro, que no sienta bien a las morenas, a ella le caía divinamente. Un velo tupido tapaba casi por completo su rostro, cuya belleza excepcional pude, sin embargo, apreciar. No parecía una austriaca ni una mujer noruega, sino más bien una italiana del Sur o una andaluza de Romero de Torres. El óvalo de su cara era de una perfección rafaelesca, adorable el contorno de su nariz y dramática y penetrante la expresión de sus ojos.

—¿Me permitiría usted que ocupase un sitio en su compartimento hasta que lleguemos siquiera a Budapest? No hay un solo asiento en todo el tren... Voy cansada y medio enferma... Tal vez en Budapest añadan coches y entonces...

De mala gana, con un gesto seco, accedí.

Un revisor, que se presentó casi en seguida, se dispuso *manu militari* a expulsar a la intrusa. Lo hizo, sin embargo, en forma tan violenta y ruda que mi sangre de caballero español se revolvió.

—Déjela que se quede. Tiene mi permiso.

—¡No tiene ningún derecho!—le oí despotricar en el pasillo—. Hay sitio en otros coches y no es una razón que estemos en guerra para que en los trenes de este país haga cada uno lo que le venga en gana—con tono despreciativo añadió—: ¡Y menos una extranjera!

Al oír estas palabras la enlutada fijó en mí sus peligrosos ojos oscuros, y con acento doloroso—que me pareció algo afectado—exclamó:

—¡Extranjera! ¡Extranjera! No tema usted, señor, que abuse ahora de su hospitalidad colocándole una historia de guerra y explicándole «mi caso»... Pero déjeme que me lamente de ver tratada así, como extranjera y con desprecio, a la esposa de un oficial austriaco que se está bañando en el frente de Italia. Soy rumana y voy por unos días a mi país, donde acabo de perder a mi padre...

—¿Va usted a Bucarest??

—Por el momento. Pero seguiré en seguida a Constanza, en el Mar Negro. Allí reside mi familia. Mi madre es italiana. Por eso en mi francés levantino acabo de mezclar vocablos italianos.

No acostumbro a charlar con desconocidos cuando viajo en tren, ni mucho menos en tiempo de guerra. Dejé, pues, caer la conversación, que tomaba el giro resbaladizo de una confidencia, y después de una leve inclinación de cabeza cerré los ojos, como si me prepara a dormir.

La campanilla anunciadora del almuerzo—primera vuelta—me sacó, horas después, de mi fingido sueño.

—¿Come usted en el vagón restaurante?—preguntó la dama.

Sonrió al oír mi respuesta—un gruñido afirmativo—y añadió:

—Me quedaré aquí cuidando de los equipajes.

El mío no podía ser más somero. Una maleta con lo necesario para un par de días... Camisas..., el *smoking*... Nada... Y una manta escocesa cuidadosamente enrollada y sujeta con una correa.

Los despachos reservados—la valija propiamente dicha—los llevaba sobre mi persona y en mi cerebro—inviolable asilo—las instrucciones relativas a mi viaje, a saber: si querían los rusos que se pidiera o no el indulto del corresponsal de la *Gaceta de Kief*—condenado a muerte—y hasta qué punto debía el embajador de España insistir cerca del Gobierno austriaco, y en último trance cerca del propio Emperador, para lograr la conmutación de la pena.

No había, pues, peligro alguno en que mi equipaje quedara solo en el vagón por unos breves instantes, aun en el caso improbable de que la entremetida viajera resultase una aventurera internacional—una «ladrona de trenes»—escapada de una novela de Vicky Baum.

Contempló mis bagajes la desconocida y dijo con tono humorístico:

—Se ve que es usted previsor, pero que su información es mala. No sé lo que pasará cuando lleguemos al cuarto año de guerra; pero por ahora la calefacción en los ferrocarriles austriacos es sencillamente asfixiante. Llegará usted al fin de su viaje sin haber desenrollado... y sin haber lucido su preciosa mantita escocesa.

Asentí vagamente. Después, en todo el camino no volvimos a cruzar la palabra. En el coche restaurante, rodando ya por territorio húngaro, me regodeé con el pan blanquísimo y exquisito, que contrastaba con las barras incomibles—hechas con harina de cebada y pasta de madera—que los habitantes de Viena tenían que sufrir como uno de tantos dolores de la guerra. El trigo de la llanura húngara—la *puszta*—se molía exclusivamente para los húngaros y los hornos y las panificadoras no trabajaban más que para los naturales del país. Ni un gramo de harina ni una miga de pan franqueaban las fronteras húngaras para socorrer a los demás habitantes del Imperio. Pero en cuanto se penetraba en país magiar—en la misma cantina de la estación fronteriza—, en la primera aldea se regalaba al viajero con esponjosas «alcachofas» y con impecables «croissants», como en los mejores días de la paz.

Influía esta circunstancia en el malhumor de los austriacos, que se desataban en epigramas y en denuestos contra sus «hermanos» los húngaros.

La atmósfera del convoy, sin ser tan lúgubre como la de los trenes de guerra franceses, era extraña y poco respirable. La tirantez de relaciones entre Rumania y el Imperio austrohúngaro había llegado en aquellos días a un grado de exasperación culminante. ¿Tendría yo tiempo de volver a Viena antes de que estallara el conflicto? ¿O me cogería en Bucarest la declaración de guerra? Todo el mundo creía entonces que aquel tren era uno de los últimos que circulaban entre los dos países, y esta idea—palpitante en el aire—nublaba las miradas de los viajeros y tocaba en fúnebre silencio la sólita animación del vagón restaurante.

El miedo al espionaje, rayano en la obsesión, en todos los países beligerantes contribuía, por otra parte, a sellar los labios y a alargar las caras. Las miradas de los viajeros eran fugitivas y oblicuas. No llevaba el tren austriaco en cada compartimento, como los trenes galos, las famosas inscripciones:

*¡Desconfiad! ¡No habléis!
¡Los oídos enemigos os escuchan!*

Pero un enjambre muy disimulado de «flics» (1) y de agentes del Servicio de Contraespionaje infectaba los compartimentos y los pasillos. Era n objeto de su especial vigilancia los numerosos rumanos que, poseídos de pánico, deseaban salir del territorio austriaco.

Y todo el mundo temblaba al pensar en el registro de los equipajes y de las personas que tendría lugar en la última estación austriaca —Kronstadt— antes de franquear la frontera.

Los viajeros, después de pasar por la «visita» de los equipajes y por el tormento de los interrogatorios, eran desnudados de arriba abajo, frotados con ácidos... ¡qué sé yo! Se contaban las cosas más inverosímiles... A la menor sospecha el viajero, detenido «provisionalmente», se pudría durante meses en un sombrío calabozo.

Y si la sospecha rozaba la certidumbre, allí mismo —en el muro exterior de cualquier estación— era fusilado el presunto espía, sin formación de causa ni trámite judicial alguno. A veces desde el tren se oían las descargas.

Portador de una valija diplomática y agente de un país neutral, nada tenía yo que temer. Ni siquiera me harían bajar del coche. Pero no hubiera querido cambiarme por ninguno de mis compañeros de viaje, ni siquiera por la bella rumana esposa del bizarro oficial que se estaba batiendo en el frente de Italia.

El estrépito del tren al entrar en una estación importante me distrajo de estos pensamientos. Era ya de noche. Miré la hora en el reloj luminoso del andén: las nueve.

Lei: «Kronstadt».

Habíamos llegado a la frontera.

IV

UNA NOCHE EN PREDEAL

No sé, al cabo de tantos años —y de tantos cambios en el mapa—, lo que habrá sido de aquella aldea rumana —punto fronterizo en aquel tiempo— donde tuve que pasar la noche; creo que se llamaba Predeal.

Tal vez se haya convertido hoy día en un lugar elegante de veraneo con lujosas «villas» y tiendas; acaso haya también un Kursaal con ruleta y treinta y cuarenta. Pero en aquellos días los desventurados viajeros que arribaban a la estación —una estación lugareña, mal alumbrada— no encontraban ni un mozo ni un chiquillo que por ganarse unos «leis» les llevara los bultos de mano. Había que cargar con las maletas y atravesar una gran plaza tenebrosa, en cuyo extremo se alzaba la lóbrega masa de una especie de barraca informe: la única hospedería del pueblo.

Entraban allí los viajeros por riguroso turno y eran recibidos en el fondo de un oscuro vestíbulo por un sujeto con cara de apache que, después de revisar una vez más los pasaportes, se hacía pagar por anticipado —único caso que he visto en el mundo!— y entregaba a cada huésped un candelero con una bujía encendida y una llave con el número de la habitación.

La estancia que me adjudicaron era un tugurio. Decidí no desnudarme ni meterme en aquella cama sospechosa, cuyas interioridades era preferible no explorar. Hice la ridiculez de mirar debajo por si había un ladrón escondido.

Me preocupaba, sobre todo, un gran montante que se abría en una de las paredes del cuarto, y por el que cualquiera hubiera podido entrar y acogerme durante mi sueño.

Detesto las armas de fuego. En aquella ocasión, sin embargo, no me arrepentí de haber aceptado la enorme pistola «browning» que mi amigo Senén Olmedo —poco menos que a la fuerza— había introducido en mi maleta. ¡Menudo zambombazo que le iba a largar al primero que apareciese por el montante!

Una mala noche se pasa sin sentirlo; soy de los que se adaptan a cualquier situación, por rara y excepcional que sea. Además, como el tren para Budapest salía a la mañana siguiente, convenía no desnudarse y estar listo desde muy temprano.

Pasé, pues, la velada envuelto en mi gabán de



pieles y sentado en una mecedora derrengada, que al menor desplazamiento de mi cuerpo se desquiciaba por todas partes, dando la impresión de una montaña rusa.

El tren rumano, ya formado, aguardaba a los viajeros desde las primeras horas de la madrugada y daba con sus portezuelas abiertas una sensación de hospitalidad y de reposo; algo así como un baño templado.

Cargado siempre con mi maleta y mi lío de mantas, penetré en un compartimento de «no fumadores» muy limpio y acogedor; por el momento iba vacío.

Pero no habían transcurrido dos minutos cuando la puerta del compartimento se abrió y un empleado del tren introdujo a una viajera. Era la enlutada del tren austriaco. Parecía agitada; algo anormal le acontecía.

Aquella huella rojiza que ribeteaba sus magníficos ojos, era la señal de haber llorado? El revisor, que parecía conocerla personalmente, la hablaba con afabilidad, como si quisiera consolarla.

—Aquí irá usted muy bien, Ludmila Ionescu... Ya procuraremos que no se meta nadie... Y no se apure usted, querida señora... Tiene usted entereza y arranque para resistir todo eso y mucho más... Y para despreciar a los que...—interrumpió la frase y añadió en francés mal pronunciado—. «A la guerre comme a la guerre!»

La llamada Ludmila Ionescu pareció advertir entonces mi presencia.

—Le sorprenderá a usted verme en este estado... —dijo con una sonrisa triste—. ¡He sido vejada e insultada por los agentes austriacos de la frontera, que, por lo visto, tienen órdenes de no respetar ni siquiera a las mujeres de los oficiales de su propio país que se están batiendo en el frente!

En el tráfigo fronterizo de la noche anterior había perdido de vista a la viajera. No había vuelto a pensar en ella. La fatalidad, bajo la figura de un revisor, volvió a colocarla en mi camino.

—No se han contentado con someterme a un interrogatorio absurdo—continuó diciendo—. No les ha parecido bastante recibirme mis papeles,

(1) Policias

deshacerme mis vestidos y abrir con un cuchillo las suelas de mis zapatos, destrozándomelos, sino que me han hecho pasar a un cuarto donde había una especie de harpía asalariada... Y allí..., como si fuese una cualquiera...

Rompí a llorar desconsoladamente.

La Policía austríaca, por lo visto, antes de permitir a aquella señora la salida del territorio había tenido por conveniente revisarla y contemplarla en el mismo sencillo atuendo que usara nuestra madre Eva antes del incidente de la manzana.

La señora Ionescu —una vez dominados sus nervios— habló sin parar durante un rato.

Iba a Bucarest, donde se alojaría en el mismo hotel que yo. ¡Curioso azar! Por más que no, no era azar... El Athenée-Palace era el único hotel decente en toda Rumania...

—Fíjese lo que digo—recalcó—. El único hotel «decente». Los demás, incluso el Splendid, no son más que..., bueno... no quiero pronunciar la palabra... Hoteles y otra cosa... En todos ellos le preguntarán a usted si desea servidumbre masculina o femenina... Son valores entendidos... ¿No lo sabía usted? Pues ya está usted enterado...

Una sonrisa maliciosa borró la última huella de sus lágrimas...

—A lo mejor es ahora cuando quiere usted mudarse al Splendid...—y añadió nuevamente, seria:— Yo no... Yo voy al Athenée, porque una señora sola y una persona «bien» no puede, en realidad, ir a otra parte...

Dejé que hablase, sin contestar apenas, y averigüé de este modo que la señora Ionescu sólo pasaría en Bucarest unas cuantas horas y que después—una vez repuesta del shock que acababa de sufrir—seguiría su viaje hasta Constantza.

Al pasar el tren por Sinaia—el punto de verano obligado para el Cuerpo Diplomático de Bucarest—la señora Ionescu me sugirió que me apeara un momento para contemplar el paisaje y para probar en la cantina de la estación unos admirables pastelillos de caviar que tenían fama europea, según ella.

—Baje usted y yo me quedaré aquí, velando por el equipaje.

Me instó también poco después para que, en vista de que había salido de Predeal sin tomar nada, me trasladase al vagón restaurante, donde el servicio aseguró era impecable.

—Le darán a usted unos huevos al plato dignos del Sacher de Viena. Con una mantequilla como no se toma mejor ni en Angulema. Y un café fantástico. No beba el agua del país... Es un con-

sejo... Pida usted una botellita de un agua que se llama «Sorgente Angélica»... ¡Verá usted qué delicia!... ¡Y qué lindo nombre!—Repitió:— ¡«Sorgente Angélica»! Vaya, vaya al vagón restaurante. Yo, entre tanto...

No le dejé terminar la frase:

—... Velará por mi equipaje, ¿no es eso?

Mi pulla pareció molestarle y no hablamos ya más hasta que el tren, después de rodar unas cuantas horas, entró en la estación de Bucarest.

V

«LUDMILA-PLACIDIA-B.2»

A partir de aquel instante los sucesos se desarrollaron en tales condiciones de rapidez y de dramatismo, que los recuerdo como una pesadilla.

Acababa de llegar a mi alojamiento y me disponía a gozar de las delicias molestas de un hotel moderno. Después pediría hora por teléfono al ministro de Rusia. Ya era hora de que empezase a ocuparme del objeto de mi viaje.

Pensé en el desventurado corresponsal de la *Gaceta de Kief*, condenado a muerte por recaer sobre él sospechas de espionaje, seguramente infundadas. ¡Qué manía de espionaje! ¿Conseguiríamos algo con nuestras humanitarias gestiones? ¿Lograríamos salvar la vida de un hombre? Esa perspectiva me llenaba de optimismo.

Por el momento saqué de mi maleta el pijama y las zapatillas y eché un fósforo encendido sobre la chimenea preparada. Los leños crepitaron y se hizo un hermoso fuego. Entré después en el cuarto de baño y solté los grifos; el agua salió abrasando. Todo esto me produjo una impresión de vida fácil y de euforia indiscutible a mi ánimo en aquellos instantes, después del largo viaje y de la noche endiablada. El baño se llenó en un momento de un agua limpia, azulada.

No estaba mal el Athenée. Me acordé de la infesta hospedería de Predeal y de otros hoteles y fondas que los azares de la carrera y de la guerra me habían obligado a habitar en tiempos pasados, como aquel Hotel Dersa, de Marruecos, en el que las moscas que poblaban la cocina caían en la sartén a la hora del almuerzo y eran servidas, fritas, revueltas con los filetes.

Sali del cuarto de baño y al entrar en la habitación, tarareando alegremente, el espectáculo que se desarrolló ante mis ojos me dejó atónito.

La puerta del cuarto se acababa de abrir con estrépito y entraba en él, como una tromba—no sé por qué medios—una alta dama enlutada, en la que reconocí en el acto a la bella desconocida del tren. Parecía huir de dos sujetos de aire patibulario, que, como Pedro por su casa, penetraron también en la estancia.

Gritó la mujer:

—¡Socorro! ¡Asilo!

Uno de aquellos hombres, el que parecía ser el jefe, se encaró conmigo y con acento alemán muy pronunciado:

—Mire usted bien a esta persona—dijo—. ¿La conoce usted? ¿Sabe usted qué clase de mujer es, por qué está aquí en este momento, por qué ha venido en su mismo tren, en su mismo compartimento? ¿Quiere que se lo digamos nosotros?—En tono militar, de mando, anunció:— Para facilitar «la acción de la justicia» se veía obligado a someterme a un interrogatorio.

Con la cabeza, y creo que con todo el cuerpo, hice un energético ademán de repulsa.

No estaba dispuesto a someterme a ningún interrogatorio ni a aceptar aquel tono imperativo ni a permanecer impávido ante tan extraño atropello.

El hombre continuó, tumultosamente:

—Esta mujer es una espía, señor. No merece que usted la sostenga ni mucho menos que la dé asilo, valido de su condición diplomática. Es una espía rumana... calificada..., fichada... con su número y su nombre de guerra... Trabaja por cuenta de los servicios secretos del A. E. M. de Bucarest y ha querido hacer de usted su instrumento... Es el agente «B.2» y su nombre de guerra es «Placidia»... Nada de «Ludmila» ni de «Ionescu»... Es una adversaria peligrosa de la paz; enemiga de Alemania y de los Imperios centrales... Y, como no podemos creer que usted sea su cómplice, venimos a pedirle que nos la entregue... —hizo una ligera pausa y continuó:— Vea usted la denuncia que hemos recibido.





El tipo exhibió ante mis ojos un papel escrito a máquina que decía, poco más o menos, lo siguiente:

«En el tren expreso Viena-Budapest, que sale de la capital austriaca a las ocho y cuarenta, un diplomático español que viajaba en un reservado ha sido víctima de un oscuro manejo. Mientras almorzaba en el vagón restaurante—exactamente a las trece y veinticinco—una mujer enlutada, que por complacencia suya viajaba en su mismo compartimento, después de mirar a derecha e izquierda para cerciorarse de que no era vista por nadie, sacó de su regazo una pequeña caja metálica y, con toda clase de precauciones, la escondió en el interior de una manta que formaba parte del equipaje del diplomático. El objeto sospechoso quedó dentro de la manta y, según todas las apariencias, en la manta continuó su viaje y escondida en sus entrañas pasó la frontera al amparo de la franquicia diplomática. Aunque puede que esté dentro cuando recibáis estas líneas, ojalá llegue a tiempo mi advertencia.»

El autor del anónimo —«Un Amigo de Alemania»—había visto todo desde el pasillo del tren por medio de uno de aquellos anteojos que yo conocía de los escapartes de Viena, y que, fingiendo mirar delante del observador, ven en realidad lo que ocurre a la espalda. ¡Menudo invento!

Terminaba el escrito declarando: «No creemos que el español sepa nada.»

La situación no se prestaba a divagaciones ni a diversiones de la atención y del espíritu. No pude evitar, sin embargo, que acudiese a mi cerebro en aquel mismo instante el eco de un pequeño episodio de mi vida pasada.

Era un recuerdo de infancia, mil veces evocado en las veladas familiares; un recuerdo desprendido de la época en que, siendo muy niño, vivía con mis padres en San Sebastián. ¡Tiempos felices aquellos en que se pasaban las fronteras sin necesidad de llevar pasaportes ni de someterse apenas a registro alguno! Con cierta frecuencia, acompañados de nuestra madre algunas veces, otras de nuestra institutriz Coralie Claudel—una francesita muy joven, casi una niña—, pasábamos a Biarritz o a Hendaya y hacíamos allí nuestras compras.

Toda la comarca fronteriza, desde Irún hasta San Juan de Luz, era un foco activo de contrabando. Cada viajero que cruzaba la «raya» en uno o en otro sentido—sobre todo desde Francia hacia España—(pasaba) por lo menos, un vestido de señora o tres o cuatro frascos de perfume.

Un día nos disponíamos a tomar el tren en la estación de Hendaya para regresar a San Sebastián. Era domingo y la multitud en el andén zumbaba como un enorme enjambre. Había que tomar el tren por asalto, en medio de una gran confusión. Nos disponíamos a cogerlo a codazo limpio—casi andando—cuando Coralie, nuestra pequeña institutriz, sintió encima de su cuerpo un peso nuevo, un suave, extraño, contacto. Alguien, a favor de las apreturas, se había acercado a ella y había colocado, o, mejor dicho, tirado audazmente sobre sus hombros un soberbio abrigo de pieles. Ninguno de nosotros era capaz de apreciar lo que aquello valía; era una piel dorada, de fi-

bras finísimas y largas; acaso marta zibelina o visón del Canadá; una joya, en todo caso.

Es difícil, y más en una chiquilla de diecisiete años, que los reflejos, en un caso así, nos dirijan por otro camino que por el de la aceptación muda y pasiva.

Nosotros, además, éramos unos niños y nos dió por convertir en risa la rara emoción del suceso. El incidente duró poco. Apenas bajamos del tren, en San Sebastián, una mujer corpulenta, con boina—parece que la estoy viendo—, se acercó a Coralie Claudel y le quitó el abrigo de los hombros, dejando caer en sus oídos, mientras ponía una tarjeta en sus manos:

—Gracias, señorita, muchas gracias... Ya sabe que puede mandarnos...

La extraña analogía entre este episodio, medio olvidado, y la maniobra de Ludmila Ionescu («nihil novum sub solem») avivó los contornos del recuerdo.

Claro es que en el incidente de nuestra infancia el riesgo se reducía a un par de semanas de cárcel o acaso simplemente a la pérdida de la mercancía, mientras que en el trance actual jugábamos con la vida y la muerte.

Una maniobra de espionaje, excepcional por su increíble audacia, se deducía en todo caso claramente del curioso anónimo. La cajita aquella contenía, sin duda, planos y datos. Recordé la insistencia de la enlutada para que almorzase en el vagón restaurante.

La única quiebra era que a mí se me hubiese ocurrido deshacer el rollo de la manta escocesa antes de pasar la frontera. Hubiera salido a relucir la cajita y el asunto habría tomado en seguida un giro fulminante y dramático.

Pero, claro, aquello no era probable dadas las declaraciones que la pájara había arrancado de mis labios sobre la temperatura del tren y sobre las excelencias de la calefacción en los ferrocarriles imperiales. No; yo no tocaría el envoltorio. No me haría falta. Y como mi equipaje era intangible—equipaje de diplomático—, nadie me registraría y yo mismo, con mis propias manos, haría el juego de «Placidia» introduciendo en territorio rumano aquellos documentos comprometedores, cuyo precio podía ser la vida de quien los llevara.

Pasado el peligro de la aduana—peligro de muerte—, dentro ya del territorio rumano, la espía se instalaría en mi mismo hotel—¡ya me lo había anunciado!—, acaso en el cuarto contigo... Y luego..., en seguida—porque tenía que ser en seguida—, ¡sin perder una hora ni un minuto!, se apoderaría de la manta o rescataría la cajita, sacándolas de las entrañas del «plaid».

La frase final del «Amigo de Alemania» bailó de nuevo ante mis ojos: «No creemos que el español sepa nada.»

Durante toda la escena la espía había permanecido muda. Miraba al techo, desdénosa. Entraba el sol por la ventana en aquel momento y la envolvía en un abrazo de fuego, como si quisiera protegerla. Oí que uno de los polizones decía al otro, en alemán:

—Es guapa la prójima.

En seguida, como si el asunto fuera cosa hecha,

sacaron de no sé dónde unas esposas y, dando una especie de salto, quisieron lanzarse sobre «Placidia». Yo me interpeuse.

Me ocurre en el choque diario de la vida que mientras los pequeños obstáculos me arredran y a veces me vencen, frente a las grandes dificultades mi personalidad se desenvuelve y agiganta.

—Soy un representante diplomático de un Gobierno neutral—dije, encarándome con los intrusos—. Mi persona y mi alojamiento son inviolables. Nada sé de esta mujer, ni me importa. Desconozco los manejos de que ustedes me hablan y los repruebo rotundamente, si es que, en efecto, han existido. Pero no es a ustedes, cuyos poderes desconozco y niego, a quienes la entregare, en todo caso, sino a las autoridades legítimas del país en que me encuentro, únicas ante quienes responderé de mi conducta.

—Ludmila Ionescu—dijo después, y mi voz adquirió, sin darme cuenta, un tono dramático—, ¿es verdad lo que acaban de afirmar estas... personas?

Hubiera querido decir «estos señores», pero se me hizo un nudo en la garganta.

VI

LA ESPÍA

—Según lo que entienda usted por «verdad» contestó la interpelada—. Lo que han dicho es «su verdad»... La mía es otra...

Aquellos sujetos eran agentes del contraespionaje alemán, que, contra todo derecho, campaban por sus respetos en país extranjero y actuaban, a despecho de las autoridades rumanas, sin freno ni control alguno.

—Para ti, desde luego, no habrá freno—dijo uno de ellos, mirando con ferocidad a su víctima—. Tenemos todo lo necesario... Armas... Salvoconductos... Dinero... Y un coche abajo esperándonos; un coche fuerte, rápido, con un motor rugiente y poderoso que nos colocará en la frontera, en el mismo punto de donde te dejaron escapar esos imbéciles policías húngaros... Ludmila Ionescu—añadió el esbirro con lúgubre entonación—, allí te aguardan el paredón y el piquete...

Después, dirigiéndose a mí, propuso:

—Conque usted se lave las manos, basta. Nosotros haremos lo demás.

Tengo por uno de los mayores éxitos de mi vida el que obtuve aquel día logrando que aquella gente renunciara a su presa. Agoté para ello todos los recursos de la dialéctica aplicables en tales casos: desde el argumento insinuante y persuasivo hasta la amenaza brutal.



No rehuiría yo el escándalo si ellos estaban dispuestos a provocarlo... La labor del espionaje debe desenvolverse entre sombras, ¿no es eso? Rodeada de todo lo que constituye su propia esencia y su única garantía de éxito: secreto, falsedad, dismulo...

Pero si ellos opinaban de otra manera, andaríamos a tiros en la habitación... Tanto peor para su reputación de agentes discretos... Nada ganarían con ello, por otra parte, las relaciones entre Rumania y el Imperio austrohúngaro, tan tirantes en aquellos días... ¡Que surgiera el rompimiento—si es que era inevitable—cuando conviniere a los señores de Berlín o de Viena—es decir, lo más tarde posible—, pero sin haber el juego de los capitostes aliadófilos de Bucarest!... Mucho menos si el rompimiento era provocado por agentes subalternos y por incidentes absurdos...

Juré que denunciaría el caso a las autoridades rumanas y extraje, por último, de la manta la consabida cajita. Allí estaba, intacta. Había en su interior una tira de papel muy larga. Eran los planos de las fortificaciones austríacas en las fronteras de Transilvania, los mismos cuya introducción en Rumania quería «confiarme» «Ludmila-Placidia-B.2».

Los arrojé a la chimenea, donde se consumieron rápidamente: no los tendrían ni Placidia, ni sus encarnizados adversarios.

Fué el mío un juicio salomónico que prevaleció, por fortuna.

Al negarme a ser cómplice de un asesinato policiaco me expuse—lo sabía— a ser considerado como cómplice de la espía misma. Pero, al fin, conseguí mi objeto.

Los «horrores de la guerra» registrarían una víctima menos.

La primera reacción de «B.2» al salir del cuarto los esbirros fué una desbordante acción de gracias, una inundación de palabras. Su francés, forzado hasta entonces, surgía ahora espontáneo, incorrecto, salpicado de giros y vocablos italianos.

—«Spagnolettò» admirable... «Spagnolettò» hidalgo... «Bambino caro»... Has salvado la cabeza de esta pobre mujer, en vez de entregarla a los verdugos, como un «nuovo» Pilatos... Haz de mí lo que quieras... «Sono túa»...

Irguí después su cuerpo elástico, y febrilmente, en su jerga galoitalica, habló, con exaltación de iluminada:

—Yo no soy una espía, ¿sabes? No soy una espía cualquiera... soy «La Espía», que es distinto... «La Espía» por antonomasia... el genio del fingimiento, del disimulo, del fraude... De todo lo que es indispensable para inquirir, mixtificar, traicionar... Amo mi oficio secreto, amoral, maldito... El peligro de cada día constituye el interés de cada minuto de mi vida... Cada segundo que transcurre me lo disputan el odio y la muerte... Por eso tiene valor... La conciencia de mi heroísmo vale para mí más que todo el oro del mundo..., «più che tutti i quattrini»... Y cada éxito que obtengo me compensa de mil horas de angustia... No soy, en todo caso, una vulgar criatura humana... Ni madre, ni mujer, ni amante, ni hermana; aunque si lo necesitara para mi oficio sería todo eso y mucho más... No me mueve tampoco la pasión política ni ninguna idea de patria ni de raza... ¿Qué me importan a mí esas cosas? Antes servía a los franceses... Me llamaba entonces «Ranavalò»... Ahora trabajo por Rumania... Mañana lo haré por los Estados Unidos... Pero ni Francia, ni Rumania, ni América me interesan lo más mínimo... Me tiene sin cuidado que los rumanos recuperen la Transilvania o que los austríacos la retengan... No me importa que la Alsacia sea tedesca o francesa... ¡Me ne infischio!... Ni que Polonia recobre la independencia, ni que Trieste sea italiano o continúe irredento, ni que a Dantzig se lo lleven los polacos o el demonio. Nada de eso me importa nada. ¿comprendes, espagnolito mío? Sólo mi trabajo me apasiona... ¡Mi oficio! ¡Mi técnica! ¡Qué novela, qué poema, qué intriga maravillosa! Esa historia de mi matrimonio con un oficial austríaco reconocerás que es de gran efecto... ¡Ahí tienes una muestra de mi talento! Es falsa desde el principio hasta el fin... Y tengo todos los papeles en regla... ¿Qué te parece? Eso no lo hace cualquiera... ¿No había en otros tiempos—tiempos de peligro y de aventura—capitanes geniales que ponían su espa-

da al servicio de quien mejor les pagase? ¿No tienen los «condottieri» estatuas magnificas en las ciudades italianas? La gloria de los más grandes artistas—Donatello, el Verrocchio—, ¿no está asociada a su gloria? Pues quién sabe si con el tiempo—porque no se combate sólo con la espada—porqué yo también mi estatua con una inscripción que dirá así. «Ludmila-Placidia-Ranavalo. Espía internacional. Rescató por su genio y por su audacia heroica el oprobio moral de su vida. Fué fusilada por los... el...» Porque, claro es—añadió riéndose—, que yo moriré frente a un piquete de ejecución... Eso nunca lo he dudado...

Mientras Ludmila hablaba yo admiraba su belleza, sin poderlo evitar. Flotaba este sentimiento de admiración y de deslumbramiento sobre la indignación y la repulsa que deberían producirme no sólo su conducta para conmigo, sino sus últimas insensatas palabras.

Había abandonado entre tanto su actitud puramente oratoria y, repitiendo «prends moi» y «son: túa», rodeaba mi cuello con sus brazos, tratando de traducir sus frases entrecortadas a ese otro lenguaje universal y eterno que no necesita palabras para expresarse. La espía deseaba pagar su deuda con su moneda. Pero yo me desasí suavemente.

No he comprendido nunca esas gentes—las hay—que se hacen pagar sus servicios con cierto género de estipendio.

No se trataba, además, en esta circunstancia de un negocijo cualquiera, sino del gran negocio de la muerte y de la vida. De cosas que no tienen precio. La vileza en este caso hubiese tenido un sabor de sangre.

Al llegar a este punto de su narración Fausto Latorre se encaró con Martínez Vallín, el psicoanalista:

—Sí, sí, doctor... En aquella circunstancia y en otras muchas ocasiones he tenido que hacer de casto José... No hay más remedio... A usted le habrá ocurrido lo mismo... No se ría... Y no sólo por un imperativo religioso—que no hay que olvidar, ¡lo sé!—, sino por razones de estricta pulcritud moral. De otro modo no sería posible conservar la propia estimación ni descender sin náuseas a esa última región de la conciencia de la que hace un instante hablábamos.

Desenlacé, pues, de mi cuello los hermosos brazos de la espía y le dije, palideciendo un poco:

—Le he salvado a usted la vida por lástima y por una especie de espíritu deportivo, que yo mismo comprendo mal... Pero no quisiera desvirtuar la decencia de mi conducta... Fíjese que no digo «el mérito»... No quiera usted envilecerme... Tengo alguna experiencia de la vida y sé que esta actitud mía no la agradecerá usted ni acaso la comprenda nunca... Creeré de mí que soy indiferente a las mujeres o que tengo—como dicen los franceses—«dos pies niquelados»... No importa... Cuando pase algún tiempo quizá me haga usted justicia...

Con una expresión de curiosidad asombrosa me miró Placidia largamente. Su evidente incompreensión la empuñó ante mis ojos. Cambió la expresión de su mirada y el timbre y la dignidad de su elocución cambiaron también.

—¡Gentil, petit espagnol!—dijo con un acento trivial, mecánico—. ¡Gentil Don Quichotte! ¡Adieu! Me echó un beso con la mano y salió del cuarto.

VII

EPILOGO

Nada más—concluyó Latorre—. Los detalles finales no interesan. La espía fué entregada a las autoridades rumanas, que, avisadas por mí, fueron a detenerla al hotel. No debió de prolongarse mucho la prisión, porque poco después, ya en España, recibí una postal dirigida a mi número de teléfono. Venía de los Estados Unidos y tenía el sello de la censura americana. Contenía sólo tres palabras: «Libertas. Gratitud. Placidia.»

Al volver a Viena el embajador me transmitió el orden de Madrid de presentarme inmediatamente en el Ministerio. Oyé una relación detalladísima de todo lo ocurrido en Bucarest y pronunció: «No tiene importancia.»

Ya en la plaza de Santa Cruz...

Al llegar aquí el doctor Martínez Vallín interrumpió bruscamente el relato.



—Bien, bien, amigo don Fausto... No me hable de la plaza de Santa Cruz... Ya supongo que se arreglaría todo... Vamos a lo nuestro..., a lo que a mí me interesa... Por algo ha traído usted a colación esta historia cuando hablábamos de las acciones y de los móviles... Tiene usted que dejar que se le psicoanalice..., que se le desnude, como hicieron los aduaneros con la bellísima «Ranavali»... Hay que reconocer que en este respecto la conducta de usted fué casi heroica... Porque la tal Ludmila era una real moza, una belleza excepcional, deslumbradora... Y éste es un extremo importante... Veamos ahora... Cuando usted se negó a entregarla obedeció a un impulso de repulsión que le impidió asociarse a un crimen populáico, ¿no es eso? Y a un sentimiento de profunda lástima ante la idea de «lanzar a la muerte a una criatura humana en la flor de la juventud y de la vida»... Algo así creo que ha dicho usted... Flotaban esos sentimientos en su espíritu... Juntos constituían el móvil oficial, el aparente... Pero vamos al otro, al que actúa sin dar la cara, al que mueve y dirige la conducta desde el fondo de la conciencia, desde el «sótano»... Si esa mujer, en vez de ser «deslumbradoramente hermosa», hubiese sido una vieja o una harpía mal encarada, ¿le habría usted salvado la vida, con riesgo de su carrera y de su fama? Ese impulso generoso que le impidió «darse las manos», que usted, en efecto, experimentó, pero que, a mi juicio, no fué el que decidió su conducta, ¿la habría dirigido por los mismos rumbos—azarosos y peligrosos—en el caso de una mujer vulgar, de una mujer fea, corriente, de esas que se ven a miles por la calle?

Latorre vaciló un momento. Luego dijo:
—No me atrevo a contestar.

Vallín sonrió maquiavélicamente.

—¿Lo ve usted, querido don Fausto? No sabemos lo que somos... No somos lo que parecemos... Mejor dicho—remató—, ¡no somos nada!

(Dibujos de Santo Molero.)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA HISTORIA DE AXEL MUNTHE

Por Gustaf Munthe y Gudrum UEXKÜLL

The Story of
**AXEL
MUNTHE**



GUSTAF MUNTHE
and
GUDRUN UEXKÜLL

En febrero de 1949, a los noventa y un años, falleció en el palacio real de Estocolmo Axel Munthe. Su figura literaria, su leyenda, le han sobrevivido. La «Historia de San Michele», que extendió la órbita de su influencia magnética indefinible a millones de lectores, se vende hoy, en su 75 edición, más rápidamente aún que en la primera, allá por el año 1929.

Acaba de publicarse en Inglaterra —y resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL— «La historia de Axel Munthe», escrita por su primo, el doctor Gustaf Munthe, y por su buena amiga la baronesa Gudrun Uexküll. La traducción al inglés de la primera parte —escrita en sueco— ha sido hecha por Malcolm Munthe, el hijo del propio biografiado. El original alemán de la baronesa ha sido vertido al inglés por lord Sudeley.

Comprende episodios de su vida, desde la infancia hasta la muerte. Es un libro escrito con cariño y lleno de detalles íntimos inéditos, que nada añade fundamentalmente a lo que todos imaginábamos de la vida y la personalidad de Axel Munthe. En una bella e indescifrable mezcla de realidad y fantasía se había retratado ya magistralmente el autor en «La historia de San Michele». Conocíamos los rasgos peculiares del alma generosa del médico, activo y emprendedor en su lucha contra el mal, como un San Miguel revestido de brillante armadura, y del hombre humilde y sencillo, enamorado de la belleza de Dios y sus criaturas, como un Francisco de Asís envuelto en harapos.

Ni siquiera es necesario, al hacer el resumen, seguir paso a paso las peripecias sabidas de su vida en París, Italia, Suecia y el resto de Europa. Pero esta biografía nos sirve —eso sí— para demostrar el estrecho paralelismo entre el hombre y su mito, cómo su leyenda se basa de manera primordial en los hechos de su vida singular.

(«The Story of Axel Munthe», por Gustaf Munthe y Gudrun Uexküll.—Editado por John Murray, Londres, julio 1953.—217 páginas.—18 chelines.)

LA CASA DE LOS MUNTHE

AXEL Munthe procedía de una importante familia flamenca hacendada desde la Edad Media en la localidad de Munte, pequeña aldea situada a cinco kilómetros de Gante, que todavía conserva su nombre. El último miembro católico de la familia, Adam, fué general del Ejército imperial de Carlos V. Su hijo, Ludovico, protestante, tuvo que escapar a Lübeck, y en 1580 se estableció como comerciante en Copenhague. El hijo mayor de Ludovico fué obispo protestante de Bergen, en Noruega. Con la cesión de la provincia de Scania a Suecia, la familia adoptó la nacionalidad sueca.

Su padre, Martin Arnold Frederick, en su corta vida encontró tiempo para casarse dos veces. El primer matrimonio duró sólo un año y terminó

en divorcio. Luego se casó con Luisa Aurora Ugarsky, que le dio tres hijos: Ana, que destacó como pintora de estimable talento; Arnold, que se hizo oficial de Marina, recorrió todo el mundo y escribió importantes obras de técnica e historia naval, para terminar siendo famoso como autor teatral, y el pequeño, Axel, nacido en Oskarshamn, en Suecia, el 31 de octubre de 1857.

Por las epístolas familiares se adivina el ambiente cristiano del hogar de los Munthe. En 1870 su madre escribió la siguiente carta, que habían de leer los hijos después de su muerte:

«Ana, Arnold y Axel: Leed estas líneas y recordadlas. Os doy las gracias por las alegrías que me habéis proporcionado. Manteneos siempre vigilantes y pedid a Dios que os ayude. No dudéis nunca de la existencia del Salvador. Perdonadme si a veces he parecido demasiado severa con vosotros. Fué por cariño. Las terribles historias que me contaban sobre la vida y sus tentaciones me hacían temer por vosotros. No hiráis nunca los sentimientos de los demás. A la larga redundaría en perjuicio vuestro. Sed amables, no seáis impacientes, criticad a vosotros mismos más que a los demás. No hagáis una montaña de un montoncillo de arena y vivid en paz dandoos buenos consejos y aceptándoos con gratitud. Procurad ser siempre tan buenos como vuestras palabras.

Vuestra madre que os ama aún después de muerta, Aurca Luisa Munthe.»

JUVENTUD

Axel Munthe empezó sus estudios, en 1874, en la Universidad de Upsala. Dos años más tarde era Licenciado en Filosofía de la Medicina. Entrenó el pecho; fué enviado luego a la Riviera francesa a pasar el invierno. Nadie esperaba que sobreviviese a su terrible enfermedad. En Menton, donde reposaba, se hizo amigo de un famoso ginecólogo, el catedrático Courty, que le llevó a sus laboratorios de Montpellier. Unos meses más tarde, bastante restablecido, se matriculó en aquella Universidad francesa. Al año siguiente le enviaron a París a completar sus estudios y en agosto de 1880 obtuvo el doctorado en la Sorbona. Su tesis doctoral causó sensación, aunque no precisamente porque su trabajo tuviese un mérito extraordinario. Durante la disertación, el presidente del tribunal expresó su sorpresa por la temeridad del joven extranjero, que pretendía hacerse doctor en París con una tesis en la que citaba preferentemente a médicos extranjeros, incluso varios alemanes. Presa de un incontenible acceso de indignación, Munthe gritó: «Señores, yo no he venido aquí para cantar vuestros elogios. No alcanzo a comprender cómo la rivalidad política internacional puede formar parte de la ciencia ginecológica.»

Aquel año murió su madre en Suecia. Con el poco dinero que le correspondió de la herencia se compró el instrumental más necesario. El 24 de noviembre del año siguiente se casó en Estocolmo con la joven de diecinueve años Ultima Hornberg. El matrimonio había de durar ocho años, al cabo de los cuales se divorciaron. El mismo reconoció en algunas cartas que no era muy apto para la vida de familia.

Interrumpió voluntariamente su luna de miel en

Capri al estallar allí una epidemia de tífus, durante la cual trabajó con denuedo para aliviar a los enfermos, lo que le valió una condecoración del rey de Italia y para toda la vida la gratitud y el cariño de los isleños.

Tres años después volvió a consagrar sus desvelos a Italia en momentos de aflicción. Como cuenta él mismo en «La historia de San Michele», prestó sus servicios gratuitos durante el cólera que asoló Nápoles.

SAN MICHELE Y LA TORRE DE MATERITA

La mayor parte de las personas construyen alguna vez sus castillos en el aire, en lugares imaginarios, donde confluyen las cosas que más amamos en la vida. Son pocos, sin embargo, los que ven el sueño convertido en realidad, los que logran que su castillo sea habitable, como le ocurrió a Axel Munthe en Capri.

En esta edad del turismo organizado, Capri difiere mucho de la isla que conoció Munthe en medio de la pestilencia. Pero aun hoy, prescindiendo de los turistas, sus habitantes verdaderos son los humildes pescadores, entre los que el doctor había de hacer verdaderos amigos desde el principio hasta el fin.

Lo que no entendieron nunca los isleños fué la actitud de su querido doctor respecto a los animales. Su campaña contra la caza con redes de los pájaros emigrantes, que se posaban a descansar en la isla, le valió no pocos disgustos y algunas enemistades. Esta tradicional caza era considerada allí como un don de Dios a los fieles de Capri, lo mismo que los peces del mar, que también cogían en redes.

San Michele adoptó su nombre de la antigua capilla en torno a la cual construyó su casa, en uno de los emplazamientos más bellos del mundo. En las más empinadas pendientes de Capri, con la encantadora aldea de Anacapri al sur, era como un nido de águilas colgado de rocas volcánicas, con sus ventanas blancas y enmarcadas de columnas mirando a la bahía de Nápoles.

Mucho antes de que San Michele estuviese terminado, Axel Munthe se estableció como médico en Roma, en el marco maravilloso de la plaza de España. Desde allí hacía continuos viajes para dirigir las obras de su castillo en el aire. En el transcurso de los años fué reuniendo un verdadero tesoro artístico para su retiro isleño. Antes de terminar la obra se había hecho ya famosa. Su relación con la corte de Suecia contribuyó también a ponerle de moda y a turbar su paz. Su casa se convirtió rápidamente en punto de atracción turística y social. Por entonces perdió un ojo y el otro le quedó gravemente enfermo. No podía soportar la luz, y el sol que tanto amaba de San Michele le resultaba intolerable.

Entonces se instaló en las pendientes del sudeste de Capri, en la fortaleza medieval de Materita, en una zona umbría rodeada de olivos. Cuando Axel Munthe estableció su hogar en la vieja fortaleza dió prácticamente por terminada su vida. Estas fueron sus propias palabras: «He perdido la batalla. He tenido que abandonar San Michele, la obra de mi vida. Lo construí piedra a piedra con mis propias manos y el sudor de mi frente. Quise construir un santuario al sol, buscar el conocimiento y la luz del astro. Una y otra vez me advirtió el fuego de los ojos que no era yo digno de vivir allí, que mi puesto estaba en la sombra, pero no hice caso. Como los caballos que vuelven a su cuadra incendiada para perecer en las llamas, volví allí, un verano tras otro, a la luz cegadora de San Michele. Ahora he aceptado ya mi destino. Soy demasiado viejo para luchar contra el dios sol. Me he retirado a mi fortaleza de la antigua torre, donde pienso ofrecer la última resistencia.»

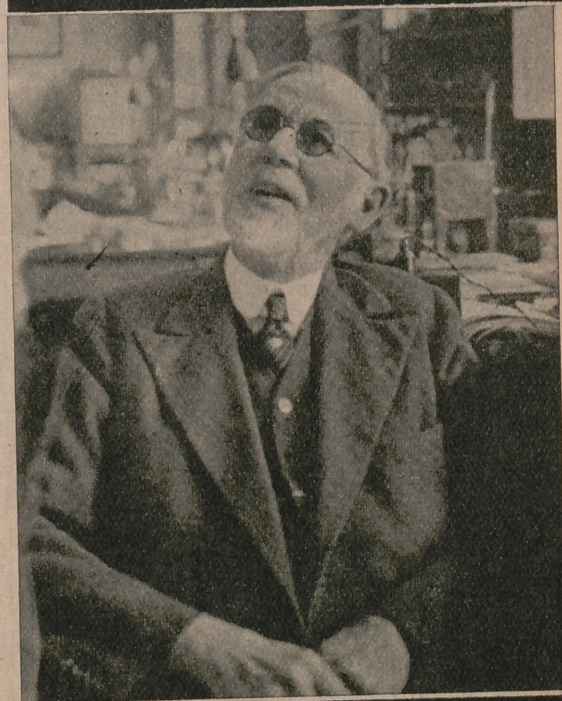
EL MEDICO DE LA REINA

La vida de Axel Munthe estaba destinada a ser un cúmulo de paradojas. En su juventud fué un hombre de ideas radicales. Terminó viviendo cada vez más en el círculo de la realeza y de la etiqueta cortesana. El médico desinteresado, el amigo de todos los pobres, tuvo la clientela más rica y elegante de Europa.

Cuando, después de muchas vacilaciones, aceptó el cargo de médico de cabecera de S. A. R. la princesa Victoria de Suecia, puso la condición de que S. A. habría de consentir ser tratada como



El pequeño puerto pesquero de la isla de Capri. En esta bella isla Axel Munthe pasó la mayor parte de su vida.



Fotografía de Axel Munthe, obtenida en Londres durante su estancia en el año 1938.

cualquier otro paciente. Naturalmente, este deseo de Munthe no pudo cumplirse exactamente, sobre todo cuando la princesa se convirtió en reina de Suecia. Su carácter despreocupado y su odio a los convencionalismos hizo de él el «enfant terrible» de la corte, querido y respetado, sin embargo, por todos.

«CIVIS BRITANICUS»

En 1907, Axel Munthe volvió a contraer matrimonio, con Hilda, la única hija de John Pennington Mello, de Beeston. Hicieron el viaje de

novios por Dinamarca y Suecia, tierras nuevas para ella. Luego fijaron su residencia en la plaza de San Jaime, en Piccadilly, en Londres.

Este matrimonio sirvió para reforzar los lazos que unían a Axel Munthe con Inglaterra. Sus más viejos amigos eran ingleses, e incluso durante su estancia en París escribía en inglés. Al empezar la primera guerra mundial sirvió en una unidad británica de la Cruz Roja, en Francia. Sus hijos se educaron como ingleses, y él mismo adoptó la ciudadanía británica.

MUNTHE, LOS PAJAROS Y EL FASCISMO

Tiene fama mundial de compañía de Axel Munthe en favor de los pájaros. En su prefacio a la edición italiana de «La historia de San Michele» expresaba la esperanza de lograr frutos en su cruzada: «Ojalá se cumpla mi más ardiente deseo: oír en esta tierra milagrosa el canto de los pájaros unido al feliz tañido de las campanas de Asís.»

Mussolini fué virtualmente el único hombre de Italia que le apoyó. Le encantó «La historia de San Michele» y quiso conocer al autor. Poco después de la entrevista, el Duce decretó que toda la isla de Capri quedaría convertida en un santuario para los pájaros, que estaría totalmente prohibido darles caza. Munthe no cabía en sí de gozo. En una carta al diario «The Times», publicada el 17 de enero de 1933, decía, entre otras cosas:

«Mientras escribo estas líneas un pajarillo canta al pie de mi ventana con todas sus fuerzas («La Giovinezza»), el himno fascista:

*Giovinezza, Giovinezza
Primavera di bellezza,
Il fascismo é la salvezza
Dela nostra libertá.»*

«LA CRUZ ROJA Y LA CRUZ DE HIERRO»

Un hombre de acción y sentimiento como Axel Munthe no tenía más remedio que reaccionar con vehemencia ante los acontecimientos. Incluso en política, sus actitudes estaban determinadas más por el sentimiento espontáneo que por el frío razonamiento. Un tema que nunca pudo juzgar objetivamente fué la política alemana. Estaba lleno de prejuicios y se lanzaba a hipotéticas formulaciones sobre el «carácter alemán».

Pero al fin de su vida lamentó la pasión con que escribió su libro «La Cruz Roja y la Cruz de Hierro», sobre sus experiencias por los hospitales de guerra de Francia y Bélgica. Llegó a prohibir la reedición de la obra y trató de enmendar la falta aportando su dinero para una fundación en beneficio de los ciegos de guerra alemanes.

EL HOMBRE

Antes de que se pusiera de moda tener un álbum de poesías, existía la costumbre de enviar a los amigos un cuestionario, que habían de contestar con sinceridad. Era como una especie de confesión, por juego. En Inglaterra se llamaban estas colecciones «Libros de Confesión». En cierta ocasión, Axel Munthe respondió a uno de estos cuestionarios de la siguiente forma:

1. «¿Qué cualidad humana estima más?
«El valor.»
2. «¿Qué faltas le cuesta menos trabajo perdonar?»
«Todas.»
3. «¿Qué es lo que más ayuda al hombre a subir?»
«El descaro.»
4. «¿Qué considera usted la mayor suerte en la vida?»
«Morirse de repente, sin ningún doctor alrededor.»
5. «¿Qué es lo que más echa de menos en la vida?»
«El sentido del humor.»
6. «¿Cuál cree usted que es la actual tendencia de la civilización occidental?»
«Si su objetivo es puramente materialista, entonces lleva un camino equivocado.»
7. «¿Cuál cree usted que es el invento más importante en la historia del hombre?»
«El vino, "El divino liquore", de Leonardo de Vinci.»

8. «¿Pertenece usted a alguna religión? ¿A cuál?»

«Creo en Dios, pero dudo de la inmortalidad del alma.»

9. «¿Qué cree usted que es esencial para un matrimonio feliz?»

«La capacidad para perdonar.»

10. «¿Qué figura histórica admira más y por qué?»

«San Francisco de Asís.»

11. «¿Cuál es su divisa en la vida?»

«Vivir peligrosamente y confiar en la vida.»

Respecto al éxito mundial de su libro «La historia de San Michele», él mismo confesó su ascenso. Afirmaba que lo había escrito demasiado de prisa. «Ni por un momento pensé que podía llegar a ser tan popular. De lo contrario habría escrito un libro mejor.» Con frecuencia añadía: «Podía haber escrito más capítulos y haber mejorado la obra. Pero primero la escribí y luego la planeé.»

Era sincero en su crítica, y el único capítulo que de verdad no le parecía malo era el último, en el que se describe a sí mismo, afrontando el «Día del Juicio».

SU TESTAMENTO

Hacia el final de su vida estuvo preocupado por el futuro de San Michele. Refugiado en el palacio real de Estocolmo, sus conversaciones con el rey Gustavo le pusieron al corriente de las actividades del Instituto Sueco de Arte de Roma. Le atraía la idea de regalar San Michele a esta institución. Decidió dejársela al Estado sueco en su testamento. En este documento, fechado el 6 de noviembre de 1948, se dice lo siguiente:

«Cedo mi propiedad llamada "San Michele", en Anacapri, con todas sus tierras, edificios y objetos, al Estado sueco para fomentar el incremento de las relaciones culturales entre Suecia e Italia. Es mi deseo y esperanza que el Estado confíe esta donación al Instituto Sueco de Roma para que lo use en el cumplimiento de sus fines. Confío en que pueda servir, por ejemplo, de residencia a estudiantes, artistas, arqueólogos, periodistas u otros huéspedes suecos que compartan mis sentimientos hacia Italia y la civilización clásica. Confío en que al introducir las necesarias modificaciones en San Michele se tendrá en consideración el bienestar de las personas que actualmente cuidan de la propiedad.»

EL FIN

«Sólo cuando haya muerto dejaré deirme muriendo, porque la vida para mí es ahora tan sólo un lento proceso de muerte. Me voy muriendo durante las noches sin sueño, afanándose por respirar, sobresaltado por imágenes morbosas. Me voy muriendo al suceder un día melancólico u otro. Los amigos me visitan y me animan durante un rato, pero cuando se marchan es como si la muerte, que ha sido un testigo mudo durante todo el tiempo, viniese a sentarse frente a mí sin decir una palabra. La muerte ha entrado en mi habitación por la ventana y se ha quedado en ella como invisible ocupante; la muerte me ha seguido toda la vida y ha influido en todas mis acciones, exhortándome gentilmente a aprovechar el tiempo, a explotar los días que todavía eran míos. Así, durante muchos años, la muerte ha marchado junto a mí y ha sido mi constante compañera. Ahora confieso que me asusta menos que cuando era joven. Lo único que temo ya es el proceso mismo de morirme, la perspectiva de una sucesión de días y noches de creciente sufrimiento.»

Axel Munthe dictó estos pensamientos desde el gran sillón de su habitación del palacio de Estocolmo. Su lucha con la muerte fué patética. No ocultaba a los amigos cada paso que daba en el camino de la decrepitud, y que sabía valorar como médico. Se mantuvo firme hasta el fin. Al empezar el Año Nuevo de 1949 su asma se convirtió en inflamación de los pulmones, arrebatándole sus últimas fuerzas, mientras le abandonaba el deseo de vivir. Cedió la enfermedad y recuperó el humor, pero era el último esfuerzo. El 11 de febrero, a las tres de la tarde, dejó de existir. La muerte vino como un amigo. La larga agonía que había temido no se presentó. Al final, a pesar de la enfermedad, de la fatiga, su rostro reflejaba una expresión de confianza que resaltaba aun más la dulzura infantil de sus rasgos.

LA POESÍA MAYORITARIA

DE vez en cuando el problema siempre planteado y frecuentemente aludido de minoritarismo o mayoritarismo de las creaciones artísticas y literarias se encrespa y se discute apasionadamente. En una ocasión interviene ya en una discusión planteada a este propósito. Ahora, con motivo de las opiniones de los propios poetas que integran la *Antología consultada de la joven poesía española*, veo hasta qué punto el problema sigue en pie, y, a lo que parece, sin solución satisfactoria, ya que es frecuente que los propios poetas que declaran dirigirse a las mayorías o quemarse en los problemas sociales de nuestro tiempo no son leídos por esas mayorías a que se dirigen, y cuando los leen se despegan de su poesía por encontrarla ininteligible, prosaica o simplemente no ajustada a lo que, más o menos oscuramente, piensan que debe ser la poesía.

Es casi inevitable, para todo el que se ha movido en el movimiento cultural de este siglo, contrastar estas opiniones con las de otra Antología famosa por su declarada —y certera— parcialidad: la que en 1932 publicó Gerardo Diego. Sin duda ocho poetas opinantes, en esta de veinte años después, son un número muy reducido para fundar sobre él una conclusión de tipo general; pero en esas ocho declaraciones —falta la de Vicente Gaos— se encuentra, sin duda, la dirección o aspiración predominante de la joven poesía. Esto es lo que ha subrayado José Luis Cano en una *Carta de España: Viraje de la poesía*, publicada en el número 1 de la revista portorriqueña «La Torre». La nave poética ha virado hacia lo social y mayoritario de las nuevas declaraciones.

Advierto, sin embargo, que esta dirección no es clara más que en dos o tres poetas; los demás, y aun alguno de éstos, aparecen en estrecha continuidad con la aspiración «humana» de la generación poética anterior.

Ciertamente que en *Poesía española, 1915-1931*, hay posiciones individualistas extremas, como la expresada en las amargas palabras de Luis Cernuda: «No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aun pudiera esperar algo, sólo sería morir allí donde no hubiese penetrado aún esta grotesca civilización que envanece a los hombres». Cernuda se sitúa aquí en una «desesperación original» más profunda y acaso más auténtica que la popularizada por Sartre. Pero en la nueva *Antología consultada* no falta, aunque sin desesperación ni amargura, la posición individualista —que no quiere decir antihumana—, en la que se declare, como hace Carlos Bousoño, que lo que el poeta expresa en su poesía y ha expresado siempre es su propia «realidad interior».

Ya en una carta de Jorge Guillén, recogida en la primera antología, éste se decide no por la poesía pura o simple, sino «por la poesía compuesta, compleja, por el poema con poesía y otras cosas humanas». Vicente Aleixandre ha declarado dirigirse siempre a la mayoría, catar lo elemental y permanentemente humano y ha caracterizado la poesía, ante todo, por su «comunicabilidad». Esta dedicación al hombre, a todo hombre, sin fronteras de clases, es la que predomina en los jóvenes poetas. Eugenio de Nora es, a mi juicio, el que lo expresa de un modo más claro y completo: «Se discute mucho ahora sobre la «poesía social». Es ridículo. Toda poesía es social. La produce, o mejor dicho, la escribe un hombre (que cuando es un gran poeta se apoya y alimenta en todo un pueblo), y va destinada a otros hombres (si el poeta es grande, a toda su pueblo, y aun a toda la humanidad). La poesía es «algo» tan inevitablemente social como el trabajo o la ley. Y entonces, ¿cómo no?, en principio, no sólo para la mayoría, sino para todos, para todos, sin excepción». Cuando Nora pide que la poesía sea necesaria, esto es, que «brote igual que el hambre, la ternura o el grito», lo que reclama es esa *autenticidad*, que era ya para Salinas, en la otra Antología, el valor supremo: «Estimo en la poesía —decía—, sobre todo, la autenticidad. Luego, la belleza. Después, el ingenio».

Gabriel Celaya y Victoriano Crémer son los que

más decididamente consideran a la poesía como «un instrumento para transformar el mundo», como dice el primero. «La poesía no es neutral —añade— ni nuestra». Debe, «siempre de espaldas a la pequeña burguesía semioculta, buscar contacto con unas desatendidas capas sociales». Aquí, por mayoría parece entenderse una clase social determinada. Lo que supone una exclusión: ya la poesía no se dirige a todos los hombres. Falta saber si esas nuevas capas sociales reciben como poesía ésta que se dirige a ellas. Por ahora resulta fácil que cualquier mayoría lea, con gusto poesías sin metro ni rima, cualquiera que sea su excelencia, ni tampoco poesía «prosaica». Esto no niega su valor, ni su interés actual: se limita a registrar un hecho. La poesía de aspiración mayoritaria es leída hoy sólo por las «minorías poéticas» y se publica en las mismas colecciones minoritarias que cualquier cosa. Por eso me parece muy puesta en razón la restricción que hace Rafael Morales: «siempre cuidado de ser comprendido, a lo menos, por una mayoría relativa. Jamás se ha hecho arte para las gentes de gustos no refinados». Y, justamente, los «Poemas del toro» o los contenidos en «Los desterrados», es fácil que sean gustados por gentes de muy diversa condición.

Crémer, que hace alusión expresa a la «comunicación» aleixandrina, considera que «esgrimirse sobre un canto rodado al sol del estío por el placer interior afán de lanzar gorgoritos rítmicamente, mientras el hombre a secas trabaja, sufre y muere, es un delito». Si se quiere decir que ese canto ha de cantar «algo», estoy conforme; pero no, si se entiende que sólo se ha de cantar la angustia del hombre a secas. Porque ese hombre también ama y se alegra; y cuando sufre, acaso lo que necesita sea, justamente, un canto de alegría, de afirmación del ser y de la vida. Tan justificado por lo menos aparece este cántico como el de la alondra, mientras otro animal es cazado o devorado. Tristezas y alegrías se integran en la vida humana, y tan legítimo es cantar unas como otras, si la poesía ha de dirigirse al hombre entero y a todos los hombres. «El hombre que hay en el poeta —dice José Hierro— cantará lo que tiene de común con los demás hombres, lo que los hombres todos cantarían si tuviesen un poeta dentro». Pero eso que el poeta pone de humano lo pone en la música captada, que es la que «nos convence de que está vivo».

Como puede verse, el concepto «poesía mayoritaria» es equívoco. Puede significar: dirigirse a la mayoría de los hombres o a determinados grupos sociales, considerados como mayoritarios. De hecho, aunque la poesía se dirija a todos los hombres, no es fácil que sea por todos escuchada; habrá que contentarse con esa «relativa mayoría» de Morales. «Bien sabemos —escribe Blas de Otero— lo difícil que es hacerse oír de la mayoría. Tal vez hoy como nunca es necesaria una poesía de acuerdo con el mundo. Pero, quede bien entendido: sin admitir nada negativo ni desorientado».

La «dirección», en suma, no parece dar su valor a la poesía. En todas las direcciones aparece poesía y no poesía. Y el pasado muestra que cuando la poesía ha sido de veras popular, lo ha sido sin pretenderlo. Los románticos podaron la mitología neoclásica convencional, que no era entendida, y compusieron romances y canciones, que por decir «lo suyo» decían «lo de todos». La poesía, para alcanzar a muchos hombres, requiere cierta difícil sencillez y, acaso, poder ser aprendida de memoria.

Puede tener, como señala Valverde, un fondo metafísico. Ya Salinas decía que era «una aventura hacia lo absoluto», y Dámaso Alonso la definía como «un fervor y claridad», un deseo «de unión con la gran entraña del mundo y su causa primera», que podría ser así alcanzada y comprendida de «un modo intenso y no usual». No aparecer en la reciente antología estas referencias tan explícitas a lo trascendente, pero el hombre y su vida en el mundo —que se sitúan centralmente— lleva aparejada esa dimensión trascendente aunque no se destaque o aunque se ignore.

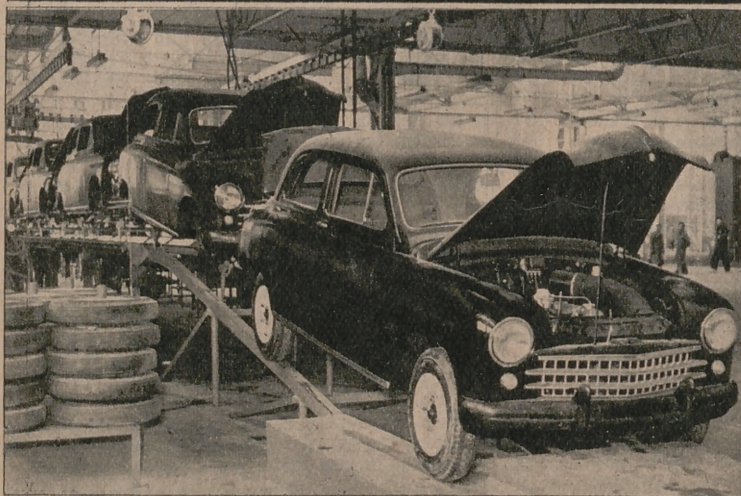
Eugenio FRUTOS

LA INDUSTRIA AUTOMOVILISTICA EN ESPAÑA



“PEGASO” NO ES UN MITO

HISPANOAMERICA POSIBLE CAMPO DE EXPORTACION



Arriba: Un obrero soldador trabaja sobre las enormes vigas del chasis que deberá soportar 5.500 kilos que pesa el autocamión, más las nueve toneladas de carga.—Abajo: Al final de la pasarela son acopladas las ruedas de estos «Pegasos 1.400»

HENRY Ford dijo una vez—lo cuenta Wifredo Ricart, consejero delegado de la E. N. A. S. A.— que en Norteamérica no tenían muchos coches porque fuesen ricos, sino que, precisamente, eran ricos porque tenían muchos automóviles.

Para nosotros, pretender vivir ahora con motores de 1930 es tan difícil como querer encontrar los cientos de millones de pesetas oro que harían falta para sustituir en este instante todos aquellos vehículos cuyo tiempo activo de vida hace mucho tiempo que ha pasado.

En 1946 el Instituto Nacional de Industria creó la Empresa Nacional de Autocamiones para la fabricación de camiones pesados, renovando y poniendo al día las instalaciones de la antigua «Hispano Suiza». Poco tiempo después aparecieron nuevas marcas de automóviles y motocicletas, y últimamente se constituyó en Valladolid, para la producción de coches en serie, la entidad Fabricación de Automóviles, S. A., completando este ciclo la gigantesca factoría barcelonesa de la S. E. A. T.

lanza al mercado los modernos «1.400», diseñados por la «Fiat», con un ritmo de 10.000 a 20.000 unidades anuales.

Este es el actual panorama automovilístico español. Vamos a darnos una vuelta rápida, a casi cien kilómetros por hora, y podremos contemplar algunas de sus estructuras.

EL «PEGASO», HERMANO MAYOR DE LA FAMILIA

De toda esta familia automovilística española, el «Pegaso» fué el primero que vió la luz de las carreteras. Hoy, cuando los conductores quieren avisar la cercanía de un camión pesado, dicen:

—¡Cuidado, que por allí viene un «Pegaso»!

El «Pegaso», en la ruta de asfalto, con todas sus luces de posición encendidas, parece una superfortaleza volante que estuviere tomando posiciones para aterrizar.

Junto a estas características externas están las propiedades íntimas, las calidades que diría un pintor.

La calidad nace en el riguroso control científico a que es sometido todo el material que entra en las fábricas: análisis de materias primas, de tierras de fundición, de productos intermedios, aceros, aleaciones y piezas acabadas.

Para las matrices, un laboratorio de metrología mantenido a una temperatura constante de veinte grados, cuida de la precisión de las medidas con aparatos que registran variaciones del orden de la diezmilésima de milímetro.

En la sala de espectrografía y rayos X se investiga el porcentaje de elementos contenidos en las aleaciones. Una chispa de 15.000 voltios volatiliza el metal. A los doce minutos está lista la placa fotográfica para su examen por un detector de célula fotoeléctrica.

Como resultado de este rigorismo científico se ha conseguido reducir el número de piezas defectuosas de fundición a tan sólo un tres por ciento, cifra rara vez superada ni por las mejores fábricas extranjeras.

EL MOTOR DEL «PEGASO» SE MONTA EN CUARENTA HORAS

Este control mecánico ejercido en los talleres de la E. N. A. S. A. ha dado como resultado un gran adelanto en el montaje de los motores. Mientras que en la antigua Hispano Suiza y en los dos primeros años de funcionamiento de la E. N. A. S. A. se tardaba en montar un motor nada menos que cuatrocientas horas, hoy la misma operación se realiza en el inferiorísimo tiempo de cuarenta.

Una vez listo el motor es sometido a verificación de los inyectores, y si todo está conforme, a la prueba general de marcha. Desmontado, reajustado y vuelto a montar varias veces, una vez comprobada la curva de potencia, pasa al bastidor. Ya terminado, el nuevo autocamión realiza una última prueba, por carretera, con carga de ocho toneladas.

A la vuelta está ya dispuesto para la entrega.

LAS MUJERES NO PUEDEN VISITAR LAS FÁBRICAS DE AUTOMÓVILES

Cuando los alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid y Barcelona realizaron una visita a la factoría barcelonesa de la E. N. A. S. A., se encontraron con que las señoritas alumnas debían de esperar en los despachos a que sus compañeros masculinos recorriesen los talleres.

—Es una medida de precaución tradicional—explicó el director comercial, señor Castellar—. Las mujeres, y más si son bonitas, distraen a los trabajadores. Todo nace cuando una famosa artista cinematográfica visitó en Detroit las fábricas Ford. Como la cadena no suele ser parada durante el tiempo de trabajo, se perdieron unos minutos preciosos en la contemplación, descarada o semioculosa de la estrella. Aquello costó 30.000 dólares de pérdida a la empresa norteamericana.

SI LOS CABALLEROS QUIEREN VISITAR LA FABRICA, TAMBIEN TIENEN DIFICULTADES

Cada camión «Pegaso-Diesel» precisa 40.000 operaciones completamente planificadas y controladas hasta en el más pequeño detalle. Sección máquina, operario, útiles que se emplean, tiempos de preparación y fabricación, etcétera, dan como resultado tres o cuatro unidades diarias dispuestas a salir a la conquista del mercado.

Estas operaciones, que no pueden ser contempladas por mujeres, tienen también sus dificultades de visión para los caballeros.

Si un caballero tiene algo que hacer en la fábrica y va en su automóvil, comenzarán por advertirle que debe dejar el vehículo aparcado en la plazoleta de entrada, donde se lo cuidarán los porteros. Después, llenará un cartón con su nombre y con el de la persona o sección objeto de la visita. Cuando todo esté comprobado podrá pasar, llevando la contraseña en sitio bien visible, sin desviarse del camino ni quedarse en otra dependencia. Una vez terminado el asunto, saldrá rápidamente por el mismo camino que anduvo antes y llegará hasta la puerta, donde entregará el pase y recuperará su coche. De esta manera no hará colas ni antesalas ni distraerá a los empleados y trabajadores de la E. N. A. S. A.

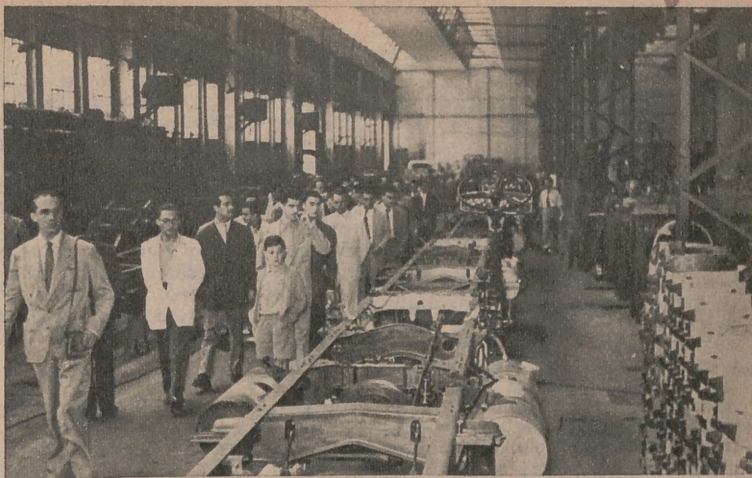
EL «PEGASO» DE TURISMO HA ALCANZADO EN CARRETERA LA VELOCIDAD DE 226,415 KILOMETROS POR HORA

El coche «Pegaso» de turismo, modelo deportivo, tiene una carrocería biplaza, de fantástico aspecto de monstruo deslizante.

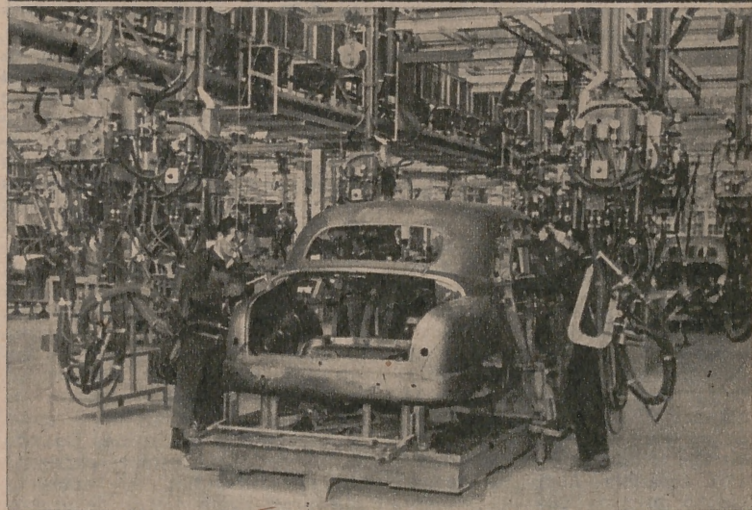
Luego, en la carretera, se verá que las velocidades corresponden a uno de esos meteoros alados que cruzan los espacios dejando tras de ellos una estela de humo.

En la carretera de Barcelona a Ribas, concretamente, entre Tona y Vich, se han realizado estas pruebas de velocidad con dos modelos de los de la E. N. A. S. A.

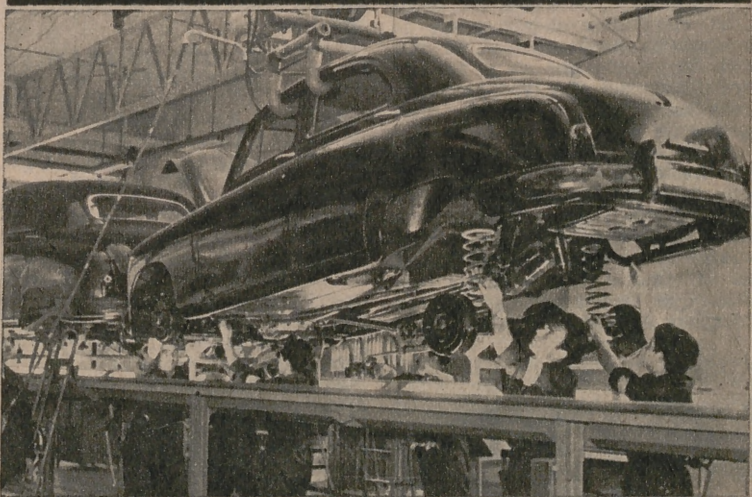
El príncipe Metternich, pilotan-



Los alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid y Barcelona visitan la factoría barcelonesa de E. N. A. S. A.



Entre bosques de poleas, tubos, aparatos eléctricos y viguetas, los coches cruzan el camino de la «cadena» instalada en la S. E. A. T.



La carrocería, pintada y abrigantada, es llevada por el aire, en un viaje de 200 metros, hasta la línea final. Cinco obreros montan el motor, los ejes, amortiguadores y diferencial

do un coche «Spyder», con motor de 2.814 c. c. y un compresor de baja, se lanzó por la carretera a la estupenda velocidad de más de 220 kilómetros por hora.

Un rato después, un bolido bitorpedo de la casa «Pegaso», de 2.462 c. c. y dos compresores de

baja, conducido por Celso Fernández, alcanza exactamente la marca de 226,415 kilómetros por hora.

—Las gruesas hileras de árboles se nos presentaban como barreras poco acogedoras, a las que podríamos ir a parar en el más mínimo fallo del pulso o de los

instrumentos—dijeron al descender los conductores—. Pero el «Pegaso» ha respondido.

EN DOCE MESES NACIO LA S. E. A. T.

En la cuenca baja del Llobregat, ocupando lo que antes eran tierras de cultivo, se alzan las gigantescas instalaciones de la Sociedad Española de Automóviles Turismo.

En febrero de 1952 todavía no se veía ninguna viga ni ningún ladrillo. Hoy, dos enormes naves de fabricación y otra de dirección y oficinas, con una superficie total de 95.000 metros cuadrados están completamente terminadas. Don José Ortiz Echagüe, presidente de la sociedad, con el incansable y firme apoyo del señor Suanzes—creador y alma del I. N. I.—fué levantando, paso a paso, y firmemente dos enormes talleres de 40.000 metros cuadrados cada uno, con gran cantidad de máquinas nuevecitas, con docenas de ingenieros y con centenares de obreros. Así, en doce meses, casi por arte de magia, nació la S. E. A. T.

LOS PRIMEROS «S. E. A. T. 1.400» ESPERAN FUTUROS COMPRADORES

El 4 de marzo pasado puso en marcha la S. E. A. T. la cadena de montaje, comprendida por las líneas de carrocería, soldadura, pintura, acabado y final. Los motores y la plancha grabada vienen, por ahora, del establecimiento fabril que la Fiat tiene en Mirafiori (Turín). El resto, hasta llegar a un 40 por 100 de los materiales empleados es de fabricación española. A finales de año, las 95 prensas que actualmente se están instalando, grabarán la chapa fabricada por Altos Hornos de Vizcaya, y la Naval, Echevarría o «Bellota» enviarán los cigüeñales y elementos de acero fino, elevándose el porcentaje de materiales nacionales al 75 por 100. Se calcula que en el trimestre último del año 1954, los automóviles S. E. A. T. serán íntegramente españoles.

Todo está ajustado en la gran instalación. La cadena marcha a una determinada velocidad y nada ni nadie la detendrá mientras dure la jornada de trabajo. Actualmente el ritmo de producción es de ocho a diez unidades diarias, que será aumentada hasta alcanzar el tope de 10.000 coches

al año en un turno y 20.000 en dos turnos.

En los almacenes de la S. E. A. T. doscientos cincuenta flamantes «1.400» esperan la orden de entrega. Su precio definitivo todavía no está ultimado. Ni tampoco el comprador que los posea ha podido verlos. Pero pronto, un nuevo producto español correrá por nuestras carreteras. Y los mismos muchachillos que ahora dicen, orgullosos de sus conocimientos: «Ahí va un Ford, un Opel-Kápitán o un 4-4», podrán luego exclamar:

—Ese es un S. E. A. T. 1.400.

OBRREROS AGRICOLAS SE TRANSFORMAN EN MECANICOS DE PRECISION

De todos estos grandes milagros industriales tal vez el más aparatoso es aquel que ha puesto en condiciones de trabajar en la S. E. A. T. a cientos de obreros que antes eran, simplemente, peones agrícolas. Los ingenieros y maestros de la futura factoría salieron para Turín mientras se levantaban los muros de la fábrica. Al cabo del año los viajeros volvieron y comenzaron su trabajo en los recién inaugurados talleres. Entonces se admitieron quinientos trabajadores más y los maestros les enseñaron el oficio. Estos obreros aprendieron tres o cuatro faenas distintas, dentro del mismo grupo de operaciones. La cadena funcionaba lentamente. Otros quinientos obreros ingresaron a principios del mes actual. Los antiguos hicieron de maestros. La marcha de la cadena se hizo más rápida. Cuando el último grupo esté al corriente de sus funciones, los maestros quedarán como «jefes de grupo» y la cadena alcanzará el ritmo ideal de trabajo. Se habrá así completado el milagro: ese milagro de convertir a un agricultor en un estupendo mecánico de precisión.

EL QUE SE EXAMINA DE INGRESO NO SABE SI SERVIRA PARA CERRAJERO O PARA COLOCAR LA «PIPA» EN EL DISTRIBUTIDOR

Cuando se abrieron las oficinas de la S. E. A. T. y comenzaron las pruebas de admisión de futuros operarios, surgieron las sorpresas. A veces, los mecánicos, los electricistas o los chóferes de primera eran desbancados por el simple labriego.

El que desee entrar en la fábrica debe copiar el modelo de carta y enviarla por correo a la «Sociedad Española de Automóviles Turismo». Sección de personal. A los pocos días le mandarán a casa una hoja de inscripción que devolverá rellenaada junto con tres fotografías tamaño carnet. Una semana más tarde recibirá aviso para que pase por las oficinas, donde en cuidadoso examen médico (presión arterial, fuerza, rayos X, vista, etc.) sabrán si vale o no para la clase de trabajo que necesita la empresa. Si es declarado apto volverá a recibir otra carta y le citarán para un examen psicotécnico que durará cuatro horas y media.

Si sale airoso de las diez pruebas a que será sometido, investigarán algunas cosas relacionadas con su vida y conducta cívica. Y, por último, cuando haya conseguido demostrar indirectamente que es buena persona, le admitirán al trabajo, destinándole a la sección que menos imagine. Allí le enseñarán su labor y le harán especialista en el difícil arte de poner cerrojos en el mínimo de tiempo o de colocar la «pipa» en el distribuidor.

NO HAY PROBLEMA DE SATURACION DEL MERCADO

—¿Es posible que pueda mantenerse en España el ritmo de 10.000 coches anuales e, incluso, de 20.000?

Para el año 1954 habrá 100.000 turismos propiedad de los españoles en circulación diaria por nuestras plazas, calles y carreteras. La renta nacional por habitante ha experimentado un aumento del 20 por 100 desde el año 1936 al año 1953. Es lógico, pues, suponer que aumente en la misma proporción la «necesidad de coche» en los individuos. Si tenemos en cuenta que la vida normal de un automóvil es de cinco años para la primera mano y de diez para la segunda, tendremos que cada doce meses deberán renovarse el 20 por 100 de los vehículos existentes, lo cual da una cifra de producción necesaria de 20.000 unidades cada año. Pero como además no hay que olvidarse del incremento de la renta, que hace «necesarios» 4.000 turismos más, llegamos a la cifra de 24.000 automóviles anuales. Los 20.000 coches usados irán a servir las demandas de «segunda mano» y los 10.000 más viejos pasarán a propiedad de los chatarreros y enterradores de automóviles. En nuestro cálculo habremos llegado a 1955 con un total de 114.000 turismos en activo. Para ese año, y razonando de la misma manera, la producción necesaria será mayor.

HISPANOAMERICA, POSIBLE CAMPO DE EXPORTACION

Si por razones de mercado exterior nuestros automóviles son susceptibles de ser exportados, es lógico que se aumente el ritmo de producción a dos turnos. Puede objetarse que difícilmente nuestros S. E. A. T. o F. A. S. A. acudirán a mercados en competencia con Fiat o Renault. Será difícil, efectivamente, que exista esta competencia en Europa, pero en Hispanoamérica podemos tener un trato favorable que nos facilite la lucha con los competidores de las marcas hermanas Fiat y Renault.

Se puede, pues, mirar con optimismo el porvenir. Es posible que dentro de no mucho tiempo los automóviles españoles. Además de servir a nuestros propios conciudadanos, paseen sus marcas por las rutas de Hispanoamérica. Y una nueva conquista se habrá realizado.

Luis EZCURRA

(Fotos Pérez de Rozas.)



El coche ha sido terminado. Estos son los nuevos «Scat 1.400», fabricados en España con personal español y un 46 por 100 de materiales nacionales.

SEGUNDO ROIG PUDO CONTEMPLAR AL FIN LA ESTATUA DE SU AMIGO CASCORRO

EN la plaza que recuerda el hecho de armas del fortín de Cascorro está Eloy Gonzalo con bayoneta calada, atuendo de asaltante y con la tea encendida de un coraje del que sería innoble decir que pudo ser derrotado. El pueblo de Madrid ha aprendido a diario de su gesto de lucha que el valor exige poemas en bronce siempre, y que en veteranía castrense los héroes de Caney, Cavite, Santiago, Baler, aunque forzados a la partida, fueron símbolo de una voluntad de independencia que quedó como lección para las mismas Cuba y Filipinas, y que después ha tenido su plena leyenda en el 18 de Julio de 1936. Por eso este barrio castizo, zumbón, sentimental y heroico de la Arganzuela se ha



congregado junto a los soldados de ayer y de hoy, rindiendo homenaje a una de esas epopeyas colosales a las que sólo el tiempo da su justo premio. El Rastro este día estuvo vacante de «compras y ventas»; sólo hubo en la mañana del 16 de septiembre aplausos y elogios para unos combatientes que casi iban resultando «soldados desconocidos»

y cuya memoria era de justicia revivir y aclamar.

Un comentario periodístico de EL ESPAÑOL puso en ruta de soldados de primera línea a Segundo Roig, compañero de infortunio y de grandeza de Eloy Gonzalo, catalán a quien el diario «Informaciones» ha concedido una de las mayores alegrías de su vida al proporcionarle un puesto de protocolo castrense junto a la estatua ferviente de Eloy Gonzalo. Segundo Roig, el superviviente de Cascorro, teniente honorario del Ejército de Franco, tuvo un diálogo pintoresco con su compañero de armas y fatigas. El tiempo no le había borrado la imagen del amigo, y así pudo exclamar: «No era así; tenía la barba más larga.»

Una corona más de laurel sobre uno de los monumentos más simpáticos y significativos que tiene Madrid. La hazaña lo merecía. En Eloy Gonzalo estaban representados mucho; soldados leales. En Segundo Roig, la generación de España que ha recibido con dolor y esperanza lo que en un momento histórico pudo llamarse fracaso militar y ahora se llama supervivencia de una raza.

(Fotografías Sanantonio.)



CINE RUSO EN VENECIA

¿POR QUE HAN IDO LOS COMUNISTAS A LA BIENAL?

UN APARATOSO DESPLIEGUE DE PROPAGANDA BAJO EL SIGNO DE LA DISTENSION



Nadie diría que esta pareja representa al proletariado ruso. El director de cine Putsko y la actriz Lilia Grisenka—con caras de «satisfechos burgueses»—presencian una proyección cinematográfica en Venecia. Lilia está un poco «mosca». No es para menos siendo la primera vez que sale del «paraíso»

SEME NOV entró en la sala con un cuarto de hora de retraso. Nos habían dicho que los rusos eran muy puntuales. Entonces dejamos de creerlo. He aquí el primer tanto en contra suya. Bien es verdad que, al parecer, estaba esperando que el local se llenase. La conferencia de Prensa había sido ya aplazada por dos veces. Primero se equivocaron en la fecha. Luego, con otro pretexto, la cambiaron nuevamente. Estaba terminando el Festival y no cabían más dilaciones. Pero a la misma hora en otros lugares del gran Palacio hablaban Marcel Carné y un poderoso productor norteamericano que había llegado al Lido con una cohorte de secretarios e invitando a «coctails» y más «coctails» por un quitame allá esas pajas. Por lo visto no concibe que se hable sin beber una de esas mezclas explosivas, de las cuales nadie que tenga buen sentido puede injerir más allá de dos dedos. Los soviéticos iban a charlar a palo seco. En su fiesta no habían prodigado que digamos el vodka. Ni el caviar. Ello constituyó una desilusión para quienes asistieron pensando únicamente en las dos cosas. Pero no era eso lo que retrata a los periodistas. El bar estaba a dos pasos, siempre abierto para los trescientos cincuenta enviados especiales de todo el mundo. La causa era bien sencilla. No tenían demasiado interés por los rusos. Preferían al director francés. Por eso él se llevó más de la mitad de la concurrencia, y solamente una tercera parte escasa acudió a la cita de Semenov. Incluyéndonos a nosotros, sin que apenas nadie de los que allí estaban, claro está, supiese que éramos españoles. El truco consistía en no abrir la boca y en dejar hablar en italiano al productor español Bufarull, que domina aquel idioma como si fuese un empingrotado cocinero napolitano, creador de succulentas «pizzas». Teníamos curiosidad por saber qué iban a preguntarnos y en qué tono responderían. Pero bien pronto advertimos que el espectáculo no era todo lo atrayente que se hubiera podido esperar. Semenov, después de echar una primera ojeada a la coquetona salita de televisión, pintada de color caramelo, esbozó una falsa sonrisa y pronunció en ruso unas frases, que el intérprete italiano Marabini, hijo de un diputado comunista, logró traducir rápidamente:

«Lamento que no haya más periodistas. Pero

nosotros tenemos un dicho (ellos lo tienen todo) que va muy bien para estas ocasiones: «Más vale pocos y buenos.»

La frase es de una novedad impresionante. Por lo visto esperaba un lleno. Pero antes de seguir adelante echémos una rápida ojeada a la participación rusa en el Festival.

IDAS Y VENIDAS

Los rusos han vuelto a Venecia por la misma razón que se marcharon airadamente en 1947. Sin saber por qué. Claro que entonces mandaba Stalin. Y ahora el que priva —no sabemos hasta cuándo— es Malenkov. Las consignas han cambiado. Con Pudovkin se fueron y con Pudovkin han vuelto, aunque esta vez «El retorno de Vassili Bortnikov», título simbólico, no haya constituido ni con mucho un motivo de gloria para el realizador muerto recientemente. Acaso falleció de vergüenza por haber tenido que dar al cine tamaño estipidez. No se concibe que un hombre que ha acreditado cierta sensibilidad realice una obra donde el protagonista, que regresa a su hogar después de la guerra y encuentra a la mujer casada con otro (¡tampoco se ha hecho nada sobre este asunto!), se consuele yendo a trabajar al campo, cure sus desengaños sentimentales manejando arduosamente un tractor en aras de la prosperidad soviética. Existen indicios de que los rusos se enfadaban porque no les daban premios. Ellos quieren que se reconozca su valía contra viento y marea. Ahora, al cabo de un lustro, regresaron después de muchas idas y venidas. Y tras haber aceptado la directiva de la Mostra que presentasen tantas películas como Norteamérica. Este detalle y la rigurosa selección efectuada por la Comisión molestaron de tal forma a la embajadora Luce, que suspendió su viaje al Festival. Claro que así evitó encontrarse con el embajador ruso, Kostilev, hombre, según todos los síntomas, acostumbrado a madrugar. De Cannes no marcharon Semenov y los suyos muy contentos. Creen que había demasiados reaccionarios en el Jurado para que se les concediese los galardones que merecían. Pero lo cierto es que a Venecia han acudido para efectuar lo que ya se está llamando «la distensión»; es decir, con la sana idea de provocar tensiones violentas, de hacer ostensible que hay que contar con ellos para todo.



Una escena de la película rusa «Sadko», premiada con un León de Plata por su color y estar desprovista de matices propagandísticos. Esperemos que su realizador sea tildado de «mentalidad burguesa» y pasaporteado a los «sanos» climas de la Siberia

GUERRA «EDUCADA»

Es ésta una política de guerra fría, de guerra «educada», como también se la denomina, con ese afán que anda por ahí de adjudicar en seguida calificativos a las cosas. Aunque la educación no aparezca por ninguna parte. Ciertamente que ése es un modo de producirse que les da resultado. Al menos por ahora. Siempre hay tontos que tragan el anzuelo. Los contactos del cine de las «democracias populares» con el de las naciones occidentales pueden ser muy beneficiosos, dicen algunos. Es un juego peligroso el que se trae una sociedad de ricos zanganos del orbe, que es la que acude al Excelsior —el gran hotel del Lido— con los que un día podrían cortarles las cabezas. No se puede encontrar más claros exponentes de burguesía corrompida, de plutocracia, de decadencia que los que allí se reúnen. Habrá que ver cómo sonríen por dentro Semenov y sus muchachos. Porque esos tipos, cuyos nombres famosos aparecen a diario en la Prensa universal, con alarmanter generosidad acuden al reclamo a las mil maravillas. Alternan con los soviéticos, les conceden beligerancia y discuten con ellos en el terreno cinematográfico —único en el que ellos admiten la discusión— de igual a igual. Esperemos que las cosas no lleguen a mayores y que el intento de suicidio colectivo termine algún día en la raya justa de donde no debe pasar. Porque a los rusos eso les divierte mucho. Se visten de «smoking», acuden a las proyecciones, sonríen con el gesto estereotipado de quien no está acostumbrado a ello, hablan en rueda, aparecen y desaparecen como por arte de magia, se retratan con las palomitas de San Marcos —aunque ninguna de ellas sea la «pacífica» de Picasso— y procuran no contagiarse, siquiera sea en apariencia, de lo que les rodea. Y hasta se las dan de puros y buenos, como más abajo, por sus propias declaraciones, se verá. Lo cual no les impide admirar a las artistas españolas en el vestíbulo del Palacio. También son hijos de vecino, ¡qué caramba! Y susstraerse al encanto de Carmen Sevilla, de Ana Esmeralda o Carmen de Lirio cuesta trabajo al más pintado. Las miraban a hurtadillas y cuchicheaban entre sí como chiquillos. Pudimos observarlo en más de una ocasión. No la noche en que se proyectó «La guerra de Dios», porque ésa no fueron. Lo

que no les priva de haber invitado a sus películas al sacerdote representante de la Oficina Internacional del Cine Católico. ¿Sarcasmo, memez o desafío? No. Política de distensión. Ellos ponen la letra con hechos de esta índole. Y la música la añade Korsakov, un estupendo tío barbudo que por sus hazañas agitadoras lo pasaba muy mal con los dictadores zaristas de su época, según otra de las cintas que Semenov se sacó de la manga. Pero volvamos a la conferencia, que es lo que importa.

EL TRIO

Semenov, director general de la cinematografía soviética, está ahora enfrente de nosotros. En pie, ante el micrófono instalado sobre la mesa, juega con sus gafas. Ante él, un enorme cuaderno, sobre el cual de cuando en cuando anota alguna cosa. Nos gustaría conocer sus impresiones íntimas. Y el informe que presentará, sin duda, a sus jefes. Porque lo que aquí se va a tratar es puramente superficial. Semenov es un hombre de estatura mediana; tiene ojos rasgados; la tez, morena; los labios, gruesos; su mejilla izquierda está cortada por una enorme cicatriz. Al principio de llegar le llamaban coronel, porque le confundieron con otro personajillo que lleva su mismo nombre. Pronto se deshizo el equívoco. De lejos se parece algo a Edward G. Robinson. A su izquierda se ha sentado Alessandro Ptusko, el director de «Sadko», film que por no tocar un tema propagandístico ha sido acogido con la máxima benevolencia. Esta acogida confundió a su realizador, hasta el punto de que aspiraba al primer premio por el desarrullo de la película y por el color, que es el «Agfacolor» robado a los alemanes. Cuando le parangonaron a otros cinco, en el acto oficial escupió despectivamente, recogió de muy mala gana el «León de plata» y se negó a permanecer en el estrado con los representantes de los otros países. Debe ser un genio. Alguien ha dicho que tiene fama de empleado de Correos. Tal vez no. Parece un tímido y modesto profesor de provincias. Siempre callado, asiente con la cabeza mientras habla Semenov, y solamente interviene en la conversación cuando se debate algún problema técnico y el jefe le ordena que hable. Al otro lado, Gregori Belov, el Gary Cooper ruso, el hombre que interpreta todos los personajes heroicos; he-

roicos al estilo de por allá, naturalmente. Pero a Cooper no se le parece en lo más mínimo. Es viejo, rubio, tiene los ojos azules, el rostro muy pálido y, al igual que sus compañeros, viste un traje de corte deficiente, como si estuviese hecho por un sastre de pueblo. Mira vagamente hacia la reunión, con aire de vaca apaleada. Y éste sí que no despega la boca. Va muy bien para el cine mudo. Ellas se han quedado encerradas en la habitación número 30 del Excelsior. Alla Larianova, Nathalia Miedvedeva y Lilia Grisenko no quieren nada con los periodistas. Son altas, potentes y cortadas por idéntico patrón. En Rusia gustan así. Las mujeres tienen otra línea bien distinta a la que priva en Occidente. Las hemos visto acudir a las proyecciones con vestidos sencillos, impropios de la circunstancia; pero ahora no contestarán a ninguna pregunta. El sexo débil —lo de débil viéndolas a ellas es más que nunca una suposición gratuita— debe tener fama de indiscreto hasta en la U. R. S. S.

SEMENOV CONOCE A PLATON

El director del cine soviético nos enjareta, queramos o no, un largo párrafo encendido de protestas de paz y de amistad. Naturalmente, nadie se las cree. Y lo bueno viene a continuación. Semenov trata de dárselas de culto y a toda costa intenta que algún personaje de categoría apoye sus palabras. Platón, por ejemplo. A él recurre para robarle una de sus frases más divulgadas: «Conócete a ti mismo.» Mas como Rusia lo interpreta todo a su manera, Semenov nos da su versión; una versión corregida y aumentada. «Conócete a ti mismo y conocerás a tus enemigos.» Y se queda tan fresco. Es algo genial. Parece como si esperase un aplauso. Se dediene y el intérprete respira. Está sudando tinta china para endosarnos una traducción siquiera sea aproximada de las palabras de su admirado amigo. Para ser comunista, no domina muy bien el ruso. O tal vez —a lo largo de la conversación podremos comprobarlo— lo que se le resiste es el italiano. Semenov enciende un cigarrillo y continúa. Esta vez con gesto serio y concentrado:

SEMENOV.—Se han dicho de Rusia y de su cine muchas cosas que no son verdaderas y que perjudican e impiden nuestra amistad. (Cualquiera se fía de estos amigos.) Por eso deseáramos una información objetiva y menos tendenciosa. Ahora mismo nos están viendo ustedes aquí y podrán comprobar que no tenemos ni ocho pies ni ocho manos; que somos personas normales.

Un rumor estalla en la sala. Semenov cree que ha hecho gracia y aclara:

SEMENOV.—No acabo de inventarlo. Me lo dijo en Cannes un actor indio. Un periódico había dicho que éramos unos monstruos.

No especifica si fué en sentido figurado, mejor dicho, en el moral o en el físico, con lo de los pies y las manos. Ni añade que ese desconocimiento de sus cosas lo impuso el país a que pertenece con su cortina de hierro, su silencio y su impenetrabilidad a través de los años. Viene más tarde un elogio a Venecia y a la Bienal y una invitación a los presentes para que formulen preguntas, pero limitándose a «lo que él pueda responder». Se ve que trae la lección bien aprendida. Además —nos endilga otro refrán—, hay que

tener en cuenta que «el que mucho abarca, poco aprieta». Decididamente, Semenov es un sabio. Malenkov sabe bien a quién envía.

EL INTERROGATORIO

Rompe el fuego del interrogatorio France Roche. Es una joven periodista de «France-Soir». Joven y guapa. Una colega de postín.

FRANCE ROCHE.—Señor Semenov. ¿Cómo se puede ser artista en Rusia siendo joven, ya que todas las que han venido con ustedes tienen ya cierta edad?

Es una pena. Esta chiquilla abusa de que no se la puede llamar vieja para hablar de los años de otras mujeres. Semenov cede la palabra a Futsko. Este responde con tranquilidad y fácil oratoria, menos entrecortado que Semenov.

PUTSKO.—Se puede estudiar en el Instituto Científico de Moscú. Y en el Instituto Central. También se puede llegar al cine por la vía del teatro. Junto a esas escuelas existe la de la capacitación personal. La que dirige uno mismo. Yo vine de otro campo: el de la escultura. Y Bilov tampoco estudió en ninguna parte.

Este último extremo no necesitaba aclaración. Fácilmente se ve que Bilov no olió un colegio ni de cerca ni de lejos.

Un periodista con camisa negra levanta el dedo. Le autorizan a intervenir y nos asombra. Habla el ruso a la perfección. ¿Será un espía? Pronto nos saca de dudas su demanda. Es un ruso blanco que trabaja en un periódico alemán.

RUSO BLANCO CON CAMISA NEGRA.—En su película «Sadko» no hay propaganda. Esto es un milagro. ¿Puede explicármelo? Va contra la tesis soviética de que no hay milagros.

Las carcajadas se oyen en Lima. Semenov, tratando de aparecer imperturbable, ríe también. Y se despoja de la americana.

SEMENOV.—Como veo que me van a atacar fuerte, me quitaré la chaqueta. Hace mucho calor.

Pero por más esfuerzos que hace no logra ser simpático. Su ceceo, la cicatriz, la dureza de sus rasgos lo impiden. Ya podría ponerse a bailar una canción popular rusa con las puntas de los pies en el suelo, como hizo en la fiesta ofrecida por su Delegación, que no variaríamos nuestra opinión. Pero veamos por dónde se sale.

SEMENOV.—En todos los países donde he ido no he visto nunca un film donde no hubiese propaganda. Cuando aparece una mujer desnuda ante los espectadores se está haciendo propaganda de los sentimientos más bajos que tiene el hombre. ¿Por qué no hacerla entonces de los sentimientos buenos?

Resulta que el pollo es un angelito. La pregunta le ha llegado al corazón. Se excita. Habla en tono más fuerte y corajudo.

SEMENOV.—Sí. Puede haber milagros sin ser religiosos. Ningún hombre de hace cien años soñaba con el milagro del cine. Ni Sadko, cuando pensaba sumergirse en las profundidades del mar, podía prever que existiría el submarino. Además, podemos recurrir a la mitología para buscar antecedentes a nuestro héroe. Por otra parte, «Sadko» es la película que en nuestro país ha obtenido hasta el presente mayor éxito.



La feliz pareja sonríe al fin, después de haber vencido los obstáculos del maquinismo que se interponía en sus corazones. Veremos a ver si les dura mucho tiempo la sonrisa



Este tío barbudo, feroz y deshumanizado sabe bien a quién dispara. No hay que dudarlo; se trata de un «terrible explotador» de las clases obreras. Ejemplo vivo del mal cine soviético

LA PROPAGANDA

El interlocutor no se da por convencido. Ni nosotros tampoco. Se ha salido por la tangente. Vuelve a la carga.

RUSO BLANCO CON CAMISA NEGRA.—¿Dónde ve usted la propaganda en la película «Lecho matrimonial», que narra simplemente la vida de un matrimonio?

SEMENOV.—En que trata de decir que la felicidad se encuentra en el país donde se desarrolla la acción.

Un murmullo largo, sostenido, acoge estas palabras. Hace falta ser cínico para pronunciarlas. Es una «boutade» sin ton ni son, puesto que no puede hacer efecto. Los pericidistas se enzarzan a partir de aquí en una discusión entre ellos. El tema de la propaganda les interesa. Hablan todos, menos Semenov, que aprovecha este lapso para beber un vaso de agua. Putsko y Bilov se miran y sonríen. Por lo visto nos tienen por seres inferiores. Como no hay forma de entenderse, protestamos en regla. Al fin se restablece el orden y prosigue el diálogo normalmente.

UN PERIODISTA CON «SHORT».—¿El cine ruso es productivo o deficitario?

SEMENOV.—Es productivo. Pero deben tener en cuenta que es el Estado quien paga, puesto que a él pertenece desde 1919. Si el cine no fuese un negocio, no existiría ni en Hollywood. La diferencia es que allí el dinero va a manos particulares y entre nosotros pasa al Estado. (¿Quién será el Estado en Rusia?) Tenemos sesenta mil salas en todo el país. Pero aparte de esto, no importa lo económico, sino la educación pública.

Filantropía contestación. El proletariado ruso debe estarle muy agradecido. Interviene de nuevo France Roche, quien con su voz suave, acariciadora, formula alguna que otra pregunta sin intención. Para ser una colega de las que se han dado en llamar sensacionalistas, tiene escasa imaginación. Semenov intenta convencernos de que los actores rusos viven en un paraíso por los rublos que ganan y sus gangas.

UNA VOZ DE LAS ULTIMAS FILAS.—¿Cuánto cuesta un kilogramo de pan?

La pregunta no tiene nada que ver con el cine. Pero Semenov hace otro chiste.

SEMENOV.—No importa. Tienen otras ventajas más importantes. Y el pan es bueno. Siento no haber traído para que lo probasen.

Ríe la mitad de la gente. Algunos comienzan a levantar el vuelo. Vamos comprendiendo por qué la conferencia no tenía demasiado interés para los enviados especiales. Fundamentalmente, los que no han asistido son filicommunistas. Ya sabían lo que tenían que decir. Otra colega argentina, que lleva solamente un traje de baño de dos piezas y la bonita cartera azul regalada por los americanos el primer día, consume su turno.

COLEGA EN TRAJE DE BAÑO.—¿Cuánto cuesta en Rusia una película?

SEMENOV.—Seis millones de rublos. Buena, se entiende. Eso es lo que ha costado «Sadkov».

UN JOVEN PERIODISTA.—Hablemos de música. ¿Cree que es decadente toda la música moderna?

El despiste provoca irritación. Ni se oye, ni nos interesa la contestación de Semenov. La Roche —estas mujeres!— se impone otra vez.

FRANCE ROCHE.—¿Están contentos del Festival?

SEMENOV.—Nos han aplaudido poco. En Can-



Arriba: Nadie en la Bienal conocía la audacia del «camarada» Semenov, director general del cine ruso, cínico y trapacero en su desvergonzada conferencia a los periodistas; que rieron de buena gana las «genialidades» de este gran embustero. Abajo: De nuevo Semenov, pero esta vez acompañado de la actriz Alla Larianova, quien parece no estar acostumbrada a esos vestidos nada proletarios

nes nos aplaudieron más. El público era mejor. Tiene psicología de «vedette».

VUELTA SOBRE LO MISMO

RUSO BLANCO CON CAMISA NEGRA.—¿Por qué han estado varios años sin venir?

SEMENOV.—Esperamos a ver cómo iban las cosas. Había que pensarlo. No olviden que el Festival se hace en una isla.

El nuevo giro de humor no nos llega. Que Semenov nos perdone, pero nos quedamos muy serios. Tres colegas más abandonan el local. La cosa se pone aburrida. Semenov, a propósito de varias preguntas que le hacen algunos a quienes no conocemos, improvisa sobre la marcha un nuevo «spiche» propagandístico. Es un hombre que en toda la conferencia no ha dejado de arrimar el ascua a su sardina. Mezcla temas y cuestiones con el fin de llegar a los objetivos que le interesan.

SEMENOV.—Iremos siempre allí donde se nos admita en igualdad de condiciones. Y donde no haya motivos de propaganda. El arte y el cine se hacen para la paz. Necesitamos la mutua comprensión. Estoy seguro que desde esta mañana las cosas quedarán más claras para algunos. (Y nosotros también.) Queremos colaborar con los otros países, pero en este terreno no debe entrar la política. En Rusia se proyectan muchas películas extranjeras. Nuestra producción, de quinientos

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

Pinar, 5 — MADRID

films, no basta a cubrir las necesidades del mercado.

COLEGA EN TRAJE DE BAÑO. (Y con un notable despiste.)—¿Por qué no se proyectan en Rusia películas españolas?

El interpelado titubea.

SEMENOV.—Primero tenemos que arreglar las relaciones diplomáticas.

(Gracias, señor Semenov. Ya sabemos lo que eso significaría.)

SEMENOV.—Las italianas gustan mucho. Principalmente «Ladrón de bicicletas», «Los muros de Malapaga», «En nombre de la ley», «La ilusión rota». Después siguen algunas cintas francesas, inglesas, y en último lugar las americanas. La crítica es libre para el cine. Dice lo que quiere. Y no se crean que sucede nada.

PUTSKO.—Yo amo a los críticos. Algunas veces me enfado con ellos y dejo de hablarles. Su castigo es que no les dé la mano en un año.

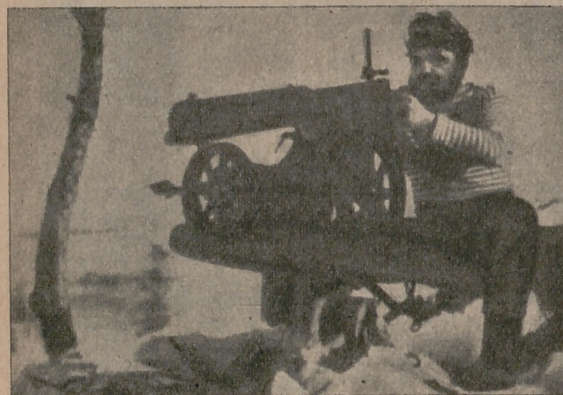
Y los tres rusos ríen abiertamente. Los dos que hablan y el que sólo escucha. Tienen salero. No les gusta que en los Festivales se haga propaganda, pero ¡ya, ya! Empezamos a cansarnos. Y sugerimos a Bofarull, el orondo productor barcelonés, la idea de emprender el camino del hotel. Llevamos una hora larga de conferencia. Pero Bofarull no se mueve. Levanta el dedo y entra en la rueda muy decidido.

BOFARULL, PUNTO FINAL.

BOFARULL.—Todo eso está muy bien, señor Semenov. Si tantos deseos tienen de colaboración, yo, como productor, le pregunto qué he de hacer para contratar a algún actor ruso si me interesa. Por ejemplo, este que está aquí presente.

Y señala a Bilov.

La pregunta ha sido un directo al estómago. Arranca una ovación. Bilov, cuando se la traducen, da un respingo. Semenov palidece ligeramente. Putsko mira con desprecio. La jovialidad y el buen humor de Bofarull han hecho su efecto. Un silencio de muerte, y Semenov responde.



Otro tío barbudo, pero este es más peligroso que el anterior porque maneja una endiablada máquina. Sin duda alguna este es el verdadero cine ruso, pensamos nosotros



Aquí se refleja fielmente la producción soviética. Después de ver esto, ya nada podríamos añadir. Pobres gentes, el caballo está bastante débil para subir solo la cuesta

SEMENOV.—Es muy sencillo eso que usted dice. Se puede hacer a través de la Embajada.

BOFARULL.—Pero yo, con otros actores extranjeros, estoy acostumbrado a tratar directamente. Yo deseo entenderme con ellos, preguntar al señor Bilov cuánto me cobraría por hacer una película.

Los rusos mueven sus cabezas. Están un tanto perplejos. Unos momentos de vacilación. Y Semenov, el de más talento de los tres, salva la situación con una nueva salida por los cerros de Ubeda.

SEMENOV.—No puede usted entenderse directamente, porque ellos dependen del Estado. Tienen que consultarlo con el Ministerio.

BOFARULL.—Pero ¿podrían salir?

SEMENOV.—De momento, no.

BOFARULL.—Pues eso es lo que quería saber. Me sobra todo lo demás.

Nuevo jolgorio general. A él, mientras Putsko masculla frases en su idioma, se une Semenov, que cierra con una singular oferta en tono divertido.

SEMENOV.—En todo caso venga usted a tratar con ellos en Rusia.

BOFARULL.—No, no. Estoy muy bien en casita.

Y se levanta.

SEMENOV.—Traiga una de sus películas. Y si es buena hasta le daremos un premio.

BOFARULL.—Muchas gracias. Ya tengo bastante con ese rasgo de «buena voluntad».

NUESTRA GUERRA

Más risas. Y como no hay otros asuntos, se levanta la sesión. Nos vamos nosotros y detrás los pocos que quedaban. A Semenov, que se está despidiendo cortésmente, lo dejan casi con la palabra en la boca. El intérprete lo agradece, pues ha pasado lo suyo. Hubo momentos en que del ruso y el italiano se iba al francés, en un trabalenguas lamentable. Allá se queda él con sus amigos de Moscú, mientras nosotros nos vamos en busca del mar. A Bofarull le rodean para felicitarle. Ha dado el golpe, y Semenov sin saber que es un español.

No merecía menos el despliegue de propaganda que los rusos han traído. Precisamente cuando todas sus palabras se dirigen en contra de la propaganda. La paradoja no es ya un juego inglés. Ellos lo dominan a la perfección. ¿A qué han venido? Cualquiera lo sabe. La verdad de lo que pasa al otro lado de la pantalla, la que se encierre detrás de sus propósitos, tardaremos aún mucho en descubrirla. No tienen ocho manos ni ocho pies, pero sus fintas obedecen invariablemente a misteriosos designios. Quizá no vuelvan otro año; pero éste han hecho acto de presencia para llevar a cabo su guerra. La del diablo. Claro que frente a ella se encontraron de nuevo con la que España hizo a lo largo de los siglos y hace siempre que la ocasión lo reclama: «La guerra de Dios». Algunas indirectas de Semenov iban dirigidas contra nuestra película. Principalmente cuando se refería a que otros países sí utilizaban la propaganda en todo momento. Pero ni los ataques de algunos periódicos amigos suyos ni la tibia protesta iniciada con la entrega de premios, a la que dió la réplica una ovación cálida y mantenida, pudieron impedir la victoria de esa santa guerra española.

El señor Semenov, director general de la Cinematografía soviética, habla mucho. Tal vez demasiado. Con su oratoria quería pasar de contrabando una averiada mercancía: las tres cintas, pues incluyendo, aunque en menor grado, a «Sadko», se trata en verdad de tres pobres serpentes, indignos de quien contó con Einsenstein y Pudoukin. Por eso, bajo la falsa cordialidad del representante de Malenkov se adivinaba el rencor por lo que tal vez en Moscú consideren un fracaso. No obstante Semenov ha cumplido; para nosotros, se entiende. Los podridos burgueses alternaron con él como seres ciegos ante lo que en ello hay de peligro. Y tuvo que ser gente de España la que le diese los mayores disgustos. Con una película y con una pregunta. ¿Qué esperaba? No todo iba a ser para él tan sencillo, cómodo e inocente como retratarse con las palomitas junto al Campanile de San Marcos. Le salió el tiro por la culata, en lo de la «distensión».

Jesús VASALLO

OPERACION "MARINER"



LA N. A. T. O.
PREPARA UN
SUPUESTO
TACTICO EN
AGUAS DEL
ATLANTICO

EL TALON DE AQUILES EN LAS RUTAS DEL MAR

Las próximas maniobras que las naciones integradas en la Nato van a efectuar en la última quincena de septiembre en el Atlántico norte, con el nombre de «Ejercicio Mariner», son un claro exponente de que los pueblos occidentales consideran que tienen su talón de Aquiles en sus comunicaciones marítimas. Y que, por lo tanto, su primer objetivo en una futura guerra lo constituirá el conseguir el control de las mismas, impidiendo que los ataques enemigos puedan producir un colapso en el transporte naval atlántico; colapso de trascendentes consecuencias para los frentes europeos, que rota su unión con América, quedarían desconectados de su fuente principal de suministros.

Estas maniobras, al contrario de las llevadas a cabo el año pasado bajo el nombre de «Ejercicio Mainbrace», no van a tener marco estratégico. Es decir, que el tema propuesto para su desarrollo no va a crear una situación ficticia en la que se suponga que uno de los beligerantes ha alcanzado determinadas posiciones en el Continente y que el otro se dispone a reaccionar contraatacando, aprovechándose de su superioridad marítima en determinadas costas enemigas. Este año, las maniobras sólo tendrán como fin la ejecución de una fase de la batalla del Atlántico, casi con total independencia de lo



Sobre las cartas de navegación, los oficiales van marcando las posiciones de la ruta

que pueda haber sucedido con el Continente europeo.

LOS ORIENTALES ATACARAN CON SUBMARINOS DE TIPO ALEMAN

¿Cuál puede ser la acción de los orientales en el mar, en caso de una guerra, y de qué medios se valdrán los occidentales para defender sus comunicaciones marítimas?

Dado que el dominio del mar está en forma aplastante en manos de los pueblos occidentales, el único procedimiento que tienen sus adversarios para estorbarles este dominio, es atacar a sus comunicaciones marítimas haciéndoles una despiadada guerra de corso por medios submarinos, aéreos y raids de corsarios de superficie, que bien pueden ser cruceros e incluso grandes unidades,

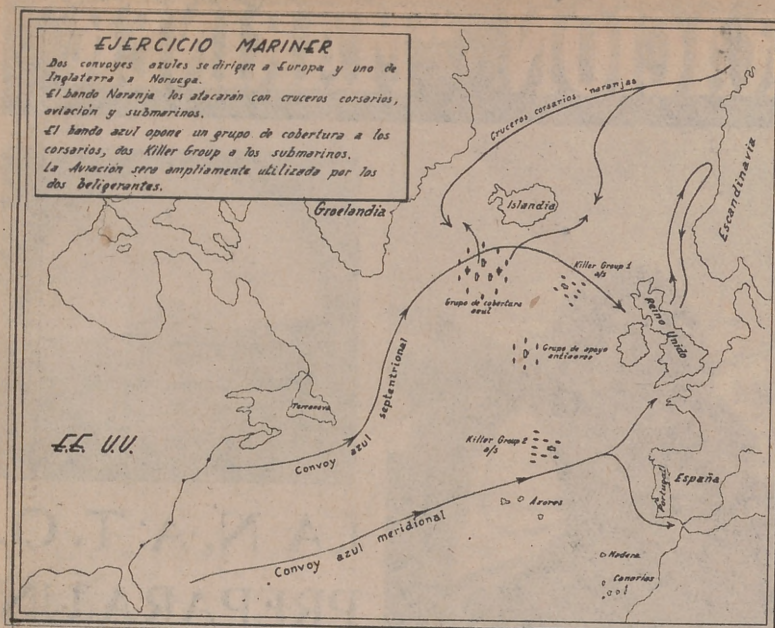
EJERCICIO MARINER

Los convoyes azules se dirigen a Europa y uno de Inglaterra a Noruega.

El bando Naranja atacará con cruceros corsarios, aviación y submarinos.

El bando azul opone un grupo de cobertura a los corsarios, dos Killer Group a los submarinos.

La Aviación será ampliamente utilizada por los dos Beligerentes.



como ocurrió en la segunda guerra mundial con el «Bismarck».

La guerra submarina, que costó diecisiete millones de toneladas a los aliados en la guerra pasada, pudo conjurarse al final de la misma gracias al empleo coordinado del radar, el asdic y la aviación embarcada y terrestre. Con estos medios se sacó la máxima ventaja de las dos grandes servidumbres del submarino: su escasa velocidad en inmersión y la necesidad de salir a superficie durante las noches para cargar sus baterías de acumuladores. Pero al finalizar la guerra, los alemanes revolucionaron la estructura de sus submarinos. Construyeron el tipo XXI, que gracias al tubo snorchkel no tenía necesidad de subir a superficie. Y equipado, además, con una turbina Walter de peróxido de hidrógeno, consiguió alcanzar una velocidad en inmersión de veintitrés nudos. El fin de las hostilidades les impidió sacar provecho de su invento, pero trastornaron por completo la superioridad alcanzada por la actividad antisubmarina.

La caída en manos de los rusos de numerosos submarinos del tipo XXI y de las fábricas de peróxido de hidrógeno, ha puesto a su disposición esta arma. Y la han aprovechado de tal forma, que según las últimas informaciones poseen ya 300 submarinos de este tipo, teniendo en proyecto la fabricación de un programa de 1.000 para el año 1955. Es, pues, más que posible que los orientales puedan lanzar, desde los primeros días de la guerra, una potencia ofensiva submarina de consecuencias incalculables.

En cuanto a la aviación, es conocido el extraordinario incremento de su radio de acción que la hace apta para atacar en pleno océano a los buques. Pero, sobre todo, su poder de reconocimiento de grandes zonas, la capacita para operar coordinadamente con los submarinos, cosa que no llegaron a perfeccionar los alemanes y que puede ser la verdadera arma secreta rusa en el mar, pues el binomio «avión-submarino», puede conseguir éxi-

tos sin precedentes en la lucha contra las comunicaciones enemigas.

Los buques de superficie orientales también supondrán un peligro para la navegación nortatlántica, operando desde los fiords noruegos. Por ser generalmente superiores a la escolta de los convoyes, pueden caer sobre ellos y destrozarlos. De modo que a pesar de la superioridad naval del bando occidental, las cosas se le pueden poner muy mal en el Atlántico.

LOS OCCIDENTALES REPLICARÁN CON LOS «HUNTER KILLER GROUPS»

En primer lugar será necesario organizar el tráfico no dejándole en la anarquía de los tiempos de paz, sino distribuirlo en convoyes que le permitan protegerle y saber en cada momento en dónde está cada uno de ellos. Además deberán conducirlos por las derrotas que se consideren menos peligrosas o aumentar su defensa en caso de ser atacados.

Luego habrá que organizar la lucha antisubmarina. De una forma puramente defensiva, dotando a los convoyes de medios de escolta adecuados, y en el aspecto ofensivo para destruir submarinos donde quiera que se hallen. Esto se lleva a cabo con la aviación de base terrestre, capaz de recorrer grandes zonas de mar y portadora de elementos electrónicos de detección para localizarlos y armas para destruirlos. Hoy día, como el submarino no necesita subir a superficie, su localización se ha hecho sumamente difícil y es preciso contar con una pareja operativa en lugar de un solo avión. De esta forma uno lleva el radar y otro las armas de destrucción. También se utilizan pequeñas agrupaciones de destructores de apoyo, que se sitúan en las zonas focales del tráfico y que refuerzan a las escoltas de los convoyes en un momento de peligro. La ofensiva antisubmarina más eficaz se efectúa hoy con unas agrupaciones especiales, que los norteamericanos han popularizado con el nombre de «Hunter Killer Groups», constituida por

un portaviones ligero o de escolta, un crucero y ocho destructores, especialmente dotados para la búsqueda de los submarinos y su destrucción.

Finalmente será preciso rechazar y destruir a los grandes corsarios de superficie, vigilando las áreas en donde les sea más fácil operar y teniendo siempre listas unas agrupaciones aeronavales lo suficientemente fuertes para dar cuenta de ellos y dejar limpios los mares de tan peligroso enemigo.

El peligro aéreo habrá que combatirlo con una organización de intercepción de caza adecuada, y haciendo acompañar a los convoyes con caza embarcada en pequeños portaviones de escolta. Como puede apreciarse después de hecha esta ligera exposición, el proteger el tráfico atlántico no es precisamente una cosa sencilla y bien puede convertirse en el tema de unas maniobras, máxime si se trata de coordinar los esfuerzos de nueve países, que hablan distintos idiomas y con intereses muy diversos, con el fin de hacer del conjunto un todo armónico, cuya suma de esfuerzos tenga por resultado el control de la navegación comercial del Atlántico.

De tal forma, que es posible que el centro de gravedad de la guerra futura no esté en el Continente, sino en algún punto del vasto océano, alrededor del cual se ha formado la civilización occidental, participando de ella todos los pueblos de sus orillas que lógicamente han de unirse en esta lucha común, tratando de defender a toda costa sus líneas de comunicaciones marítimas.

Expuesto el problema, vamos a describir el «Ejercicio Mariner».

SEIS MIL MERCANTES EN LA MANIOBRA

Con el fin de proporcionar a los Estados Mayores ocasión para organizar el tráfico atlántico, Canal de la Mancha y mar del Norte, se supondrá intervienen 6.000 mercantes, de los cuales la mayoría serán imaginarios, pero que proporcionarán un intenso trabajo de Estado Mayor. Todos los buques ficticios ostentarán nombres, cargamento y puntos de destino. Solamente en la zona del Canal y del mar del Norte, intervendrán teóricamente 50 convoyes.

Para dar mayor realidad a los ejercicios se considerará que los grandes trasatlánticos «Queen Mary», «United States», «América» y «Queen Elizabeth», que en aquellos días estarán efectivamente navegando, serán transportes de tropas de gran velocidad que marchan aislados, y que por lo tanto pueden ser atacados por toda clase de armas. Durante los ejercicios llevarán grandes banderas negras que indicarán intervienen en el supuesto.

En resumen, se tratará por todos los medios de estudiar cómo podría organizarse el tráfico en el Atlántico en caso de una guerra, y las tareas de todo orden que ello llevaría consigo.

TRES CONVOYES EN PELIGRO

Para la realización efectiva de ataque y defensa de convoyes, se

formarán tres o más reales, los cuales serán: uno que saliendo de Norteamérica se dirigirá hacia Inglaterra siguiendo una derrota septentrional cerca de Islandia.

Otro tendrá también el mismo origen y se dirigirá a la Europa occidental y mediterránea, pasando cerca de las Azores. Parece ser que este convoy se dislocará a unas 100 millas del Finisterre español, dirigiéndose una parte del mismo al Canal de la Mancha y otra al Estrecho de Gibraltar.

El tercer convoy será el de trayecto más corto, pero más peligroso, saldrá del norte de Inglaterra con destino a la Península escandinava. Este convoy deberá efectuar viaje de ida y regreso.

Por último, se simulará un intenso tráfico de pequeños convoyes en el Canal de la Mancha y mar del Norte, efectuándolo realmente nada más que un pequeño número.

PORTAVIONES Y BUQUES PESADOS

Habrà que defender todas estas líneas de comunicación, de las incursiones de los buques de superficie enemigos, de los submarinos y de la aviación.

A este objeto, con el fin de destruir a los barcos corsarios enemigos que es posible puedan atacar partiendo de aguas del Ártico, probablemente al convoy que pasa cerca de Islandia, se ha formado una potente agrupación de barcos anglonorteamericanos, en la que figurarán los portaviones pesados «Bennington» y «Wasp» norteamericanos y el «Eagle» inglés, así como los acorazados «Iowa» y «Wanguard» de los dos países. Además formarán parte de él seis cruceros y veintitrés destructores. Estas unidades saldrán de sus respectivas bases de Inglaterra, Canadá y los Estados Unidos, efectuando su concentración en un punto de las aguas nortefías, de donde partirán para su zona de operaciones, posiblemente hacia el estrecho de Dinamarca. El jefe de esta agrupación será el almirante norteamericano Thomas Combs. Dicha fuerza variará de volumen en las distintas fases del ejercicio, y efectuará ataques reales de aviación y cañón sobre algunos islotes de Islandia.

Después de terminada esta fa-



El submarino navega sobre la superficie protegiendo un convoy

se de operaciones nortefías, bajarán al Sur, tomando entonces el mando de ella el vicealmirante J. Hughes-Hallet, del Reino Unido, el cual llevará a cabo operaciones ofensivas de la misma naturaleza que las anteriores sobre objetivos de la Gran Bretaña, y con ello se dará fin a la intervención de las grandes unidades pesadas en el ejercicio.

OFENSIVA ANTISUBMARINA

La defensa del tráfico contra los submarinos constituirá la parte más interesante del supuesto. La defensiva correrá a cargo de las escoltas de los convoyes. La ofensiva será efectuada por los aviones de base terrestre, grupos de apoyo y los «Killer Groups».

La aviación antisubmarina que patrullará el Océano estará formada principalmente por los famosos «Neptunes» norteamericanos. Como novedad en esta maniobra operarán varias escuadrillas inglesas de «Shackleton» del Mando Costero de la Raf, además se dará la circunstancia de que los norteamericanos tendrán sus bases en Inglaterra, y los ingleses en Norteamérica. Las Azores serán ampliamente utilizadas en la lucha aérea antisubmarina y Lisboa también servirá de base a los «Shackleton» británicos. En total, el número de aparatos que van a entrar en acción será de unos 1.000 aproximadamente.

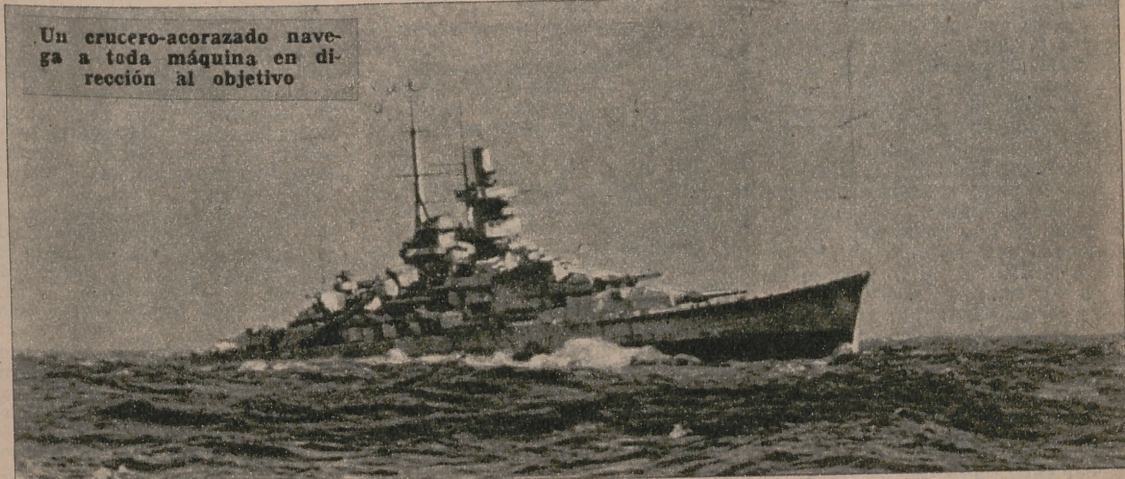
Dos «Killer Groups» operarán contra los submarinos, uno probablemente barriendo la zona que tiene que atravesar el convoy más septentrional, otro entre las Azores y Finisterre. Los portaviones, bases de estas agrupaciones antisubmarinas, serán el canadiense «Magnificent» y el norteamericano «Siboney», al que acompañarán destructores y fragatas de varias nacionalidades, constituyendo un grupo verdaderamente internacional.

Los grupos de apoyo, formados solamente por destructores destinados a reforzar la escolta de los convoyes, operarán desde las Azores y las islas británicas.

Como puede observarse, la lucha antisubmarina es la más compleja, y la que trae consigo un mayor empleo de todas clases de elementos, y por lo tanto un enorme gasto de energía. Además, en una guerra, esta tensión ha de mantenerse constante, sin la menor vacilación, sin un momento de respiro, por esta serie de razones, el Ejercicio «Mariner» es, ante todo, un enorme ejercicio antisubmarino, y en este sentido hay que considerarlo.

Como el peligro aéreo, a pesar de la lejanía de las bases enemigas, no hay que descartarlo, se pondrá en alerta la red atlántica de intercepción, pero como existen zonas en donde la caza no puede llegar, parece ser que se ha pensado emplear a una agrupación a base del portavio-

Un crucero-acorazado navega a toda máquina en dirección al objetivo



nes inglés «Illustrius» con numerosa caza embarcada, que proporcionará cobertura aérea a los convoyes, aunque ello no sea nada fácil y exija una amplia red de buques radar detectores de la aviación atacante.

EN LA DEFENSA DE LA N. A. T. O. EXISTE «UN VACIO»

Estas serán, pues, las misiones más importantes de las diferentes agrupaciones navales que figurarán en el «Ejercicio Mariner». Aparte de ellas existirán otras, que aunque menos brillantes, no por eso menos importantes, como será el de la flota petrolera que rellenará a los buques en la mar para que puedan llevar a cabo su tarea durante más tiempo.

El bando «Naranja» contrario al «Azul», del cual se acaba de hablar, estará constituido por cruceros pesados y ligeros, submarinos y aviación de todos los tipos.

Todo este conjunto será mandado por el comandante en jefe aliado, almirante americano Lynde D. Mc Cornick cuyo cuartel general habitual está en Norfolk (Virginia). La dirección del Ejercicio será conjunta y estará a cargo del citado almirante, el general Alfred M. Gruenther, comandante supremo aliado en Europa, y el mando del Canal, Almirante Sir John Edleston, y el mariscal del Aire, Sir Alick Stevens.

Fara que la conducción de las operaciones de todos los tipos sea posible, se ha dividido el Atlántico en diversas zonas de responsabilidad, ejerciendo el mando de cada una de ellas, cuarteles generales diferentes. Una de estas zonas comprende el sector Ibérico. Constituye una gran porción del Océano frente a la Península y las proximidades del Estrecho de Gibraltar, los ingleses quieren que esté bajo su mando directo, pues consideran que una gran parte de su navegación pasa por estas aguas, pero los norteamericanos arguyen que debe depender del jefe del Atlántico y ser una zona independiente del mando británico. La realidad es que en la organización defensiva de la Nato del Atlántico, existe un vacío al no contarse de una forma decidida con España, y por mucho que se quiera soslayar el problema, únicamente se podría redondear la defensa contando con ella, aprovechando su situación estratégica y los sesenta barcos de guerra con que podría contribuir a la defensa, cifra por cierto nada despreciable. Esto hace que el sector Ibérico sea una zona de disputa, cuando la realidad, lo que el sentido común pide, es que sea precisamente Ibérica y nada más que Ibérica.

En resumen, el «Ejercicio Mariner» es el mayor, y el más razonable del que hasta ahora han efectuado las naciones del pacto del Atlántico, en él intervendrán unos 300 buques, 1.000 aviones y cerca de 500.000 hombres. Con razón se han puesto grandes esperanzas en las enseñanzas que dé tan gran esfuerzo puedan sacarse para la defensa de las naciones occidentales.

Enrique MANERA

“SPIVS” Y DEMAS RALEA

SCOTLAND YARD TIENE ESTE AÑO MUCHO TRABAJO

TIPOS UNIVERSALES DEL HAMPA LONDINENSE



Este es un producto de la juventud londinense de postguerra



El Támesis encierra en sus aguas negras leyendas de «larga» historia

ESTE año de 1953 ha sido de mucho trabajo para Scotland Yard. Dicen que fué el año de mayor actividad criminal de lo que va de postguerra.

La guerra mundial creó un tipo nuevo de maleante, al que Inglaterra no estaba acostumbrada, el cual se aprovechó de esta falta de costumbre para hacerse de millones a toda prisa. Es exactamente lo mismo que nuestro «estraperlista», sólo que en inglés se dice «spiv». El origen de la palabra «spiv» es muy complicado y se sale de los límites de este artículo.

Los «spivs» invadieron Inglaterra a falta de los alemanes y se dedicaron a vender en cantidades inauditas todo lo que el Gobierno iba racionando; fueron dos o tres años de dinero a espuestas. Un amigo me dijo que una vez, a los dos años de haber acabado la guerra, un tipejo la mar de ordinario paró un cochazo enorme a la puerta de la casa de campo de mi amigo y le dijo:

—Se la compro.

—No está a la venta—contestó mi amigo.

—No importa—insistió el otro—, le doy lo que sea—y sin más empezó a sacar miles de libras esterlinas—; se lo pago al contado, además.

Mi amigo le echó con cajas destempladas. Pero la historia es curiosa y muestra cómo prosperaban aquellos estraperlistas.

Después el «spiv» empezó a caer. De vender de todo hubo de descender a vender los pocos artículos alimenticios que el Gobierno dejaba racionados. Las medias de nylon siguieron dando dinero; había una organización fantástica de estraperlistas que operaba en el mar de Irlanda y se hacía de oro importando medias de nylon y vendiéndolas de

estraperlio, pero esto también se acabó. Los vendedores de medias de nylon se daban el aviso cuando venían los guardias, igual que con el pan en los mercados de Madrid cuando aun no estaba a venta libre.

Hoy en día el «spiv», en plena decadencia, se dedica a vender pornografía, a hacer de celestino o de lo que se presente; algunos han vuelto al seno de la ley y venden tomates y fruta —perfectamente legal— en puestos esparcidos por el casco urbano de Londres.

En Inglaterra existe el estraperlio, pero resulta tan complicado e intrincado que si no se conocen sus escondrijos a fondo mejor es no preocuparse. La carne y la mantquilla, por ejemplo, que están aún racionadas, se pueden comprar fuera de la ración, pero hay que ir al campo, y no vale la pena.

LA PANDILLA DE LA PORNOGRAFIA

El punto fuerte de los «spivs» sigue siendo, sin embargo, la pornografía. Como las mujeres están racionadas desde que comenzó el mundo y no parece que vayan a ser puestas a venta libre, al menos por ahora, los «spivs» británicos se hacen de oro vendiendo fotografías, revistas y novelas pornográficas.

Soho y el centro de Londres están llenos de puestecillos donde se puede comprar pornografía del año que se pida; es decir, toda especie de revistas sucias, atrasadas las más de ellas, a precios inauditos.

En algunos de estos puestos dejan entrar y hojear las revistas, y están abarrotados continuamente. En otros sellan las revistas con papel de goma, de modo que si no se apouinan los



A menudo los policías se acercan a los puestos de los vendedores ambulantes en busca de «mercancía» prohibida

cuartos no hay nada que hacer, y éstos, por triste compensación, están casi siempre vacíos.

Yo una vez, en un cafetucho de Leicester Square, tuve ocasión de asistir a una reunión de «spivs» típicos, que trataban de negocios de lo más sucio: uno de ellos, por lo visto, era fotógrafo y los otros le hacían pedidos. Hablaban medio en inglés y medio en clave y tomaban café sin parar. Cuando se disolvió la reunión, cada uno debía haber tomado, por lo menos, cuatro cafés largos.

LOS PASEANTES EN CORTES

El barrio de Soho y la zona de Charing Cross son el avispero de la vida airada de Londres. A partir de las nueve de la noche toda la zona se llena de negros y tipos la mar de sospechosos, y Scotland Yard envía dos o tres coches de policías, que se estacionan en puntos estratégicos, preparados para lo que ocurra. Una vez le pregunté a un policía si es que tenían miedo de que pasase algo serio.

—Por aquí siempre pasan cosas serias—me contestó.

Toda la zona está llena de cafés italianos y griegos de pésima reputación, frecuentados por desocupados de solemnidad, que viven de sus mañas o de la asistencia pública, que viene a ser ciento y pico pesetas semanales y se reparte a todo habitante de esta isla (inglés o no) que no encuentre trabajo de su gusto.

Un amigo mío, yendo una vez

por esas calles a las altas horas de la noche, vió a un muchacho que se le acercaba y le pedía fuego. Mi amigo sacó el encendedor y se lo ofreció; cuando se quiso dar cuenta, las narices le sangraban de un tajo que el otro le había dado con una cuchilla de afeitar, al tiempo que escapaba oscuridad adentro con el encendedor.

Había en una de esas calles un club nocturno, encaramado en el segundo piso de una casa vieja, donde todas las noches había música, coqueo y baile. Todos los miembros eran anormales por una razón u otra, y tenían un pianista negro con voz de flautín y una camarera jamaicana detrás del bar.

Un poco más arriba, en la misma calle, se fundó otro Club, que, al parecer, le hacía la contempencia y le quitaba miembros porque en vez de un pianista negro, tenía dos y en vez de una camarera jamaicana tenía un ejército. El Club original entonces decidió acabar con tan enfadada competencia alquilando dos facinerosos que, garrote en mano, se pasaban la noche rompiéndoles la crisis a todos los que entraban en el Club competidor. Acabó por intervenir la Policía, y los dos Clubs fueron cerrados sin contemplaciones.

«EL HOMBRE DEL MARTILLO» Y OTRAS HISTORIAS

A mediados del año pasado hubo un caso ia mar de curioso.

Por las noches comenzaron a aparecer cadáveres en Hyde Park, todos con la cabeza hecha cisco a martillazos. La Policía investigó la cosa, y entre tanto «el hombre del martillo» era ya célebre en Londres. Al fin la Policía dió con él; era un maniático, vestido de tarzán, que se pasaba el día durmiendo y la noche saltando por los árboles de Hyde Park y dando un martillazo al primer que pasaba.

Otro caso que apasionó a los londinenses fué el de la «pandilla de la televisión».

Se trataba de un grupo de ladrones que se especializaba en robar las habitaciones del piso de arriba de las cosas ricas, justo mientras la familia estaba viendo la televisión en el piso de abajo. Esta pandilla realizó varios golpes audaces, todos con las mismas características; al fin Scotland Yard, con la ayuda de la B. B. C., consiguió localizarla y ponerla fuera de combate.

Mucho más importante fué, y sigue siéndolo, la llamada «pandilla de la escala», que, como su nombre lo dice, opera entrando en las casas por el piso alto subiéndose a una escala. El nombre le viene por su costumbre de dejar la escala contra la pared de la casa e irse con el botín. En los últimos dos años esta banda ha desvalijado los palacios del duque de Argyle y del de Sutherland, la casa del conde de Mountbatten, amén de muchísimos otros que no menciono porque no tienen título. El total en efectivo pasa de los cinco millones de pe-



Este señor, con aire de agitador político, no es sino un «spiv» vendiendo medias, con muchas ganas de terminar antes de que llegue la «Poli». Observen el gesto de avidez de la niña, que parece meditar sobre lo difícil que es vivir en ese clima.

setas. La banda, dicho sea de paso, sigue sin descubrir.

DOS INCIDENTES Y MEDIO

A mediados de este año la Policía comenzó a vigilar las actividades de un grupo de hombres de negocios anónimos que se dedicaban a llenarse los bolsillos a base de crear pánicos artificiales en la Bolsa de Londres.

Su técnica consistía en hacer correr el rumor de que las acciones de tal empresa estaban a punto de ser compradas en masa por cierta empresa de la competencia, y así todo el mundo trataba de acapararlas; ellos entonces, que las habían comprado previamente al rumor, las soltaban a doble precio y los pobres compradores se quedaban con ellas para siempre, porque la tal empresa competidora no acababa de dar señales de vida.

La cosa concluyó cuando las autoridades de la Bolsa decretaron que ningún rumor sería válido de no mencionarse su origen y la identidad de la empresa compradora.

Por eso de que no conviene dejar tranquilo ninguno de los pilares de la tradición británica, del sagrario de la Bolsa la atención pública pasó al sagrario de las carreras de caballos, donde se cometieron continuas fechorías, cuyo origen sigue siendo misterioso. Muchos caballos eran drogados para hacerles perder la carrera y facilitar la ganancia de las apuestas en contra. Últimamente la cosa llegó al colmo cuando el caballo «Francasal», que vino de Francia a correr aquí, fué cambiado por otro idéntico que ganó la carrera. La Policía investigó el caso, secuestró el caballo ganador y descubrió que no era «Francasal». Los autores de la cosa habían cortado las comunicaciones de la agencia de apues-

tas que patrocinaba a «Francasal», de modo que nadie pudiera retirar la suya a tiempo.

Hace cosa de dos semanas se produjo un escándalo en tono menor a propósito de un perrito de carreras perteneciente al marqués de Blandford (distinguido joven de sociedad con la cabeza más vacía que un aspirador de polvo); el perrito, que respondía al nombre de «Lirio Altivo» («Proud Lily»), ganó una carrera con tanta rapidez que se sospechó que sus fuerzas proviniesen de haber sido excitado con alguna droga; la Policía comenzó a investigar hasta que repentinamente el caso fué abandonado.

LA PENA DE MUERTE: QUE SI, QUE NO

Todo a lo largo de estos dos años ha habido en Inglaterra una polémica feroz sobre si la pena de muerte debiera o no ser abolida.

De hecho se abolió durante un período de prueba; los abolicionistas esperaban que la ola de delincuencia disminuyese y los conservadores al revés, que, en vista de que la ley se enguantaba de seda, los criminales se dedicasen a mayores atrocidades. No ocurrió ni lo uno ni lo otro, y el período de prueba concluido, la horca volvió a funcionar.

Hasta hace cosa de setenta u ochenta años en Inglaterra se podía ahorcar a un delincuente por robos superiores a un chelín, a pesar de que normalmente el juez se compadecía del reo y le buscaba atenuantes. Cuando la pena de muerte por robo fué abolida, los conservadores clamaban: «Ahora no podremos dormir tranquilos»; sin embargo, el número de robos disminuyó sensiblemente.

Con el Gobierno conservador en el poder la cuestión de la pena de muerte se está convirtiendo en una cuestión política gra-

cias a los esfuerzos de los laboristas, que esperan ganar votos y popularidad abogando por su supresión. Sin embargo, cuando ellos gobernaban, la mayoría de los criminales condenados a muerte fueron ahorcados sin contemplaciones.

El actual ministro del Interior, sir David Maxwell Fyfe (en cuyas manos está la prerrogativa real de clemencia), lleva un año de dureza sin igual en el último decenio. Todos los «peces gordos» que han caído en manos de la Policía han ido a la horca: Craig, el muchacho de diecinueve años que indujo a su compañero Bentley a matar a un policía valiéndose de que era menor de edad, fué ahorcado, a pesar de la conmoción popular en contra; Christie, a pesar de las dudas que sus confesiones levantaron sobre la culpabilidad de Evans, el marido de una de las víctimas, fué a la horca, sin que la ejecución fuese aplazada, y así todos. La misma señora Merrifield, convicta de haber asesinado a una pobre vieja para quedarse con su dinero, acaba de ser condenada a muerte, y a lo que parece no serán sus faldas lo que la salve de la horca.

Los socialistas acusan a sir David de ser excesivamente riguroso, y las diversas sociedades que abogan por la supresión de la pena de muerte arman manifestaciones ante las puertas de la cárcel siempre que va a ser ejecutado alguien, leyendo salmos y golpeando el portón de la prisión. A veces incluso van a dar gritos bajo las ventanas de la casa de sir David, y una vez recuerdo que se equivocaron y fueron a protestar a una casa donde el ministro era desconocido.

Esta rigidez en no perdonar a los condenados a la horca está disminuyendo la popularidad de sir David, hasta el punto de que últimamente decidió cambiar de distrito electoral e ir a otro más seguro, pues el que venía representando en el Parlamento podría volverse socialista y dejarle con el ministerio, pero sin derecho a entrar en la casa de los Comunes.

LA PERSONALIDAD DE SIR DAVID Y LAS EX-CENTRICIDADES DE LORD GODDARD

Sir David Maxwell Fyfe goza del respeto nacional por dos razones: su integridad moral y su enorme habilidad como fiscal. Durante los procesos de Nuremberg fué él quien representaba a Inglaterra y quien redujo a guñapos todo el sistema defensivo de von Ribbentrop. Cierto general nazi comentó al terminar su juicio:

—No me gusta el bull-dog inglés este.

Y es que sir David se parece físicamente a un bull-dog, y sus sistemas también: en Nuremberg su táctica se limitaba a repetir incansablemente la misma pregunta hasta que los nervios del acusado fallaban.

En la Cámara de los Comunes jamás se altera: da su informe y se sienta, sin que las iras de la oposición parezcan afectarle en lo más mínimo. Cuando la revuelta que promovió el «caso Evans» (a propósito de si el crimen por que fué ahorcado Evans había sido cometido por Christie) accedió a

ordenar una investigación en el asunto, pero esta investigación fué secreta, a pesar de que la oposición la quería pública, y concluida la investigación cerró el caso, a pesar de los socialistas y sin acceder a aplazar la ejecución de Christie, como ya dije.

Otro tipo pintoresco es lord Goddard, que era uno de los gerifaltes jurídicos ingleses y ahora creo que se ha retirado «bajo presión». Lord Goddard se hizo célebre por sus comentarios extrajudiciales, pronunciados «ex-catedra», precisamente cuando en su calidad de vehículo de la justicia real debiera haberse callado la boca. Un día se armó un jaleo tremendo por causa de uno de estos comentarios imprudentes, y desde entonces jamás volvimos a oír hablar de lord Goddard.

El año pasado, con motivo de una alarmante ola de delincuencia juvenil, lord Goddard pidió que volviesen a introducirse los castigos corporales (el «gato de nueve oclas», etc.) como remedio más eficaz contra los delincuentes menores de edad. Media Inglaterra se puso de su lado y la otra media (compuesta más que nada de laboristas) fué capitaneada por lord Templewood (viejo amigo nuestro cuando se llamaba sir Samuel Hoare, pero ahora que le han hecho vizconde ya no se acuerda de nosotros ni siquiera para insultarnos). La polémica duró lo suyo y murió de muerte natural hace poco.

Los socialistas acusaban a los tories de retrógrados y de querer introducir el látigo para volver a sumir a Inglaterra en las tinieblas de la esclavitud y el absolutismo. Tango.

Lord Goddard, sin embargo, no ha dejado un vacío en la justicia inglesa. Los jueces ingleses siempre se las arreglan para hacer o decir cosas graciosas. Ultimamente, por ejemplo, uno se ganó la actualidad a pulso adoptando un nuevo método para reformar a los reos: se acercaba al condenado, dejando el tribunal, y ambos charlaban mano a mano. Al final le decía: «Bueno, le voy a condenar a seis meses, ¿qué? ¿Le parece bien?»



El pintoresco paisaje de la ciudad de la niebla ofrece este aspecto en los bajos fondos. Este extravagante «caballero», legítimo «spiv», sabe camuflar su mercadería prohibida bajo el humilde tipo de vendedor de bolsas

LOS CASOS «ABIERTOS»

El anterior jefe de la Policía se llamaba sir Percy Sillitoe y era célebre por sus viajes oficiales «de riguroso incógnito». Normalmente los periódicos publicaban enormes fotografías de sir Percy tomando el avión, y una muchedumbre de periodistas le aguardaba en el aeródromo de llegada; todos ellos «de riguroso in-

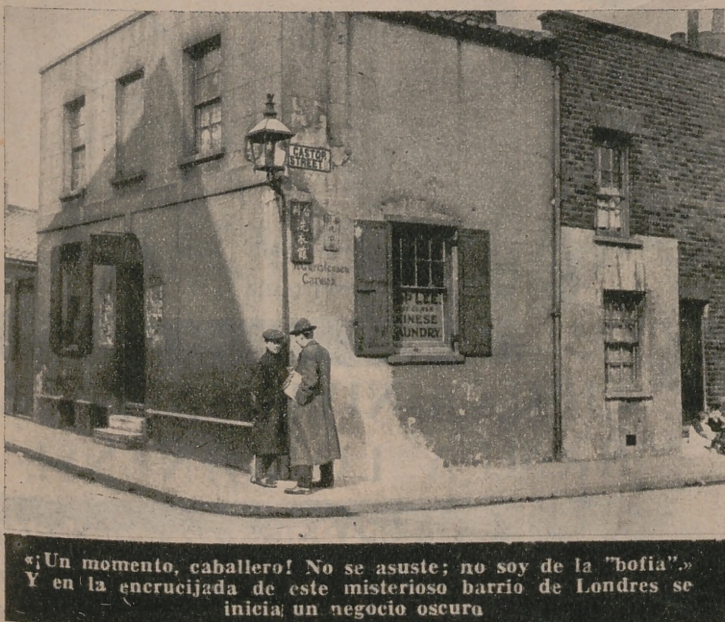
cógnito». Sillitoe (su apellido traducido con un poco de mala uva quiere decir «dedo tonto».

Sir Percy Sillitoe se retiró hace poco, y su sucesor es un tal sir John Nott-Bower. Su nombramiento tardó un poco porque hubo dimes y diretes entre el primer ministro y otros capitostes del Gobierno sobre a quién convendría nombrar; al fin ganó sir John, candidato del primer ministro. Al principio se pensó volver a la vieja costumbre inglesa de mantener secreta la identidad del jefe de la Policía, cosa que, en cierto modo facilitaría el ejercicio de sus actividades y, sobre todo, le pondría a cubierto de «vendettas» corsas. Pero por ese miedo hereditario que tienen los ingleses a los «secretos de Estado», la idea fué dejada a un lado y la identidad de sir John hecha pública.

Sir John heredó dos buenas papeletas de su predecesor: la una es el célebre «robo perfecto» de casi tres millones de pesetas, un año hace, cuyos autores, después de mil investigaciones, siguen siendo un misterio para la Policía. El otro es el del «asesinato de la orilla del río», donde dos chicas muy jóvenes, que volvían a casa en bicicleta, fueron bárbaramente apuñaladas por algún extraviado sexual, aún incógnito, que escapó en una de las bicicletas.

Bueno, sir John, pues a animarse.

Jesús PARDO



«Un momento, caballero! No se asuste; no soy de la "bofia".» Y en la encrucijada de este misterioso barrio de Londres se inicia un negocio oscuro

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año,

"SPIVS" Y DEMAS RALEA



"SCOTLAND YARD" TIENE ESTE AÑO MUCHO TRABAJO

Son las once de la mañana y el «spiv» que aquí aparece, llamado George Elms, planea desde su cama el «trabajo» del día



Una riña callejera en la que el guardia también «salí despachado», a juzgar por el casco, caído en el asfalto

TIPOS UNIVERSALES DEL HAMPA LONDINENSE

EL ESPAÑOL ofrece a sus lectores en la página 60, un interesante reportaje de Jesús Pardo, sobre la vida en los bajos fondos londinenses